VÍCTOR HUGO

TRADUCCIÓN DE **MARIANO BLANCH**

EL AÑO TERRIBLE

SEDÁN Y LA COMMUNE DE PARÍS

Traducido de la vigésima séptima edición francesa.

TERCERA EDICIÓN ESPAÑOLA

BARCELONA
Saurí y Sabater, editores
PLAZA NUEVA, NUMERO 5
1896

EL AÑO

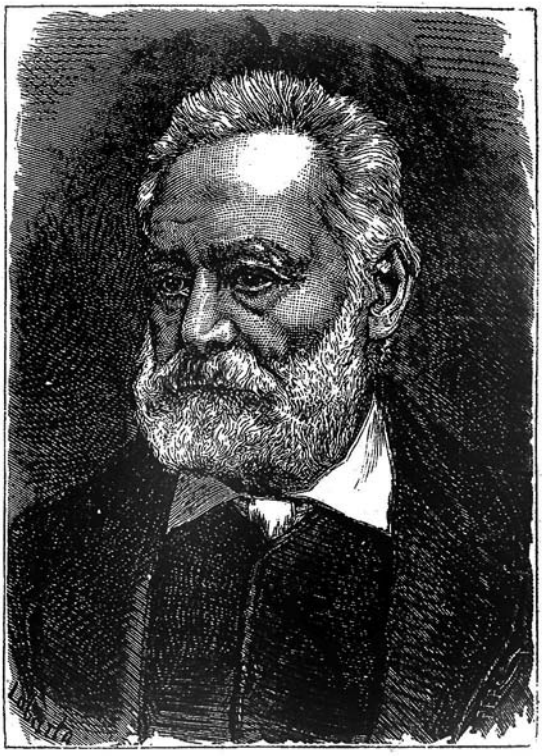
TERRIBLE

El estado de sitio, que todavia reina, forma parte del AÑO TERRIBLE. Esta es la causa por que aparecen en la presente obra algunas lineas de puntos, lo cual indicará para el porvenir la fecha de su publicación.

Por igual motivo varias de las composiciones que la constituyen, pertenecientes sobre todo á las secciones ABRIL, MAYO, JUNIO y JULIO, han tenido que ser aplazadas. Aparecerán más tarde.

La época que corre pasará. Estamos en posesión de República, y obtendremos la libertad.

París, Abril de 1872.



VICTOR HUGO

Nació en Besançon el 26 Febrero 1802.

Murió en París el 22 Mayo 1885.

VÍCTOR HUGO

TRADUCCIÓN DE **MARIANO BLANCH**

EL AÑO TERRIBLE

SEDÁN Y LA COMMUNE DE PARÍS

Traducido de la vigésima séptima edición francesa.

TERCERA EDICIÓN ESPAÑOLA

BARCELONA
Saurí y Sabater, editores
PLAZA NUEVA, NUMERO 5
1896

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imprenta de Jaime Jepús, Notariado, 9. Teléfono 151.—BARCELONA

Á

PARÍS,

capital de las naciones.

V. H.

ÍNDICE

Págs.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR. VII
PRÓLOGO.—Los 7.500,000 sí. XIII

Agosto de 1870

Sedán. 21

Septiembre

I. *Elección entre las dos naciones.* 29
II. *A príncipe príncipe y medio.* 31
III. *Tal para cual.* 34
IV. *París bloqueado.* 35
V. *A Juanita.* 35

Octubre

I. Yo era el viejo y salvaje vagabundo de los mares. . . . 38
II. ¡He aquí que han vuelto los días trágicos! 39
III. Siete: la cifra del mal. El número de que el Altísimo. . 42

Noviembre

I. *Desde los muros de París al anochecer.* 44
II. *París difamado en Berlín.* 44
III. *A todos esos príncipes.* 45
IV. *Bancroft.* 47
V. *Al ver flotar en el Sena algunos cadáveres de Prusianos.* 48
VI. ¡Predicar la guerra después de haber litigado la paz! . 49
VII. Ignoro si soy á parecer extraño á aquellos. 49
VIII. No conviene engañarse: nunca he ocultado. 52
IX. *Al obispo que me llama ateo.* 52
X. *A la niña enferma durante el sitio.* 55

Diciembre

I. ¡Ah! ¿es un sueño? ¡no! no lo consentiremos. 57
II. ¡Visión sombría! Un pueblo escsinando á otro pueblo! . 57
III. *El mensaje de Grant.* 58
IV. *Al cañón V. H.* 61
V. *Proezas borusas.* 63
VI. *Los fuertes.* 64
VII. *A Francia.* 66
VIII. *Nuestros muertos.* 67
IX. *¿Para quién la victoria definitiva?* 68

Enero de 1871

Págs.

I. *Día 1.º* 73
II. *Carta á una señora* 73
III. *Necedad de la guerra* 76
IV. ¡No, no, no! ¡Cómo! ¿Bastaría ese rey de Prusia? . . . 77
V. *Intimación* 78
VI. *Una bomba en las Fuldensinas* 80
VII. *La paloma mensajera* 82
VIII. *La salida* 83
IX. *En el circo* 85
X. *Después de las victorias de Bapaume, de Dijón y de Villersexel* 86
XI. *Entre dos bombardeos* 87
XII. Pregunto nuevamente: ¿quién ha entregado París á ese pobre hombre? 88
XIII. *Capitulación* 89

Febrero

I. *Antes de la conclusión del tratado* 91
II. *A los que sueñan en la monarquía* 92
III. *Filosofía de las consagraciones y coronaciones* . . 94
IV. *A los que invocan nuevamente la fraternidad* . . 95
V. *Ley de formación del progreso* 96

Marzo

I. ¡No importa! tengamos fe. Todo se agita 106
II. *La lucha* 107
III. *Luto* 108
IV. *El entierro* 109
V. Golpe tras golpe, duelo tras duelo. ¡Ah! ¡horrosa prueba! 111

Abril

I. *Los precursores* 112
II. *La madre defendiendo á su pequeñuelo* 113
III. ¡Horribles tiempos! En ese siniestro espacio 114
IV. *Un grito de angustia* 115
V. *Nada de represalias* 117
VI. El pensador aparece lúgubre en medio de la soledad . . 119
VII. ¡Oh vosotros, quienquiera que seáis! 121
VIII. Mientras muge el mar y corren las olas 121

Mayo

I. *Los dos trofeos* 123
II. Los siglos son patrimonio de los pueblos 128
III. *París en llamas* 129
IV. ¿Es de día ó de noche? ¡Horror crepuscular! 139
V. *Una noche en Bruselas* 141
VI. *Expulsado de Bélgica* 142

Junio

Págs.

I. Un día vi correr la sangre por todos lados. 147
II. ¡Cómo! Mantenerse fraternal es ser quimérico. . . . 148
III. Festéjase mi clemencia con una serenata. 149
IV. No poseo en la ciudad un palacio episcopal. . . . 149
V. *Al abandonar Bruselas.* 150
VI. *A la señora de Pablo Meurice.* 152
VII No me siento encolerizado y esto os sorprende. . . 153
VIII. *¿Quién tiene la culpa?* 153
IX. Pasa la herida prisionera. En su frente. 155
X. Una mujer dijome lo siguiente: Hui. 156
XI. Sobre una barricada, en medio de los adoquines. . . 157
XII. *Fusilamientos.*. 158
XIII. *A los que se ven pisoteados.* 161
XIV. *A Vianden.* 166
XV. Constantemente se repite el mismo hecho. Es preciso. . 168
XVI ¡Oh sombría historia! no quiero condenar á nadie. . . 168
XVII. Participio pasado del verbo Tropchoir. 172
XVIII. *Los inocentes.* 173

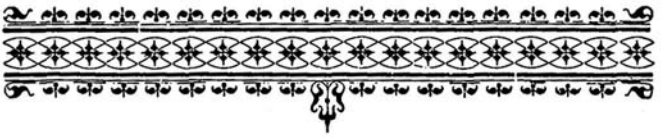
Julio

I. *Las dos voces.* 175
II. *Flujo y reflujo.* 181
III. *El porvenir.* 183
IV. *Los crucificados.* 185
V. *Falkenfels.* 185
VI. *Los que insultan.* 188
VII. *Proceso contra la Revolución.* 188
VIII. *A Enrique V* 189
IX. *Los libelistas de iglesia.* 190
X. ¡Oh Carlos! te siento á mi lado. 194
XI. De todo esto, de ese obscuro antro. 195
XII. ¡Tierra y cielo! si reinaba el mal. 201

Epilogo

ENTRE SOMBRAS. 207

Liberación del Territorio. 209



ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

Sin pretensiones de ninguna clase, y sólo á instancias de un editor amigo, hemos emprendido la traducción del bello poema de Víctor Hugo *El Año Terrible*, en el que se describe á grandes rasgos el sangriento drama cuyo prólogo es Sedán y que tuvo por epílogo los errores de la *Commune* de París.

Toda persona medianamente versada en el idioma francés no desconoce las dificultades que ofrecen para la traducción la mayor parte de las obras del insigne autor de *La leyenda de los siglos*, pero creemos que muy pocas se prestan menos á ser trasladadas á otro idioma como la que hoy tenemos el honor de dar á luz, ya que, en nuestro humilde concepto, es de las llamadas intraducibles.

Siempre se ha considerado difícil tarea trasladar del verso á la prosa una composición; empero, si el autor aparece difuso en muchos de sus

conceptos y el traductor quiere conservar, hasta donde sea dable, el pensamiento del original, por fuerza adolecerá la traducción de igual defecto. Así pues, no debe extrañar el lector lo ininteligible de algunos períodos de nuestro trabajo; en todo él hemos tratado de penetrar la idea expresada por el autor, ateniéndonos con preferencia á esto antes que á la galanura de la frase.

Lo repetimos: sólo á instancias de un amigo débese el que vea la luz pública la presente traducción, pues ni nos creemos con suficientes méritos literarios para trasladar á nuestro idioma la sublime creación del primer poeta francés contemporáneo, ni nuestros estudios nos guían por tan escabrosa senda.

Hecha esta salvedad en descargo nuestro y que debíamos á cuantos nos lean, vamos á dar una ligera idea de la obra que ofrecemos al público, valiéndonos para el caso de la florida pluma de un escritor que la ha analizado minuciosamente, el cual, mejor que nosotros, sabe apreciar todas sus bellezas, bellezas que justifican las veintisiete ediciones que de ella se han hecho en Francia en el corto espacio de tres años.

«Acabamos de leer y releer esta epopeya (dice) que Víctor Hugo llama *El Año Terrible*, y aun se halla nuestro espíritu absorto de asombro por tan magnífica poesía. La impresión es profunda, y será universal, cuando el mundo conozca los últimos cantos del Tirteo francés.

»Se abre el libro con alguna desconfianza, pues témese que, á causa de tantas fatigas y dolores, no tenga el genio el vigor de sus brillantes pri-

meros días, de aquella época memorable en que produjo *Las Orientales*, *Nuestra Señora de París* y *Marión Delorme*. Se ve la primera página y léese un título fulgurante: *Sedán*.

»Algo grande y terrible se siente al leer la sentencia que el autor fulmina contra Napoleón III. Se devoran los versos, las páginas, se llega al fin del canto, igual por lo menos á la «La Expiación» en *Los Castigos* del mismo poeta, y cae el libro de las manos, pues créese que la historia está juzgando á un emperador y marcándolo para todos los siglos con el estigma de la cobardía y de la infamia.

»El genio del poeta resplandece hoy con más brillo que nunca, y tal vez no hay actualmente quien escriba con la energía pindárica de Víctor Hugo. En los versos dedicados á Sedán hay un carácter, un alma. Acentos de esta fuerza, que se repercuten en el mundo, salen de un gran corazón y van á herir, con el poder del rayo, los otros corazones. Cuando un pueblo encuentra intérpretes de semejante talla para expresar sus torturas, desgracias y esperanzas, es porque tiene aún vitalidad suficiente para corregirse y regenerarse.

»Esta opinión es tan justa, y *El Año Terrible* ha producido una admiración tan unánime, que los enemigos más encarnizados del poeta callan ó apenas se atreven á publicar sobre la obra algunos equívocos y gracejos despreciables. Los críticos, los talentos eminentes encargados de estudiar el movimiento literario de Francia, han pronunciado su fallo, cualquiera que sea el partido á que pertenezcan y aunque no tengan las opiniones re-

publicanas de Víctor Hugo. *El Año Terrible*, dicen, es una de las más grandes composiciones de la musa francesa y da á su autor el puesto privilegiado entre los poetas del siglo.

»Un anciano refiere las desgracias de su patria en versos que tendrán eco en todos los corazones franceses. No aparecían los genios juveniles, los representantes de la nueva generación. El jefe literario de la antigua reunió entonces todas sus fuerzas para hacer la historia de ese *año terrible* de 1870 á 1871, en un poema merecedor de la inmortalidad. ¿Ha realizado su objeto? Sus contemporáneos lo afirman y la historia lo dirá también.

»El poema, como hemos dicho, principia describiendo la batalla de *Sedán* y luego hay cuatro composiciones tituladas: *A Alemania*, *A príncipe príncipe y medio*, *Tal para cual* y *París bloqueado*. En medio de esos cantos de guerra, y como una flor agitada por el *simoun* africano, se encuentra una perla, una lágrima desprendida del alma del poeta, dulce como las más dulces melodías de las *Contemplaciones*, y es la que lleva por epígrafe: *A Juanita*.

»Empieza el sitio de París. Víctor Hugo describe con elevado acento las torturas de la ciudad heroica, de una población compuesta de dos millones de habitantes, que dió ejemplo de grandes virtudes. Llega el mes de Diciembre, mes de combates inútiles y de sacrificios. A través de las líneas francesas se conoce en París el mensaje del presidente Grant al Congreso de los Estados Unidos. Francia es abandonada por éstos, como lo ha

sido por las naciones del viejo mundo. Francia sufrirá sola su martirio. El poeta alza entonces hasta el cielo un grito, un rugido de cólera y de desesperación.

»Llega el mes de Enero, el mes de la capitulación de París. Víctor Hugo continúa describiéndolo todo en versos enérgicos: nunca decae el tono; la fuerza del estilo iguala la fuerza del pensamiento. La poesía *La paloma mensajera* es de una ternura deliciosa; y cuando viene el momento supremo de la capitulación, el poeta, como un león herido y moribundo, exhala terribles gemidos. Para expresar sus angustias encuentra su musa trágicos y conmovedores acentos. La sorda cólera del vencido, las pasiones de un pueblo, todos los sentimientos de la nación se traslucen en esos cantos, que mantendrán vivo, eterno, el odio contra la inflexible Alemania.

»Nos aproximamos á otra época funesta de la historia de Francia, la *guerra civil de* 1871. Comienza esa lucha que Víctor Hugo describe con todos sus detalles. Su voz suena conjurando á sus compatriotas que depongan las armas y no se deshonren en presencia de Prusia que los mira sonriendo desde el castillo de Vincennes. No es escuchado. *Un grito de angustia, Nada de represalias* y *Los dos trofeos* son cantos patrióticos y sublimes.

»¡París es incendiado! Tal vez no hay en la poesía moderna una cosa igual á las estrofas en que describe Víctor Hugo este desastre. ¡Y con cuánta filosofía indaga é indica el poeta las causas de la catástrofe!

»Luego viene la descripción de las jornadas de Mayo. ¡El ejército y el pueblo luchan á la luz del incendio de París! Es la parte más vigorosa del poema. Víctor Hugo toma colores sombríos para describir esas escenas de matanza, en que se repitieron los horrores solamente soñados por los profetas y los poetas. Un crítico dice que esta parte del *Año Terrible* contiene bellezas que pueden llamarse *funestas*. El poeta, á pesar de todo, no aconseja la venganza; al contrario, predica la clemencia, la unión, la fraternidad.

»El poema concluye también con palabras de amor y de esperanza.

»El poeta cree, ama y espera. Tiene fe en la regeneración de Francia, en el triunfo de la república, en los futuros y felices destinos de la humanidad.»

PRÓLOGO

LOS 7.500,000 SÍ

(Publicados en Mayo 1870.)

¿Queréis que halague á la muchedumbre? ¡Eso jamás!

¡Oh el pueblo está arriba, pero la multitud mantiénese abajo. La multitud es el bosquejo al lado de la broza; es el guarismo, grano de polvo del número; es el vago perfil de las sombras dibujadas en medio de la noche. La multitud pasa, grita, llama, llora, huye; vertamos sobre sus dolores fraternal compasión. Mas cuando se levanta teniendo la fuerza de su lado, débese á su grandeza, al peligro, al santo triunfo, al derecho, un lenguaje viril: ya que es dueña, conviene recordarle las leyes de lo alto que deletrea el alma en los recónditos cielos, los principios sagrados, absolutos, radiantes. Sólo se besan sus pies desnudos, fríos y ensangrentados. No se sueña en la soledad para arrastrarse por los suelos; la multitud y

el soñador tienen rudos encuentros. Con la frente encendida por la cólera Ezequiel gritaba á las osamentas: ¡Levantaos! Moisés mostrábase severo al exponer sus tablas; Dante regañaba. El espíritu de los temidos pensadores, grave, tempestuoso, semejante al misterioso viento que sopla del hondo cielo en el movedizo desierto do Tebas se engulle, cual náufrago bajel, ese indómito espíritu, cargado de barreduras de sombra, por cierto que tiene otra cosa en qué ocuparse que ir á acariciar, en medio de la noche, tarda en estrellarse, ese grande y encogido monstruo que medita, ya que lleva en su seno el adorable ó maldito enigma. El huracán no se muestra tierno para con los conmovidos colosos; no son los incensarios que dejan burlado el esfinge. La verdad, he aquí el grande y austero incienso debido á esa masa do palpita un misterio, y que lleva en su pesado seno el justo derecho confundido con el apetito injusto.

¡Oh género humano! ¡luz y noche, caos de las almas!

Puede la multitud arrojar llamas augustas, pero si sopla una ráfaga de viento, de improviso vese descender de lo alto del virgen honor á lo más hondo de las cloacas, la muchedumbre, huérfana grande y fatal, y esta Juana de Arco se transforma en Mesalina. ¡Ah! cuando Graco se yergue en la flamígera tribuna; cuando muerde Cinegires las fugitivas naves; cuando en compañía de los Trescientos, hombres probados, Leónidas cae sobre Termópilas; cuando surge Botzaris; cuando el confederado Schwitz destroza al Austria con su fuerte y ferrado bastón; cuando el altivo Winkelried, abriendo sus épicos brazos, muere ahogado por las picas; cuando combate Washingtón; cuando se aparece Bolivar; cuando Pelagio ruge en el fondo de su selva; cuando Manín despertando á los muertos, galvaniza al viejo dormilón de bronce, el león de Venecia; cuando el gran campesino expulsa á patadas á

Lautrec de Lombardía y de Francia á Talbot; cuando Garibaldi, rudo para el vil é hipócrita sacerdote, pórtase cual uno de los héroes de Homero en los montes de Teócrito, y súbitamente hace brillar ¡oh santa Libertad! tu cráter al lado del Etna; cuando la Convención impasible hace frente á treinta reyes envueltos en una misma tempestad; cuando, coaligada y terrible y volviendo á traer las sombras de la noche, toda la Europa corre presurosa, muge y desaparece como la espumosa ola al pie del dique, á presencia de los pensativos granaderos de Sambre y Meuse, es el pueblo que obra. ¡Salve, oh pueblo soberano! Mas cuando el lazzarone ó el transteverino de algún Sixto V besa de hinojos el báculo; cuando la inepta, insensata y feroz barahunda ahoga bajo sus olas, conmovidas por salvaje aquilón, la honra de Coligny y la razón de Ramus; cuando aparece de entre horrorosa sombra monstruosa mano, sosteniendo por los cabellos la cabeza de Carlota, pálida del hachazo y roja del bofetón que recibiera, es la muchedumbre que así se porta. Y esto me dasagrada y molesta en gran manera; es el ciego y confuso elemento, el número, la negra debilidad y la fuerza sombría. Y si mañana se nos manda recibir de manos de esa turba á un amo, que apaguemos el fuego de nuestra alma y nos cubramos de vergüenza, ¿creéis por ventura que nos preocuparemos lo más mínimo por ello? Es indudable que veneramos á Esparta, á Atenas, á París, y todos los grandes foros de do salen las grandes exclamaciones; empero colocamos á mayor altura la augusta conciencia. Un mundo culpado no pesa tanto como un justo; todo un océano loco hostiga inútilmente á un gran corazón. ¡Oh multitud, obscura y fácil para el vencedor! Harto á menudo te encenagas en el instinto bestial, y por nuestra parte te resistimos. Nosotros, hijos de Danton y nietos de Hampden, ni queremos el tirano nombrado Todos, ni el

déspota Uno Solo. Ved al pueblo: muere, combatiente magnífico, por el progreso. Ved la muchedumbre: trafica con él, devorando su derecho de primogenitura en el vil plato que Roma enjuga y lava con ¡Así sea! Ved al pueblo: se apodera de la Bastilla, descompone la sombra mientras va andando. Ved al populacho: aguarda al paso á Arístides, á Jesús, á Zenón, á Bruno, á Colon, á Juana, escupiéndoles el rostro. Ved al pueblo con su esposa, la idea; ved al populacho con su novia, la guillotina. Perfectamente, elijo el ideal. Ved al pueblo: trueca abril en floreal, conviértese en República, reina y delibera. Ved al populacho: acepta á Tiberio. Quiero la República y expulso á César: los arreos no pueden amnistiar á la carroza.

El derecho está por encima de Todos; no hay viento contrario capaz de derribarle, y Todos no pueden distraer ni enajenar nada del común porvenir. El pueblo es soberano de derecho, y cada cual es su propio rey: esto es el derecho. Nada es capaz de decentarlo. ¡Cómo! ¿el hombre que veo pasar poseería mi alma? ¡Vergüenza! Mañana serále dado, por imbécil voto, apoderarse, prostituir, vender mi libertad. ¡Jamás! Puede un día la muchedumbre invadir el principio, pero la oleada vuelve á bajar, se desvanece la espuma, y al partir la onda deja á descubierto el derecho. ¿Quién se ha figurado, pues, que el primer advenedizo, tenía derecho á mi derecho? ¿que yo debía tomar su bajeza por yugo, por regla su capricho? ¿que yo penetraría en el calabozo si él se metía en la chozuela? ¿que me viese obligado á convertirme en eslabón porque á todos agrada trocarse en cadena? ¿que el pliegue de la cañaheja se convierta en ley del roble?

¡Ah! primer advenedizo, de la clase media ó campesino, el uno egoísta y ciego el otro, entendámonos. Las revoluciones duraderas, hágase lo que se quiera, muestran

hacia ese desconocido que arroja á su superficie, ya la infamia, ya la honra, ya el desdén que la pared muestra al estucador. Ved al pasante de Cartago, de Atenas ó de Roma, semejante al agua que de la fuente cae al suelo, encaminarse al arroyo fatal, trocándose en fango después de haber sido cristal. Semejante hombre sorprende, al cabo de tan bellas y rudas jornadas, por su indiferencia en medio de la concupiscencia, á los mismos que en un principio deslumbró con sus virtudes: es Falstaff después de haber sido Bruto; engólfase en la orgía después de cubrirse de gloria. Preguntadle si sabe su propia historia, lo que fué Washington ó lo que hizo Barra: su muerto corazón ya no late al sonido de los nombres que adora. Anteriormente restauraba los viejos cultos, los bustos de sus derribados héroes, de sus robustos antepasados, á Foción cadáver, á Licurgo amortajado, á Riego muerto, y ahora ¡contemplad qué olvido! Fué puro, y actualmente se lava las manos; fué santo, y lo ignora; ni siquiera nota que con la obra presente deshonra su obra pasada; vuélvese cobarde y vil, él en otro tiempo tan altivo; y sin que se subleve ni proteste su fuero interno, embadurna inmunda taberna con el resto de la cal que sirviera para blanquear un sepulcro. Su manchado pedestal se trueca en escabel; el honor parécele carga pesada, cubierto de orín, gótico; búrlase de tan severa armadura, diciendo: ¡Hierro viejo! Antes empeñóse en fieros combates; engaño. Fué grande y poco le importa. Hase convertido en su propio insulto y en su propia ironía; tan esclavo es ahora que reniega, indignado de su pasado, evaporado ya; y tocante á su antiguo valor, infúndele miedo.

Pero ¿por ventura se reprocha al mar que la onda se derrumbe, y á la multitud sus millones de cabezas? ¡De qué sirve sutilizar sus errores, el camino emprendido, los rodeos hacia atrás á esa humana nube, á ese gran torbellino

de vivos, incapaz ¡ay! de ser inocente y de ser culpable? ¿Para qué? aunque vago, obscuro, sin punto de apoyo, es útil; y aunque flotando ante él, su misión, lo mismo en París que en Londres, consiste en procurar el progreso, del que otros responderán. La República inglesa espira, se disuelve, cae, dejando á Milton en pie detrás de ella; ha desaparecido la muchedumbre, pero queda el pensador: esto basta para que todo germine y nada muera. No hay desesperación posible en las caídas del derecho. ¿Qué importa el malo feliz, altanero, venerado? Cometes cobardías ¡oh profundo cielo! tú sucumbes, Roma; la libertad busca un refugio en las catacumbas, los dioses son del vencedor, y Catón pertenece á los vencidos. Kosciusko surge de los huesos de Galgacus. Se interrumpe á Juan Huss, sea; Lutero continúa. La luz encuentra siempre un brazo que la sostenga; se irá á la muerte, si es preciso, para probar que no se ha perdido la fe, y voluntaria, sencillamente, sin espanto, saldrá una cohorte de justos de la avasallada muchedumbre, encaminándose en derechura al sepulcro y abandonando la vida, pues aborrecerán más á los hombres que á los gusanos de la tierra. ¡Oh! esos grandes Régulos, cubiertos de eterno olvido, Arria, Porcia, esos heroes-mujeres, todos esos ánimos puros, esas firmes almas, Curtius, Adam Lux, el tranquilo y fuerte Thraseas, el poderoso Condorcet, el estoico Chamfort, ¡con qué castidad abandonaron la indigna tierra! Así huye la paloma, así se cierne el cisne, así deja el águila el pantano de las serpientes. Legando el ejemplo á todos, á los males, á cuantos se arrastran por el suelo, al egoísmo, al crimen, á los sombríos y cobardes corazones, quedáronse dormidos con negro sueño; cerraron los párpados para no ver nada más. Esos mártires generosos consagraron el deber, y luego se tendieron sobre el fúnebre lecho; su muerte da indómito beso á la virtud.

¡Oh caricia sublime y santa del sepulcro á lo grande, lo puro, lo bueno, lo ideal, lo bello. En presencia de los que dicen: ¡no hay nada justo! ante todo lo que turba y perjudica, ante Locusto, ante Pallas, ante Carrier, ante Sánchez, ante los apetitos inclinados sobre la nada, negando los sofistas, falsos los corazones, vacías las frentes, ¡qué afirmación esos grandes suicidios! ¡Ah! cuando todo parece muerto en el mundo de los vivos, cuando no se sabe si dar un paso más, cuando no sale ni una exclamación de entre las masas, cuando el universo sólo duda y silencio ofrece, aquel que vaya á buscar alguno de esos puros difuntos en el recinto de los negros fosos y que pegue el oído al suelo, preguntando: ¿Hay que creer, austera sombra? heroe envelto en ceniza, ¿hay que marchar? oirá un acento que sale de la tumba y dice estrepitosamente: ¡Sí!

¡Oh! ¿qué es lo que cae en derredor nuestro envuelto en sombras? ¡Cuántos copos de nieve! ¿Habeislos contado? ¡Millones y más millones! ¡Negra noche! Los leones se encaminan á sus madrigueras; diríase que la vida eterna retrocede; la nieve, repugnante nivel del crepúsculo, rebaja siniestramente á los montes; si nos quedamos dormidos, sentimos que la muerte se apodera de nuestro ser. La nieve cubre el campo y las ciudades; blanquea la cloaca, tapando sus viles bocas; la lúgubre avalancha vela el empañado cielo. ¡Oh sombría capa de hielo! ¿Por ventura hemos terminado? Ya no se ve el sendero; todo es lazo. Sea.

¿Qué quedará mañana de toda esa nieve, frío velo de la tierra semejante al sudario, una hora después de aparecer el sol?

Quiero narrar el año espantoso, y heme aquí titubeante, apoyado el codo en la mesa de mi estudio. ¿Debo ir más lejos? ¿proseguiré? ¡Oh Francia! ¡qué dolor ver disminuir un astro celeste! Siento que la vergüenza invade mi ser. ¡Tétrica congoja! Una ola sube, otra baja. No importa; adelante. La historia lo necesita: el siglo está en el banquillo de los acusados, y yo soy su testigo.

AGOSTO DE 1870

SEDAN

I

Tolón vale poco, mejor es Sedán. Embargado por el destino el hombre trágico, es decir, por la lógica, cautivo de su maldad, entregado á ciegas á los negros sucesos que jugaban su vida á cara ó cruz, fué á estrellarse, soñador, en el insondable oprobio. En él estaba fija la gran mirada de arriba, lejana y formidable, mirada que jamás abandona al crimen; Dios

empujó al tirano, hoy larva y espectro, hacia no sé qué sombra donde se estremece la historia, mansión que todavía nadie había visitado; y allí, cual en el fondo de siniestro pozo, le perdió. Sobrepujó el juez á cuanto se predijera.

Aconteció que cierto día soñara aquel hombre: Yo reino. Sí, pero se me desprecia, preciso es que se me tema. Quiero á mi vez ser dueño del mundo. ¡Tierra! valgo tanto como mi tío, y asísteme el derecho de aterrorizar. Verdad que no cuento en mi historia con una jornada como la de Austerlitz, pero sí con un brumario. Aquél está poseído del espíritu de Maquiavelo al par que del de Homero, y ambos á dos prestan atención á cuanto hace, á mí me basta con Maquiavelo. Gallifet me pertenece; antes tuve á Morny; ahora cuento con Rouher y Devienne.

Todavía no he tomado á Madrid ni á Lisboa ni á Viena ni á Nápoles ni á Dantzig ni á Munich ni á Dresde, pero no se me escaparán. En los mares humillaré la cruz de San Andrés y tendré por tributaria la vieja Albión. El ladrón que no es rey de reyes vegeta; por mi parte prometo engrandecerme. Yo, forbante, tendré por lacayos á Mastái con su mitra, á Abdul con su turbante, al Czar cubierto con su piel de oso y su gorro de marta. He herido con mis rayos el boulevard Montmartre, de consiguiente, puedo vencer á Prusia; tanto vale sitiar á Tortoni como á Berlín: cuando uno se ha apoderado del Banco también puede tomarse Maguncia. San Petersburgo y Stambul son dos perros de porcelana; Pío y Galantuomo están en guerra abierta; Inglaterra é Irlanda se pelean ruidosamente cual dos machos cabríos en la pradera; España lanza una granizada de balas sobre Cuba; agárranse por los cabellos José, pseudo-César y Wilhelm, dechado de Atila: pondrelos en paz, convirtiéndome en árbitro de todos, yo, el hombre descalñado

de antes, el antiguo plebeyo; cabiéndome la gloria, casi sin discusión, de ser el Omnipotente y el Altísimo de aquí abajo. De falso Napoleón transformarse en verdadero Carlo-Magno ¡cuán bello es! ¿Qué se requiere para esto? Suplicar á Magne que adelante unos cuartos á Lebœuf, y elegir, como Haroun escoltado de noche por su visir, la hora en que todos duermen, cuando estan desiertas las calles, intentando bruscamente la aventura. No cabe duda que puede pasarse el Rhin después de haber pasado el Rubicón. Pietri me cubrirá de flores desde los balcones de su casa. Magnan ya no existe, pero Frossard vale tanto como él; no puedo disponer de Saint-Arnaud, en cambio tengo á Bazaine.

Bismarck me hace el efecto de un saltimbanqui; creo que soy tan buen cómico como él. Hasta ahora he domado al deslumbrado acaso, constituyéndolo en cómplice mío, y estoy enlazado con el fraude. Aunque cobarde, he vencido; brillo á pesar de mi infamia. ¡Adelante! ¿acaso no cuento con París? Pues soy dueño del género humano. Todo me sonríe ¿por qué detenerme en el camino? Sólo me falta ganar el quinterno; prosigamos, ya que la suerte es una bribona. Pertenéceme el universo, así lo quiero, me agrada; este negro globo estrellado cabe bajo mi cubilete. He escamoteado la Francia; escamoteemos, pues, la Europa. Diciembre es mi manto; la sombra me envuelve; han volado las águilas y sólo me quedan los halcones, pero ¡no importa! Es de noche y aprovecho su obscuridad: ataquemos.

Y sin embargo era día claro, tanto en Londres, como en Roma, como en Viena, y todo el mundo abría los ojos, excepto ese hombre: Berlín sonreía y acechaba silencioso. Como estaba ciego, supuso que era de noche: todos veían la luz; únicamente él divisaba sombras.

¡Ah! sin calcular el tiempo, el sitio, el número, á tientas, fiando en el vacío, sin apoyo, sin más seguridad que sus propias tinieblas, ese suicida púsose al frente de nuestros altivos soldados, del ejército de Francia á quien precedía el renombre, y sin cañones, sin pan, sin jefes, sin generales, condujo los héroes al fondo de la sima. Completamente tranquilo, guióles por sí mismo hasta el lazo do quedaron envueltos.

—¿Dónde vas? dice la tumba. Y él responde: «¿Acaso lo sé?»

II

Plinio explora el Vesubio y Empedocles el Etna; motivo asiste para obrar así á esos grandes curiosos, pues en su cráter irradia un crepúsculo; un bramín va á Benares y deja que se lo coma la miseria, lo cual se comprende, ya que de tal suerte gana el paraíso; á través de las purpurinas lavas de Lipari boga un pescador en su coralina, débil tabla que lame y muerde el pérfido mar desde los cabos de Córcega á las tempestuosas rocas de Corfú; á Sócrates se le apellida discreto y loco á Jesucristo, siendo así que el primero es razonable y sublime el segundo: el profeta negro grita alrededor de Solima hasta que cae muerto á los golpes de las jabalinas; Green se confía al aire y Lapeyrouse á las olas; Alejandro invade la Persia y Trajano la Dacia: todos esos hombres saben lo que hacen, lo que quieren. Su audacia lleva un fin; empero jamás los siglos, el pasado, la historia habían presenciado el insensato espectáculo, el vértigo, el ensueño de un hombre que, descendiendo por sí mismo de triunfal y suprema cúspide, tirando el obscuro hilo por do baja la muerte, se toma el trabajo de abrir su fosa, y colocando su cabeza bajo la horrorosa cuchilla

rodeada de misterio, se la corta para afirmar en sus sienes la corona.

III

Al caer el cometa en el nocturno pozo, los soles presencian su enfriamiento; Satán caído de lo alto conserva su grandeza, pues su anonadamiento tiene cierto aire de apoteosis; tratándose de un destino altivo, visión indómita, toda ruidosa catástrofe equivale á un último rayo. Antes cayera Bonaparte, y su inmenso crimen no deshonró al abismo; Dios le rechazó, pero á pesar de todo sobrenadaba en él algo de vasto y altivo; la claridad ocultaba la sombra, de suerte que la gloria estimaba á aquel hombre sombrío y la humana conciencia dudaba en cierto modo tocante al daño que hacen los colosos.

Malo es divinizar el crimen; Dios vió que era preciso renovar el ejemplo.

Cuando un titán ladrón ha trepado á la cúspide, todos los ladrones quieren seguirle; por tanto, necesítase que en lo sucesivo Sbrigani no pueda imitar á Prometeo. Hora es de que el universo sepa horrorizado hasta qué punto el pequeño puede sobrepujar al grande, cómo un vil arroyuelo es peor que un torrente, y cuánto estupor encierra el destino, aun después de Waterloo y de Santa Elena. Dios quiere impedir que se levanten negros astros. Siendo útil y justo terminar brumario y ese Diciembre velado todavía por una salpicadura que llega al firmamento y envuelto ademas en los enormes recuerdos de antes, necesitándose arrojar el último peso á la balanza, Aquel que todo lo mide quiso enseñar al mundo el execrable derrumbamiento después del gran final, para que el género humano recibiese una lección y menospreciara al causante de todo, ante el que tembló; para

que después de la epopeya se ofreciera la parodia, y para que viéramos lo horrorosa, devastadora é infructífera que puede ser una tragedia cuando es un enano el que imita la caída del gigante.

Como ese hombre personificaba el crimen, preciso era que todo el baldón recayese sobre él, quedándole perennemente el luto por pedestal; preciso era que el fin de ese intrigante fatal, quien á tal punto llevó la insidia que hasta avergonzó á las cosas más destituídas de vergüenza (y que, César, olfateábanle con repugnancia los perros), preciso era, digo, que al caer en la cloaca la produjese náuseas.

IV

Risueño es Azincourt. De hoy en adelante Ramillies, Trafalgar, halagan casi nuestras melancolías; Poitiers ya no constituye una página de luto, ni Blenheim figura en el número de las afrentas; Crecy ha dejado de ser el campo donde inclinamos la frente, y el negro Rosbach hácenos el efecto de una victoria. ¡Oh Francia! La página repugnante de tu historia es Sedan. Escupe este fúnebre nombre, ante el que todo se eclipsa, para no pronunciarlo nunca más.

V

¡Llano! ¡Horroroso punto de cita! Ellos han llegado y nosotros también. Dos bosques vivos, formados de humanas cabezas, brazos, pies, voces, sables y furores, marchan uno al encuentro del otro y se confunden. ¡Qué espectáculo! Oigo gritos. ¿Acaso es la voz del cañón? ¿son las catapultas? A veces el sepulcro muéstrase tumultuoso, á lo cual llamamos altos hechos, hazañas; todo huye, todo se derrumba, y al estrépito levanta la cabeza el gusano. Los reyes lanzan

sentencias, y el hombre ¡ah! ejecútalas en el hombre, obteniéndose cual laurel de la victoria la muerte de un hermano. Después de Farsalia, después de Hastings, después de Jena, el uno se proclama vencedor y el otro llora sobre sus ruinas. ¡Oh guerra! La casualidad pasa montada en carro de sombras tirado por espantosos é invisibles caballos.

Indómita era la lucha. Fuego lanzaban las pupilas de los combatientes en el fragor de desenfrenada carnicería; el fusil Chassepot desafiaba al Dreyse; en el horizonte aullaban medusas, rechinando en obscura nube salpicada de sangre, culebrinas de acero, bombardas, ametralladoras. En lontananza los cuervos se fijaban en esas obreras, pues no hay festín sin carne, ni carnicería sin banquete. La rabia envolvía las sombras, y se comunicaba, cual si tomara cartas la naturaleza en la batalla, del hombre tembloroso al árbol que se estremece. El mismo campo fatal parecía fuera de sí.

Éste veíase rechazado, aquél impelido: allí estaban Alemania y Francia. Todos abrigaban la trágica esperanza de morir ó la repugnante dicha de matar, no encontrándose uno solo entre tantos hombres á quien no embriagara la sangre con su acre perfume, ni que cejara, pues supremos eran los momentos. La semilla sembrada por horroroso brazo, la metralla, llovía sobre el campo tenebroso; y respiraban penosamente los heridos, á quienes se pisoteaba, y bramaban los cañones lanzando sobre las masas formidable humareda que se perdía en el espacio. En medio del áspero encarnizamiento todos recordaban sus deberes, el honor que les ligaba á sus banderas, la abnegación, y la patria. De improviso, entre aquella bruma, al estrépito producido por el trueno, en la enorme sombra do ríe la visionaria muerte, en el caos de los épicos choques, en medio del infierno de cobre

y de bronce que dan contra el hierro, y de lo que derriba aplastando cuanto cae, entre el ruido de la salvaje hecatombe, al toque de los rudos clarines que entonan su sombría cantinela, mientras luchaban nuestros soldados, altivos y tratando de igualar á sus antepasados, veneración de los pueblos, de repente (lo cual estremeciera á las feroces banderas), y mientras que, plegándose á los decretos del destino todo se desangraba, combatía, resistía ó moría, de repente, repito, óyese este grito monstruoso: ¡Quiero vivir!

Calla el cañón estupefacto, interrúmpese la ebria pelea... Acababanse de pronunciar las dos palabras fatales.

La negra águila abre sus garras y aguarda.

VI

Entonces la Galia, entonces Francia, la gloria, y Brennus, la audacia, y Clodoveo, la victoria, entonces el viejo titán céltico de larga melena, y el altivo grupo de las batallas, Châlons, Tolbiac la indomable, la cruel Arezzo, Bovines, Marignán, Beaugé, Mons-en-Puelle, Tours, Rávena, Agnadel sobre su elevado palafrén, Fornoue, Ivry, Coutras, Cerisolles, Rocroi, Denain y Fontenoy, mezclando esas inmortales el relámpago de la frente al brillo de las alas, Jemmape, Hohenlinden, Lodi, Wagram, Eylau, los hombres del último cuadro de Waterloo, y esos guerreros tales como Heristal, Carlo-Magno, Carlos Martel, Turena, espanto de la Alemania, Condé, Villars, famoso por su buena estrella, Kleber, nuevo Aquiles, y Desaix, otro Escipión, y Napoleón, más grande que César y Pompeyo, por manos de un bandido entregaron sus espadas.

SEPTIEMBRE

I

Elección entre las dos naciones

Á ALEMANIA

No hay nación más grande que tú; en otro tiempo todo el orbe era espantosa mansión, y fuíste el pueblo justo entre los pueblos fuertes. Sombría tiara ciñe tu augusta frente; sin embargo, brillas lo mismo que la India, de fabuloso aspecto. ¡Oh país de los hombres de ojos azules! ¡altiva claridad en el tenebroso fondo de Europa! áspera, informe é inmensa gloria te envuelve; tu faro resplandece en el monte de los Gigantes, y cual el águila marina que cambia de océano, pasaste sucesivamente de una á otra grandeza. Al discreto Huss siguió Crescentius el apóstol; en tu patria Barbarroja no es óbice para que nazca un Schiller; el emperador, á pesar de hallarse á tal altura, teme al genio, es decir, al relámpago. No, nada en la tierra puede eclipsarte, Alemania. Tu Vitikind hace frente á nuestro Carlo-Magno, y aun éste te pertenece un tanto como soldado. Por momentos parecía

que un astro te guiara, viéndote los pueblos ¡oh fecundo guerrero! rebelde al doble yugo que pesa sobre el universo, resistir, empuñando la aurora en tus férreas manos, á César Hermann y á Pedro Lutero. Durante mucho tiempo fuiste la solitaria del añejo derecho de los vencidos, así como el roble ofrece sus brazos á la yedra. Así como se mezclan la plata y el plomo en el bronce, supiste fundir en un pueblo único y soberano veinte tribus: el huno, el dacio, el sicambro. El Rhin te prodigó el oro y el Báltico el ámbar; la música constituye tu aliento; alma, armonía, incienso, hace alternar en tus poderosos himnos el graznido del águila con el canto de la alondra; sobre tus desmoronados burgos créese ver la sombra de la hidra y del guerrero vagamente vislumbrados en el monte, cerniéndose por encima del trueno. Nada más bello y risueño que tus verdes llanuras; los rayos penetran por los portillos de la niebla, y duerme el caserío, agrupado bajo las alas de la morada señorial. Apoyada al anochecer la rubia doncella en el brocal de las cisternas, aseméjase á los ángeles del cielo. Cual templo sostenido por extraños pilares, la Alemania mantiénese en pie á través de veinte repugnantes siglos, derivando de ellos su esplendor que se destaca de entre sombras. Cuenta con más héroes que cimas tiene el monte Athos. Aparece la Teutonia en el dintel de las sublimes nubes donde la estrella anda mezclada con el rayo; de noche sus picas aseméjanse á un bosque, por encima de su cabeza victorioso clarín prolonga sus sonidos, igualando su leyenda á su historia. En la Turingia, donde Thor mantiene su lanza en ristre, andaba errante Ganna, la desmelenada druidisa. Bajo los ríos, cuyas aguas acarreaban vagas llamas, cantaban las sirenas, monstruos con senos femeninos, y el Harz, frecuentado por Velleda, el Taunus, donde Spillyre secaba en la hier-

ba sus desnudos pies, todavía no han perdido la agrestre y divina tristeza que en las profundas arboledas deja la profetisa. De noche la Selva Negra es un siniestro Edén; orillas del Neckar la claridad de la luna vuelve sonoros y aviva repentinamente los árboles poblados de hadas. ¡Oh teutones! vuestros sepulcros parecen trofeos; vuestros antepasados sólo grandes osamentas sembraron, vuestros laureles vense esparcidos por do quiera ¡Mostraos altaneros, alemanes! Vuestras sandalias abarcan pies titánicos. Deslumbrante dibujo, la gloria feudal dora vuestros morriones, blasona vuestros escudos, y así como Roma puede presentar á Cocles, vosotros tenéis un Galgacus y un Beethoven que oponer al Homero de la Grecia, Alemania es poderosa y magnífica.

Á FRANCIA

¡Oh madre mía!

II

A príncipe príncipe y medio

*

El emperador hace la guerra al rey.

Y decíamos en nuestros adentros:—Las guerras son el preludio de las revoluciones.—Al par que pensábamos: Esto es la guerra, pero una guerra grandiosa. El infierno quiere un laurel, la muerte una ofrenda; estos dos reyes han jurado apagar la luz del sol; va á derramarse á mares la roja sangre del globo, siendo segados los hombres lo mismo que la hierba. Infames serán los vencedores, si bien magníficos.—Y nosotros que queríamos que el hombre viviera en paz, nosotros

que damos la tierra al arado y no á los cañones, tristes, aunque altivos, decíamos;—¡Francia y Prusia! ¡Qué importa que ese bátavo ataque á ese boruso! Dejemos obrar á los reyes; luego se aparecerá el Altísimo. Y soñábamos el choque de Vichnu contra Indra, un avatar empollado por un apocalipsis, el resplandor pasando á través del eclipse; soñábamos los enormes combates nocturnos; soñábamos ese caos de cólera y de estrépito en que el huracán se ensaña con el océano, en que el ángel, sujeto por los brazos del gigante, lucha y mezcla su sangre celestial con la negra sangre del titán; soñábamos á Apolo contra Leviatán: nos imaginábamos la sombra en plena demencia; hacíamos chocar, en el horror de inmensa querella, Rosbach contra Jena, Roma contra Alarico, el gran Napoleón y el gran Federico; creíamos ver hacia nosotros, presurosas y volando con la mayor rapidez posible cual golondrinas, las victorias, y así como el pájaro corre en busca de su nido, ir en derechura á la Francia, al progreso, á la justicia, al derecho; creíamos asistir á un choque fatal de los tronos, al siniestro fin de las vetustas Babilonias, al espectáculo del continente triturado, muerto, resucitado en un desarrollo de alba y de libertad, y ver tal vez, después de monstruosos desastres, nacer un mundo á través de un cataclismo de astros.

De suerte que estábamos soñando. Bien, decíamos: será como Arbelle, Actium, Trasiméne y Zara, horroroso, pero grande. Una sima con su pendiente y todo el universo junto á la orilla, lo mismo que en Lepanto, que en Tolbiac, que en Tiro, que en Poitiers. Nuestros porteros la Cólera, la Fuerza y la Noche van á abrir ante nosotros la ancha tumba: fuerza será que desciendan á ella el Sur ó el Norte; fuerza será que una ú otra raza caiga al fondo del abismo donde quedan reducidos á la nada reyes y dioses. Y pensativos,

creyendo ver venir hacia nosotros la gloria, choques como los que presenciaron el Loire, Wagram tonante, Leipzig magnífica y repugnante, Cyrus, Sennacherib, César, Federico segundo, Nemrod, temblábamos al acercarse esos sombríos momentos...—De repente sentimos una mano que se introduce en nuestros bolsillos.

*

He aquí de lo que se trata: Apoderarse de nuestro dinero.

Con harta exactitud se decía: Bonaparte indigente fué un estafador, y debe estar esperanzado de robar á la Alemania así como robó á la Francia. Escamoteó el trono, es hombre vil, trapacero é indecente, nadie lo niega; empero nos formábamos la ilusión de que toparía con un viejo rey, muy pagado de su alcurnia, teniendo á Dios por corona y el honor por coraza. Y encontrar ante él, como en tiempo de los Dunois, uno de esos paladines de los antiguos torneos cuya armadura modélase vagamente en las matutinas y bulliciosas nubes, ¡oh caída! ¡oh ilusión! ¡qué cambio de decoración! Esto es una silba y no el toque de la guerrera trompa.

Es de noche. Preséntase á nuestros atónitos ojos salvaje jaral donde hormiguean los sables, brillando los cañones de los fusiles entre las ramas; resuenan gritos en la sombra. Sorpresa, emboscada. ¡Deteneos! Todo se ilumina, ofreciendo el bosque por do quiera su claraboya donde brilla roja luz. ¡Sus! se aplastará la cabeza á todos si alguno se mueve. ¡Boca abajo y que nadie quede en pie! Y ahora venga vuestro dinero, sin que falte ni un óbolo. ¡Qué importa que os agrade ó no manteneros de rodillas sobre el fango! Y se os registra con una bayoneta asestada al pecho. Somos diez contra uno, armados hasta los dientes;

resistir sería una imprudencia. ¡Obedeced! Estos acentos parecen salir de un antro. ¿Qué hacer? Todos alargan la bolsa y besan la tierra; y en semejante postura se piensa en aquellos países que antes se nombraban Polonia, Francfort, Hesse, Hánnover. ¡Ya está! ¡levantaos! Nos encontramos pobres en medio de la Selva Negra, y nosotros, que no estamos iniciados en las traiciones salvajes, nosotros, ignorantes del arte de reinar, nosotros, profanos, reconocemos que Cartouche hacía la guerra á Schinderhannes.

III

Tal para cual

Mirad, pues: aquí el bragazas del crimen; allá, tontamente servido por cuantos oprime, el ogro del derecho divino, devoto, exacto, moral, nacido para ser emperador sin haber pasado de cabo. Aquí el gitano, allá el sicambro; el degollador lucha con el dosdiciembre. A un lado la liebre, en el otro el chacal; la cañada de Ollioule y la casa Bancal parecen haber suministrado ciertos reyes; los calabreses no cuentan entre ellos nada de más horroso que esos tunos. Pillaje, extorsión, he aquí su sistema de guerra, arte que haría las delicias de Poulailler, pero abrumaría á Folard. Es la nocturna detención de un coche que viaja.

Sí, vil es Bonaparte, pero Guillermo es atroz; nada más imbécil ¡ah! que el guante que ese cándido pillo arroja al rostro de aquel negro bandido. El uno ataca con nada; el otro acepta el reto y saca bruscamente el rayo de su bolsillo; suave y traidor era el trueno, y se ocultaba. Su emperador tenía al nuestro por un juguete. Ríese: «¡Ven acá, chiquillo!» Y el chicuelo se acerca tropezando. Carnicería, muertos á montones, luto,

horror, traición, tumulto infame alrededor del siniestro horizonte. Ante esos innumerables atentados apodérase del pensador cierto deslumbramiento sombrío. ¡Cuántos crímenes, justo cielo! ¡Ah! ¡qué horroroso desenlace! ¡Oh Francia! una ráfaga de viento disipa en el acto esa sombra de César y esa sombra de ejército. Guerra en que el uno es llama y el otro humo.

IV

París bloqueado

¡Oh ciudad! la historia se postrará á tus pies. En desangrarte está tu belleza; en la muerte estriba tu victoria. Pero no, tú no mueres. Corre tu sangre, y cuantos contemplaban á César sonriente en tus perezosos brazos se sorprenden: salvas la llama expiatoria, y la admiración de los pueblos, y la gloria ¡oh París! dante más de lo que pierdes. Ciudad enlutada, conquistas a tus sitiadores. La baja y falsa prosperidad es la muerte lenta; caías loca y alegre, y te engrandeces sangrienta. Tú, á quien adormeciera el imperio envenenador, te libraste de la humillación de tan repugnante felicidad. Despiertas diosa, y expulsas al sátiro; te conviertes en guerrera al convertirte en mártir; y en el honor, en lo bello, en lo verdadero, en las grandes costumbres, renaces de un lado cuando mueres del otro.

V

A Juanita

Ayer cumpliste un año, querida mía; contenta estás garlando, como bajo la enramada, en el fondo del más

tierno nido, abriendo con vaguedad los ojos; los recién nacidos pajarillos gorjean alegres al ver que empieza á salirles la pluma. Rosada es tu boca, Juanita, y en los gruesos tomos cuyas láminas te encantan, y que para complacerte he de permitir que los ajen tus lindas manos, hay preciosos versos, pero ni uno solo que valga lo que tú cuando al verme tiembla todo tu cuerpecito. Los autores más famosos no han escrito nada mejor que el pensamiento semidescogido en tus ojos, y que tu obscuro, desparramado y extraño ensueño, contemplando al hombre con la ignorancia del ángel. Dios no se encuentra muy lejos, Juanita, puesto que te estoy viendo. ¡Ah! tienes un año, ¡bella edad! Hay momentos en que te encuentro grave, aunque arrobada; estás en el celestial instante de la vida en que no hay sombras para el hombre, en que cuando el niño estrecha á sus padres entre sus bracitos, abraza el universo; tu joven alma vive, sueña, ríe, llora, espera de tu madre Alice á tu padre Carlos: todo el horizonte que tu espíritu es capaz de contener se ciñe de ella que te mece á él que te acoge sonriente; en esa hora primera estos dos seres constituyen para tí toda caricia y toda luz; ellos dos, sólo ellos, ¡oh Juana! y nada más justo Y soy, y existo, humilde abuelo, porque te sigo; y tu llegas y yo me voy; y adoro, yo que sólo puedo aspirar á las sombras nocturnas, el derecho que tú tienes á la aurora. Tú y tu rubio hermano Jorge llenáis mi alma; contemplo vuestros infantiles juegos, y esto me basta. Sólo ansío, después de las innumerables pruebas que he tenido que soportar, una tumba sobre la cual se dibuje la sombra de vuestras cunas doradas por el sol levante.

¡Ah! inocente y soñadora recién venida: para nacer escogiste hora bien singular. Estás ¡oh Juanita! familiarizada con el terror; sonríes ante un mundo que

da las últimas boqueadas; zumbas cual la abeja en la floresta, y mezclas tu encantador murmurio al grandioso París que hace resonar su formidable armadura. ¡Ah Juanita! Cuando te oigo cantar y que me diriges la palabra con tu suave vocecita; cuando contemplo tus manos extendidas sobre nuestras cabezas, paréceme que la sombra do mugen las tempestades tiembla y se aleja lanzando sordos rugidos, y que Dios hace bendecir por una niña la ciudad de los cien campanarios, desamparada cual bajel que va á estrellarse en un escollo, y los enormes cañones que guardan la sombría muralla, y el ansioso universo que París defiende.

París, 30 de Septiembre de 1870.

OCTUBRE

I

Yo era el viejo y salvaje vagabundo de los mares, una especie de espectro al borde de la amarga sima; en medio del áspero invierno, azotado por el viento, por la escarcha, por el huracán, por la espuma y envuelto en sombras, escribí un libro, cuyas hojas, una vez terminadas, doblaba la tempestad, negro soplo á las órdenes del expulsado; sólo me quedaba el honor imperecedero; vine y ví la formidable ciudad: estaba hambrienta y puse mi libro al alcance de sus dientes, diciendo á este pueblo altivo, indómito, ardiente, á este pueblo indignado, que desconoce el miedo y no soporta el yugo ni sigue regla alguna, diciendo á este París, como el klephte al águila: Cómete mi corazón, tus alas crecerán un palmo. Cuando Jesucristo espiró, al morir el gran Pan, Juan y Lucas en Judea y en la India Epicuro oyeron un grito de obscura inquietud; tembló la tierra al derrumbarse el Olimpo; de Ofir á Canaan y de Asur á Saba, así como al doblarse el zócalo se dobla la columna, todo el Oriente se inclinó á la caída de Babilonia; hoy el hombre está poseído del mismo horror sagrado, y el edificio siente faltarle su punto de apoyo: todos tiemblan por París á quien sujeta vil mano; fenecería el universo si feneciera esta ciudad. No sólo es un pueblo sino el mundo

entero que los reyes tratan de clavar, taciturno y sangriento, en la cruz. Empieza el horroroso suplicio del género humano.

Así, pues, á luchar. Más que Troya y que Tiro, más que Numancia, París sitiado debe dar ejemplo. Seamos grandes; desafiemos á los bandidos guiados por los tiranos. Vuelven los hunos como en tiempo de Fredegario; dejemos que rueden hacia nosotros las máquinas de guerra; mostremos la cara, no cejemos; aceptemos solos, vendidos, ensangrentados, la ruda tarea de salvar á este país. Caer sin haber temblado vale tanto como vencer. Ser el sueño inmenso de la historia, hacer que todo buscador de lo verdadero, de lo grande, de lo bello, imponga silencio con el dedo al ver una tumba, honra tanto á un pueblo como á un solo hombre, Catón es demasiado grande si sobrepuja á Roma, Roma debe igularse con él, debe imitarle; por tanto, Roma ha de combatir y París luchar. La labor que nos corresponde acaba por trocarse en gavilla nuestra. Combate ¡oh París de mi alma! ten, pueblo magnífico, acribillado de flechas, pero sin mancha en tu escudo, el ilustre encarnizamiento de no ser vencido.

II

¡He aquí que han vuelto los días trágicos! Al ver tantos signos desconocidos diríase que ha comenzado otra egira para las naciones.

Pálido Alighieri, y tú, hijo de Cinegira, ¡oh severos testigos, oh justicieros iguales! inclinados, el uno sobre Florencia y el otro sobre el Argos, vosotros, espíritus que el águila cobija bajo sus alas y á quien se deben los formidables libros que respiran algo de lo que muge y luce detrás del horizonte; vosotros, á

quienes lee estremecido el género humano, soñadores que podéis decir desde el fondo de vuestras tumbas: somos dioses merced al misterioso temblor de los hombres, Dante, Esquilo, oid y ved.

A esos reyes les viene muy holgada la corona sobre sus estrechas sienes. Vosotros les desdeñariais, pues carecen de la estatura de aquellos que atormentáis con vuestros formidables versos, es decir, del jefe argivo, y del valor pisano; empero son monstruosos, no lo neguéis. Sólo conservan de los primeros reyes el aspecto vulgar, si bien se presentan acompañados de guerreras legiones. Empujan sobre París los siete pueblos sajones, cada uno de los cuales ha de saciar su sed de sangre, ofreciéndose repugnantes, cubiertos de cascos y de bordados y blasones: cada uno de dichos reyes toma por emblema una especie de animal salvaje y en su morrión reluce la quimera de un rudo y tétrico aguilucho, ó algún dragón impuro agitando su melena; y el gran jefe enarbola en lo alto de su estandarte, teñida sucesivamente con los dos reflejos de la tumba, una águila, blanca de noche y negra de día. En pos de ellos, con gran estruendo y bajo todas las formas, krupps, bombardas, cañones, enormes ametralladoras, arrastrando hasta los pies del muro que nombran enemigo el bronce, mudo y adormecido esclavo que, cuando se le desbozala, apodérase de él férvido celo y empieza á destruir una ciudad, sin freno, sin tregua, con la terrible alegría del fuerte metal, cual si se vengara sobre aquellas semi-caídas torres de que el hombre le emplee en la fabricación de estatuas cubiertas de baldón, y cual si dijera: ¡Pueblo! contempla en mí el monstruo con que después entronizas á los reyes. Todo tiembla, y los siete jefes forman estrecho pacto de odio.

Allí están, amenazando á París. Castíganlo. ¿De qué? De constituir por sí solo la Francia y el universo

entero, de brillar por encima de las entreabiertas simas, de ser un gigantesco brazo apoderado de un puñado de rayos que no iluminan ningún otro punto de Europa; castigan á París porque es la libertad; castigan á París por ser la ciudad do ruge Danton, luce Molière y ríe Voltaire; castigan á París porque es el alma de la tierra, porque cada día rebosa más vida, siendo la grande y profunda antorcha que ningún viento apaga, la ardiente idea que se abre paso á través de las nubes, el número, la faz creciente del claro progreso en el fondo de sombrío cielo; castigan á París porque denuncia el error, porque advierte y truécase en explorador, porque bajo su espantosa gloria muéstrales un cementerio; porque borra el cadalso, el trono, la frontera, el límite, el combate, el obstáculo, el foso, y es el porvenir cuando ellos representan el pasado.

Ellos no tienen la culpa, pues son las negras fuerzas que van persiguiendo de noche todas las glorias sombrías: Caín, Nemrod, Rhamses, Cyrus, Gengis, Timour. Combaten el derecho, la luz, el amor; quisieran ser grandes y sólo aparecen disformes ¡Oh tierra! no quieren que, afortunada, te duermas en brazos de la sagrada paz y en el himeneo de la divina luz con el humano espíritu. Condenan á devorarse los hermanos, al pueblo á ensañarse contra el pueblo, y su desgracia consiste en ser omnipotentes y en que todos sus instintos excitados por el averno, vense desvanecidos por la luz del firmamento. ¡Repugnantes reyes! No cabe duda que es más fácil que el pájaro olvide el camino de su nido, que el tigre se enamore del cisne, que la distraída abeja deje abandonada su salvaje colmena fabricada en el hueco de una carrasca, antes de que su alma renuncie á las matanzas, á la ley del sable, al infame asesinato, á los clarines y al relinchador caballo de batalla.

III

Siete; la cifra del mal. El número de que el Altísimo hace dimanar todas las humanas faltas, Siete príncipes: Wurtemberg y Mecklemburgo, Nassau, Sajonia, Baden, Baviera y Prusia; red fatal. En la obscuridad de la noche levantan sus tiendas sepulcrales. Allí aparecen los círculos del infierno, empañadas espirales: odio, invierno, guerra, luto, peste, hambre, fastidio. París tiene sobre sí los siete nudos de las tinieblas, París cuenta delante de sus muros siete jefes, al igual de Tebas. ¡Inaudito espectáculo! el astro sitiado por el Erebo. La noche asalta á la luz; el abandonado astro lanza un grito, y la nada prolongada risotada. La ceguera combate la luz; la taciturna envidia ataca al cráter augusto de la vida, al gran foco central, al astro compañero de los astros. Sorpréndense todos los ojos desconocidos abiertos en el infinito. ¿Qué pasa, pues? ¡Cómo! ¡se empaña la claridad! Dilatado estremecimiento de horror va de estrella á estrella. Salva tu obra ¡oh Dios! tú que de un soplo conmueves la sombra de Leviatán retuerce sus venenosos brazos. Ya no hay remedio. Ha comenzado la infame batalla.

Así como antes un faro guardaba la puerta Scea, viva luz se desprende del astro, advirtiendo al cielo que el infierno sube y desciende la noche. El antro es como enorme muralla de humo donde hormiguea no sé qué indómito ejército; monstruosa nube donde luce el bronce, confundiéndose los ruidos infernales y los ruidos subterráneos; y aullando los truenos en el fondo de la gehenna, parecen encadenadas fieras. Llega informe marea do mugen los tifones, creciendo, rodando y lanzando ahogados gritos, y tal caos encarnizase en dar muerte á esta esfera. Él hiere con

la llama, ella con la luz, y el abismo está en posesión del relámpago, y de la luz el astro. La obscuridad, ola, bruma, huracán, torbellino, cae sobre éste, una y otra vez, tratando de verterse por completo en ese pozo de la aurora. ¿Quién vencerá á quién? ¡Temor, esperanza! ¡Calofríos! Por momentos bórrase bajo horrorosas hinchazones de tinieblas la espléndida redondez del astro, y, como vagamente tiembla y flota un rostro cada vez más siniestro y pálido, desaparece. ¿Por ventura es dado pronunciar la sentencia de una estrella? ¿Quién puede tanto? ¿A quién asiste derecho para arrancar del mundo luz tan sagrada y alma tan profunda? El infierno aseméjase á horrible bocaza que muerde. Y desaparece el astro. ¿Acaso ha muerto?

De repente brota un rayo de luz por un claro; flamígera melena sacudida por el viento aparece...— ¡Hele aquí!

Es él. Vivo, enamorado, condena á la Noche á verse deslumbrada, y recobrada de improviso su primitiva belleza, cubre á aquélla con inmensa espuma de luz.

¿Ha sido vencido el caos? No. Redobla la obscuridad, y vuelve el reflujo del antro invasor: diríase que Dios se desalienta.

Nuevamente se busca el astro entre horrores, en medio de la obscuridad de la noche, de la tempestad. ¿Dónde está? ¡Qué asechanza! Y todo queda suspenso; presiente la creación que es testigo de un crimen, y el universo contempla estupefacto el abismo que, sin descanso, en el fondo del rojo firmamento, arroja bocanadas de sombra sobre el sol.

NOVIEMBRE

I

Desde los muros de París al anochecer

Blanqueaba el Occidente y por el Oriente asomaba tétrica obscuridad, como si algún brazo salido del fondo de los osarios erigiese un catafalco á las nocturnas columnas y desplegara dos sudarios sobre el firmamento.

Y cerraba la noche lo mismo que un calabozo. El ave confundía sus quejas con el estremecimiento de las plantas, y yo iba andando. Al fijar mis ojos en el horizonte, el sol poniente sólo formaba sangrienta oleada.

Esto traía á la memoria algún duelo inmenso de un monstruo contra un dios, ambos de la misma talla; dijérase la formidable espada del cielo enrojecida y rodando por los suelos después de un combate.

II

París difamado en Berlín

Para la siniestra noche la aurora constituye un escándalo, y el ateniense parece una afrenta al vándalo. ¡Oh París! al par que eres atacado quisiera darse á la asechanza un falso aire de sentencia; el pedante ayuda

al zorro, y apuestan deshonrar la ciudad heroica, y llueven las injurias mezcladas con los obuses en el bombardeo, aquí mata el soldadón, y más allá miente el retórico; eres denunciada en nombre de las costumbres, en nombre del culto; te insultan para poderte pasar á cuchillo, pues la calumnia no tiene otro objeto que el asesinato. ¡Oh ciudad, cuyos habitantes ofrecen la grandeza de un Senado! Lucha. desenvaina el acero, ciudad de luz que fundas el taller y defiendes la cabaña, deja aullar á tu derredor la espantosa cohorte de los gazmoños, negros salvadores del altar y del trono, hipócritas para quienes en todo tiempo está prohibida la luz, que ponen una valla entre los dioses y los espíritus, y cuyos gritos lleva hasta nosotros la historia á través de los tiempos, gritos parecidos á los lejanos ladridos de obscena jauría. Díganlo sino Roma, Tebas, Delfos, Menfis y Micenas.

III

Á todos esos príncipes

*

Reyes teutones, malamente imitasteis á vuestros padres. Estos se precipitaban fuera de sus grandes madrigueras, empuñando el acero, y tratando de ser los más valientes y no los más numerosos. Vosotros guerreáis de otro modo.

Os deslizáis silenciosamente, envueltos en las sombras, trayendo por cómplice la casualidad, hasta el país inmediato, con cautela, en cierto modo como los ladrones y casi como un enamorado. Bajando la voz, encorvando la frente, ocultando la luz que os sirve de guía, sois invisibles en el fondo de las selvas y seguís trepando; luego, bruscamente, gritando ¡viva! ¡hurra!

¡justicia! desenvainais un millón de sables, y confundiéndonos con el sorprendido vecino, herís á derecha é izquierda, siendo así que el atacado carece de ejército y tiene un cero por general. Vuestros antepasados, á quienes meciera Lutero con su coralo, no hubiesen querido la victoria así alcanzada, pues en ellos podía más el pudor guerrero que la sed de conquistas, y todos albergaban en su pecho el deseo de ser grandes más bien que de salir vencedores. Vosotros, príncipes, desde Sedán hasta Versalles, en vuestra obscura marcha entre malezas, sembráis todo género de hazañas obscuras y singulares, de que se indignara en la época caballeresca la indómita magnanimidad de la espada.

¡Reyes! la guerra no es digna de la epopeya cuando se vale del espionaje y de la traición, y si encubre el robo con una escarapela y el fraude con un plumero. Guillermo es emperador, Bismarck trabucaire; Carlo-Magno sienta á su derecha á Roberto Macaire; á merced de los mamelucos, de los panduros, de los strelitz, de los raitres, de los hulanos, entrégase la Francia de Austerlitz, la cual constituye su botín, su presa, su prebenda. El grande ejército hase trocado en enorme cuadrilla.

*

Ebrios, se encaminan al obscuro antro que les espera. Así el oso siguiendo la corriente del agua sobre el flotante ventisquero, no siente como se derrite y hunde bajo sus pies el banco de hielo.

Sea, príncipes. Revolcaos sobre la conquistada Francia. De la espirante Alsacia, de la ensangrentada Lorena, de Mez que os fué vendida, de la temblorosa Strasburgo cuya trágica aureola no conseguiréis borrar, sólo obtendréis lo que se alcanza de las mujeres violadas, la desnudez, el lecho y odio eterno.

Sí, el manchado cuerpo, en lo sucesivo frío y siniestro, cuando se ven forzadas en vil abrazo, he aquí lo que se obtiene de las vírgenes y de las ciudades.

Segad á los vivos cual campo de maduro trigo, cercad á París, incendiad esta gran muralla, esparcid la muerte en Châteaundun, en Gravelotte, ¡oh reyes! llenad de desesperación el alma de la sollozante madre; lanzad el horroroso grito de las sombras: ¡Exterminemos! Sacudid vuestros estandartes y haced rodar vuestros cañones; falta algo á esa triunfal algarabía. Cerrada se mantiene la luminosa puerta del cielo, y en la enlutada tierra ningún laurel obtiene su savia de tantas y tantas oleadas sangrientas.

Arriba, en lontananza, el altivo grupo de la Fama, inmóvil, indignado, plegadas las alas, da la espalda, calla, no quiere ver nada, y en el fondo de ese negro firmamento se divisa el taciturno rebajamiento de sus sombrías trompetas.

¡Y decir que ni un solo nombre brota de tanta ruina! ¡Oh gloria! ¿cómo se llaman estos héroes? ¡Cómo! ¿esos triunfadores altaneros, sangrientos, perspicaces, esos invasores animados á tal punto por la rabia, no pueden desprenderse del anónimo? Tanta afrenta sobre nosotros pesa. ¡Cuán grande es la victoria y cuán pequeño el vencedor!

IV

Bancroft

¿Qué importa todo esto á Francia la grande? Su trágico desdén llega hasta la ignorancia. Existe, sin saber de lo que ella dicen desconocidas gentes en las moradas regias y en los zaquizamís; pordiosero ó mi-

nistro, no tenéis la majestad siniestra del mal; en vano zumbáis sobre su eternidad. La insultáis. ¿Y á quién se dirigen vuestros insultos? En medio de su luto ó de su regocijo no para mientes en vos, obscura y vaga sombra; tratad de pareceros á alguien Tiberio ó Gengiskan, sed el hombre azote, el hombre volcán, y veráse si vale la pena de despreciaros; contad con algún título para que se os odie, y se resolverá lo que ha lugar. De lo contrario, idos. Un enano á la pequeñez puede añadir su ponzoña sin dejar por eso de ser enano; y ¿qué importa el átomo, qué importa la vil afrenta que deriva de ese hombre? ¿qué importan las bagatelas que pasan y desaparecen? Sin sacudir la enorme cabeza, en el fondo del desierto donde se ve rodar al lince feroz, el estercorario puede familiarizarse con el coloso, eternamente inmóvil bajo la estrellada bóveda.

V

Al ver flotar en el Sena algunos cadáveres de Prusianos

Sí, llegasteis, y ahora os veo acostados, acariciados, transportados, besados, inclinados sobre la blanda almohada del agua muelle y profunda; os veo envueltos en las frías y húmedas sábanas de la onda. Sois vosotros, sí, los hijos del Norte, que yacéis tendidos y desnudos sobre la adormecida ola, cerrados vuestros ojos azules al arrullo de ese suave vaivén. Dijisteis:—«Marchemos en busca de la prostituta. Allí está Babilonia, acostumbrada á las mundanas caricias; en su seno prodíganse las risotadas, los alegres cantos; en ella nos aguarda el placer. ¡Sajones! ¡germanos! Fijemos nuestros oblicuos ojos hacia el Sur. ¡Presto

á Francia! París, la pública ciudad, que en obsequio de los extranjeros se llena de afeites y se embellece, abrirános los brazos...»—Y el Sena su lecho.

VI

¡Predicar la guerra después de haber litigado la paz! Sabiduría, dice el sabio, ¿es cierto que me engañabas? ¡Oh discreción! ¿qué se hicieron las palabras de clemencia? ¿Es posible que hayas sido cegada ó que te retractes de lo dicho? Y la fraternidad, ¿qué haces de ella? hete aquí exterminando á Caín, hiriendo con tus rayos á Atila.

—Hombre, no te he engañado, dice la sabiduría. Todo empieza por una negativa y acaba por una prodigalidad; el invierno conduce á la primavera y el odio al amor: créese trabajar en contra de una cosa y se trabaja en su favor. Sobreponiéndose sin medida y sin cuento las verdades, amontonan á veces tanta sombra, que el hombre se inquieta ante su profundidad: la Providencia es negra á fuerza de grandeza; de esta suerte la siniestra y santa noche fabrica con capas de estrellas sus velos de tinieblas.

VII

Ignoro si voy á parecer extraño á aquellos que ante la empañada y poco feliz suerte, ante Sedan, ante el brillo de la espada, piensan que hay que encender un cirio á Santa Genoveva; que se obtendría el más eficaz auxilio volviendo á retocar Nôtre-Dame d'Auray, y que una oración bretona tiene el privilegio de parar los tiros y detener el silbante y mortífero plomo. Pareceré tal vez hombre salvaje y asaz mal criado á

cuantos murmuran en algún rincón algunas Ave Marías, mientras corre á torrentes la sangre de nuestras venas, y que contra un cañón asestan una novena; empero afirmo que ha llegado la hora de obrar y de pensar en la leva general, en el abismo, en el peligro que, estrechando cada vez más su círculo de hierro, aunque repugnante, siquier tiene el mérito de ser sincero, francamente agreste y sombrío, ofreciéndote ¡oh Francia! sublime ocasión para morir. Afirmo que se acercan el monstruoso campamento de los bárbaros y los osos que han roto los barrotes de las jaulas do estaban encerrados; afirmo que los pueblos están conmovidos de horror, que no es tiempo de pensar en *oremus;* que ahí están las hordas, teniendo á París por blanco de sus tiros, y que todos debemos lanzar terrible grito. ¡Ciudadanos, á las armas! ¡campesinos, empuñad las horcas! Arroja lejos de tí tu salterio para los agonizantes, general, y hagamos á escape un boquete. La Marsellesa todavía no ha enronquecido; aun no está cansado el caballo que montaba Kleber, ni se ha bebido todo el vino de la audacia, habiéndonos dejado el suficiente Danton en el fondo de la copa para dar severa carga á la Prusia, y para atemorizar al espirante mundo antiguo cuando vea cómo recibimos á los reyes. Además, aunque nuestra suerte fuera perecer, la muerte es grande. Al ver la ciudad en manos de un muy buen cristiano, al creer que se tiene miedo, al notar que se pierde el tiempo, qué queréis que os diga, no estoy satisfecho. Ese jefe fija demasiado sus húmedos ojos en su padre espiritual; contémplolo soldado valiente y general harto tímido; al igual del viejo Entelle y del veterano d'Aubigné, me dan calofríos, tiemblo indignado. Hay en París, volcán, hornaza de almas, cerca de dos millones de hombres, niños y mujeres, y ni uno sólo piensa en cejar, ni uno sólo; y queremos más rapidez en la

cólera y más concisiòn en los discursos. Mañana mismo así me expresaría en las casas consistoriales si no me espantara ¡oh abrumadora patria mía! el fantasma de la guerra civil, y si no temiera añadir tan espantosa cuerda á tus ligaduras, y verte arrastrada alrededor del abrasado muro por entre el fango y los charcos de sangre, detrás de infame carro, primero por tus vencedores, y luego por tus hijos.

Estos altivos parisienses desafían todas las calamidades; aceptan el frío, el hambre, nada les doma; lo que se les hace imposible es el cubrirse de vergüenza: á falta de pan moreno se come pan negro. ¡Perfectamente! Mas dejarse coger como ovejas, no está en sus hábitos, y todos ansían salir al campo, y hasta á nosotros mismos nos dan ganas de derribar la puerta de nuestra casa, lanzarnos á la calle, y, si preciso fuere, levantada la frente hacia el oriente, alcanzar la libertad en la tumba, gritando: ¡Concordia! atestiguando el porvenir, la esperanza, la aurora. ¡Así es como agoniza la Francia!

Por lo mismo, en semejante extremo declaro que para obrar bien el corazón del hombre no conoce límites, que hay que copiar á Esparta y á Roma nuestra antepasada, y que su propia cobardía es lo que limita á un pueblo: hago caso omiso del mal ejemplo, indigno leproso. Actualmente necesitamos algo mejor que los antiguos caballeros de pro, que á menudo pierden su tiempo orando en las capillas; afirmo que nos llamas en socorro tuyo, ¡oh Francia! y que es bastardo el valor que canta en el facistol; de lo que se trata es de arriesgar el todo por el todo, y ya es tarde. Opino que á presencia de las indómitas trompetas, de los huracanes que hinchan sus negras bocas, á presencia del feroz Norte atacando al Mediodía, opino, digo, que necesitamos un hombre atrevido; y que, cuando se trata de expulsar á los vandalos, de recha-

zar la oleada de las feudales cuadrillas, de libertar á Europa libertando a París, y de dar buena cuenta de aquellos que nos han sorprendido, en medio de tantos horrores y miserias, necesitamos una espada y no un rosario.

VIII

No conviene engañarse: nunca he ocultado que me hallaba inclinado sobre el enigma eterno; sé que nuestra alma es mas libre cuando estamos medio engolfados en el equilibrio de la tierra y el cielo; sé que cuando uno se apoya en lo desconocido se siente descender algo de inmenso y de bueno, y se ve la insignificancia de los reyes, y se resiste, y se lucha, y el corazón no está tan triste; sé que hay profetas altaneros á quienes halaga el peligro, y que la augusta costumbre de soñar, de meditar, de amar, de creer y de prosternarse ante Dios todos los días, realza al hombre á los ojos de los demas; no cabe duda, inclino mi frente ante el profundo infinito. Empero el cielo no desempeña el trabajo de los hombres; cada uno tiene sus deberes que cumplir y debe llenar su misión: tampoco ignoro esto. Si el destino se muestra cobarde, á nosotros toca hostilizarlo con crudeza, sin importunar al relampago celeste, y para vencerlo cuento mas con el rayo humano que con un gran fenómeno del divino trueno.

IX

Al obispo que me llama ateo

¿Ateo? entendámonos, ministro del Señor, una vez por todas. Espiarme, acechar mi alma, estar á la hus-

ma, mirar por el ojo de la llave en el fondo de mi espíritu, indagar hasta donde alcanzan mis incertidumbres, cuestionar e infierno, consultar su registro de policía, á través de su siniestro respiradero, para ver lo que niego o lo que creo, no te des ese trabajo, pues sería inútil. Mi fe es sencilla, y lo proclamo en voz alta Agrádame la franca claridad.

Si se trata de un hombre bondadoso de poblada barba blanca, de una especie de Papa ó de emperador, sentado sobre un trono que en lenguaje teatral llamase bastidor, rodeado de nubes y con un pájaro sobre su cabeza, y á su derecha un arcángel, y á su izquierda un profeta, sosteniendo en brazos á su pálido Hijo desgarrado por los clavos, uno y trino, escuchando los armoniosos sonidos del arpa, Dios celoso, Dios vengador, que inscribe en un registro á Garasse, que anota el abate Pluche en la Sorbona y aprueba á Nonotte; si se trata de ese Dios que valida á Trublet, Dios que pisotea á cuantos derriba Moisés, consagrando á todos los regios bandidos en sus madrigueras, castigando á los hijos por las faltas de sus padres, deteniendo el sol al anochecer, á riesgo de que se rompa instantaneamente el gran resorte, Dios mal geógrafo y no mejor astrónomo, inmensa y pequeña falsificación del hombre, encolerizado y haciendo morisquetas al género humano, empuñando un sable, á semejanza del Padre Duchêne, Dios que de buena gana condena y raras veces perdona, que sobre una injusticia consulta la imagen de la Virgen; Dios que en su azulado cielo cree deber imitar nuestros defectos y se complace en medio de las plagas, así como los mortales nos complacemos al vernos rodeados por querida jauría; que turba el orden, lanza sobre nosotros á Nemrod y á Cyrus, que hace que nos muerda Cambises, y arrójanos entre piernas a Atila; sí, ministro del Señor, sí, soy ateo para ese buen Dios.

Pero si se trata del ser absoluto que condensa el ideal en toda su evidencia, por el cual manifestando la unidad de la ley puede el universo, así como el hombre, decir: yo; del ser cuya alma siento en el fondo de la mía, del ser que me habla en voz baja, é incesantemente en favor de lo verdadero y ataca lo falso, entre los instintos cuyo oleaje nos sumerge á medias; si se trata del testigo que unas veces acaricia mi obscuro pensamiento y otras lo punza, según que en mí, remontándome al bien ó cayendo en el mal, siento engrandecerse el espíritu ó crecer el instinto animal; si se trata del prodigio inmanente que se siente vivir más de lo que nosotros vivimos, y con que se embriaga nuestra alma cada vez que se muestra sublime, yendo, donde voló Sócrates, donde Jesús llegó, por lo justo, lo verdadero, lo bello, directamente al martirio, cada vez que un gran deber atráela hacia el antro, cada vez que se encuentra envuelto en gigantesca tempestad, cada vez que tiene la augusta ambición de ir, á través de la infame sombra que abomina y del otro lado de la noche, en busca de la aurora, ¡oh ministro del Señor! si se trata de ese alguien profundo que las religiones no hacen ni deshacen, que adivinamos bueno y presentimos sabio, que carece de contornos así como de rostro, pero no de hijos, ya que su paternidad y su amor son más vastos que la luz estival; si se trata de ese vasto desconocido que no se nombra, ni explica ó comenta ningún Deuteronomio; que los Calmets tampoco pueden leer en ningún Esdras, que el niño en su cuna y los muertos en su mortaja divisan vagamente desde abajo como una cima, Altísimo no comible en ningún pan ázimo, que no se enfada porque se profesen mutuo amor dos corazones, y que ve la naturaleza donde tú ves el pecado; si se trata de ese Todo vertiginoso de los seres que habla por la voz de los

elementos, sin sacerdotes, sin biblias, ni carnal ni oficial, que tiene el abismo por libro y el cielo por templo, Ley, Vida, Alma, invisible á fuerza de ser enorme, impalpable hasta el punto que fuera de la forma de las cosas que disuelve aéreo soplo, se vislumbra en todo sin prestar asidero; si se trata del supremo Inmutable, solsticio de la razón, del derecho, del bien, de la justicia en equilibrio con el infinito ahora, anteriormente, hoy, mañana, siempre, dando su duración á los soles y la paciencia necesaria á los corazones, que, claridad fuera de nosotros, en nosotros mismos es conciencia; si de ese Dios se trata, del que ha lucido siempre en la aurora y en el sepulcro, siendo lo que empieza y lo que vuelve á empezar; si se trata del príncipe eterno, sencillo, inmenso, que piensa puesto que es, que de todo es el lugar, y que á falta de otro nombre más grande llamo Dios, en tal caso todo cambia, en tal caso nuestros espíritus se vuelven, el tuyo hacia la noche, sima y senagal do moran las risas, las puerilidades, visión siniestra, y el mío hacia el día, santa afirmación, himno, deslumbramiento de mi alma arrobada, en tal caso, ministro del Señor, yo soy el creyente y tú el ateo.

X

A la niña enferma durante el sitio.

Si en medio de esta atmósfera que nos ahoga sigue tu palidez, si te veo penetrar en mi sombra fatal, yo cargado de años, y tú que apenas te encuentras en el dintel de la vida; si veo confundirse la cadena de nuestros días, cuando te contemplo en mis rodillas y deseo que pronto venga á visitarme la muerte y que

á tí te deje tranquila por luengos años, si tus manos no pierden su diafanidad ni su debilidad, si en tu cuna, toda temblorosa, diríase que esperas criar alas como un pajarillo, si no parece que te has de arraigar por mucho tiempo en la tierra, y dejas vagar ¡oh Juanita! tu dulce y descontenta mirada en medio del misterio que nos rodea; si no te veo alegre, sonrosada y bien ágil; si triste, sueñas; si no cierras tras tus pasos la puerta por do penetraste; si no te veo cual una linda mujer andar, gozar salud cabal, reir, y pareces una almita que quiere abandonarnos, creeré que has venido á este mundo en que á veces pueden darse la mano el sudario con las mantillas, para dejarlo en seguida, y que eres el ángel encargado de arrebatarme de él.

DICIEMBRE

I

¡Ah! ¿es un sueño? ¡no! no lo consentiremos. Despierta, Francia, embargada el alma por la cólera y empuñando la espada; ¡apodérate de un palo, de una horquilla, de las piedras que encuentres al paso! ¡pronto, levántate en masa, oh Francia! ¿Qué guerra es esa? Nos negamos a recibir á Mandrin, Dios nos debe á Atila. Cuando place á la respetuosa suerte doblegar algún grande imperio, algún noble pueblo por el que alienta el género humano, Roma ó Tebas, válese de un monstruo augusto y salvaje del desierto. ¿Por qué tamaña afrenta? Es demasiado. ¿Y tú te resignas á ella, tú, Francia? Jamas. Sin duda que nos habíamos hecho dignos de ser devorados, y se nos devora. Es demasiado haberse dicho:—Seremos degollados como Atenas y Menfis, como Troya y Solima, grandemente, al resplandor de sublime lucha, mientras se siente por debajo, obscuramente, en la sombra, fuerte mordedura, y nos vemos presa de ese hormigueo de saqueos, robos, peste, hambre. Confiábamos tener que habérnoslas con leones, y los leones han resultado viles gusanos.

II

¡Visión sombría! un pueblo asesinando á otro pueblo. Y vuestro origen es el nuestro ¡oh sajones! pues

hemos salido del mismo seno. La Germania se confunde con la Galia en la antigua Europa, do se bosqueja la historia; durante mucho tiempo tuvimos á gala el crecer juntos; ayudábanse mutuamente los dos pueblos, cual pareja feliz, triunfante, tierna, y el pequeño Caín amaba al niño Abel. Formábamos el gran pueblo semejante al pueblo escita, y de vosotros, germanos, y de nosotros, decía el gran Tácito: —Altiva es su alma; potente Dios les sostiene. Entre ellos llora la mujer y el hombre no olvida.—Si Roma se atrevía á arriesgar sus águilas en nuestras landas, los celtas contestaban á la guerrera llamada de los vendas, se derrotaba al pretor, expulsábase al cónsul, y Teutates acudía en socorro de Irmensul; apoyábanse entrambos gloriosa y fielmente con la espada y de otra suerte: el mismo extraño altar de piedra que hablaba á la imaginación, veía arrodillados sobre la hierba, en el fondo de las selvas, á los teutones de Colonia y á los bretones de Nantes, y cuando la alada y temblorosa Walkyrie atravesaba la sombra, vuestro Hermann y nuestro Brennus contemplaban idéntica estrella entre sus desnudos pechos.

Alemanes, levantad los ojos y fijadlos en el firmamento: mientras encarnizados os lanzáis en pos de conquistas, é invadís la Francia para apuñalear á los galos; mientras pisoteáis todas las leyes, más manchadas que engrandecidas con traidoras victorias, veréis vuestros antepasados saludando á nuestros mayores.

III

El mensaje de Grant

De suerte que, ¡oh pueblo inclinado á cuanto sea prodigioso esfuerzo, tierra de Penn, de Fulton, de

Franklin, viviente alba del mundo, gran república! en nombre tuyo se da un paso oblicuo hacia la sombra. ¡Traición! ¡querer destruir á París por medio de Berlín! ¡en nombre de la luz alentar la noche! ¡Cómo! ¡convertir en renegada á la libertad! ¿Acaso para esto cruzó los mares Lafayette dando la mano á Rochambeau? ¡Apagar la antorcha cuando la obscuridad lo invade todo! ¡Cómo! decir:—No hay más verdad que la fuerza, y la mejor razón es la espada, que todo lo deslumbra. Inclinad vuestras frentes; la obra de veinte siglos anda equivocada. El progreso, vil serpiente, se revuelca en el lodo, y el pueblo ideal es el pueblo egoísta; no existe nada de definitivo y absoluto. El amo es el todo: justicia y verdad. Y todo se desvanece, derecho, deber, libertad, el porvenir brillante, nuestro guía la razón, la divina y humana sabiduría, dogma y libro, Voltaire lo mismo que Jesús, ya que lo pisotea un zorro alemán.

¡Oh tú, John Brown, cuya horca proyecta inmensa sombra lo mismo en el mundo que empieza que en el que va á fenecer; tú, espectro que diste á los pueblos la lección de otro Gólgota en otro horizonte, desata el nudo de tu cuello, vén, oh justo, vén y azota á ese hombre con tu augusta cuerda! Merced á él algún día dirá la enlutada historia:—Francia socorrió á América y desenvainó la espada, prodigando cuanto tenía para su liberación, y ¡oh pueblos! América ha apuñaleado á Francia.

Nada de particular tiene que el salvaje, nacido para acechar y trepar; que el hurón, armado de cuchillos para arrancar la piel del cráneo, contemplen y aplaudan al gran jefe sangriento llamado rey de Prusia; es muy sencillo que el piel-roja admire al boruso: vele dispuesto al bandolerismo, salvaje, atroz, y ambos se entienden á maravilla; pero que el hombre encarnación del derecho ante la Europa, el hombre envuelto

por los rayos de Colombia, el hombre en quien vive todo un mundo heroico, que ese hombre encorve la cerviz ante el horroroso cetro de hierro de las vetustas y fúnebres edades, que te dé ¡oh París! la bofetada de las tinieblas, que entregue su patria augusta al emperador, que la confunda con los tiranos, con el asesinato, con los horrores; que la sumerja en tan abominable y sombrío triunfo; que acueste á esa virgen en semejante lecho de oprobio; que muestre al universo, montada en inmundo carro, á la América arrastrándose á los pies de César, ¡oh! esto hace temblar las heroicas sepulturas; esto conmueve, en el fondo de las pálidas catacumbas, los huesos de los altivos vencedores y de los poderosos vencidos. Kosciusko tembloroso despierta á Spartacus, y Madison yergue su frente y Jefferson se levanta; Jakson no puede dar crédito á tan repugnante ensueño; ¡deshonra! grita Adams, y sorprendido Lincoln se desangra: hoy se le asesina.

Indígnate, gran pueblo. ¡Oh nación suprema! Bien sabes con qué filial ternura te amo, América, y en este momento no puedo menos de llorar. ¡Oh dolorosa afrenta! Su frente todavía no estaba coronada más que con una aureola; su estandarte sideral deslumbraba á la historia; Washington, galopando en su glorioso corcel, había salpicado de chispas los pliegues de su estandarte, testigo de los cumplidos deberes, y á fin de que disipara el velo de toda sombra, sembrólo magníficamente de estrellas. ¡Ah! tan ilustre bandera ha sido empañada, el llanto asoma á mis ojos... —¡Ah! maldito seas, infortunado mortal, que arrojaste una mancha de lodo en el altivo pabellón que agita la celeste brisa, mancha que desluce su brillo.

IV

Al cañón V. H.

Óyeme; ya llegará la hora de que se te escuche. ¡Oh cañón, oh trueno, oh temido guerrero, sombrío y colérico dragón, por cuya boca al par que los rugidos brota indómita llama; pesado coloso al que se amalgama el relampago; tú, que dispersarás por el espacio al ciego muerto, yo te bendigo! Tu destino es defender la ciudad ¡oh cañón! empero mantente mudo en la guerra civil y vigila en dirección al extranjero. Ayer saliste formidable y altivo de la fundición, seguido por una cohorte de mujeres. ¡Qué hermoso! decían éstas. Los cimbrios están á nuestras puertas. Tales son sus victorias, que avergüenzan: de lejos París hace una señal á los príncipes indicandoles que toma á los pueblos por testigos. Nos espera la lucha; ven, extraño hijo mío, mancomunémonos y redoblemos nuestro valor; hagamos un cambio, ¡oh negro vengador, oh soberano combatiente! Infiltra en mi corazón tu bronce y que mi alma pase á tu metal.

¡Oh cañón! pronto estarás en el muro. Con tu arcón repleto de metralla, saltando sobre el pavimento, arrastrado por ocho caballos, rodeado de entusiasmada muchedumbre, correrás altanero y dejando detrás de tí ruina sobre ruina, á ocupar tu puesto en las grandes troneras donde se levanta París indignado, sable en mano. Y supuesto que soy el hombre que en la tierra he ensayado todo género de curaciones por medio de la austera indulgencia; ya que entre los vivos soy, así en el forum como en el destierro, el sembrador de la paz á través del inmenso gé-

nero humano; ya que, triste ó sonriente, constantemente señala mi dedo la dirección do nos lleva Dios clemente; ya que, ser soñador y probado en el crisol del infortunio, el amor es mi evangelio y la unión mi biblia, deseo que tú, que llevas mi nombre, ¡oh monstruo! deseo, digo, que seas terrible. Pues el amor truécase en aborrecimiento á presencia del mal; el hombre de talento no puede soportar al hombre animal, y Francia tampoco puede soportar la barbarie: el sublime ideal es la gran patria. Jamás fué más evidente el deber de oponerse al salvaje y desbordado torrente, y de poner á París, á la Europa, á los pueblos, bajo el abrigo de enorme defensa; pues si no recibiera el castigo á que se ha hecho acreedor ese rey teutón, huiría tristemente de la tierra cuanto llama el hombre esperanza, progreso, conmiseración, fraternidad. César es el tigre y el pueblo la presa, y quien combate á la Francia ataca el porvenir, porque debe levantarse inabordable muro alrededor del alma humana cuando se oye relinchar el caballo de Atila en medio de la formidable sombra, y Roma, para salvar al universo de su total destrucción, ha de ser una diosa y París un gigante.

Por tanto, los cañones que deben su vida á la lira, parto de la azurada estrofa, han de asestar sus abiertas bocazas sobre el foso; por tanto, el estremecido pensamiento vese forzado á emplear la luz en cosas siniestras. Ante los reyes, ante el mal y sus ministros: ante esta gran necesidad del universo,—la salvación,—sabe que debe combatir después de haber soñado; sabe que hay que luchar, herir, vencer, disolver y convertir un rayo de aurora en fuego del cielo.

V

Proezas borusas.

La conquista abonando á su hermana la estafa, es un progreso. En vano se subleva la conciencia; por la explotación se completa la proeza. El vecino pobre tiene derecho al oro del vecino rico. Se carga con una alforja los hombres de la victoria; mientras se aguarda la posesión de la Lorena y la Alsacia, se descuelga un reloj de la tienda del relojero. Aquellos hombres quieren cubrirse de gloria, y dicen que es una tontería romper un espejo; vale más llevárselo: no cabe duda que ante todo debe conservarse el honor, pero como los hombres necesitan fumar, se roba el tabaco. A través de Reichshoffen y Forbach, á través de una guerra que produjo la ganga de un Napoleón enano que entrega la Francia, en esos campos donde se echaban de menos Marceau, Hoche y Condé, á través de Metz vendido y de Strasburgo bombardeado, entre los gritos y los muertos producidos por la metralla, mostrando el uno los sesos, el otro las entrañas, los estandartes avanzando ó huídos, el galopar de los escuadrones parecidos á las furiosas ondas del mar, en medio de ese vasto y siniestro encaje, conquistadores avaros, todos piensan en su hogar; medítase, añadiendo Shylok á Galgacus, amueblar la morada de su querida á costa del vencido; el ideal consiste en ofrecer un péndulo á alguna rubia ninfa del monte Adule; Belona, desgreñada é indómita, desciende de la nube de donde salen los relámpagos, de do llueve sangre, y pasa su tiempo clavando cajas de embalaje; se pone á contribución una comarca, pueblo tras pueblo; empléase el terror al par que la picardía; son lobos, tigres y osos disfraza-

dos de bribones. Derríbase un imperio y se sangra un bolsillo. César, de pie en su carro, dice: Pagadme mi carrera. Se degüella un país, aun está fresca la sangre; luego se presenta entera la nota de gastos, tarifando el asesinato, cotizando el hambre:—Hay cerca de seis meses que os estoy exterminando; la cuenta sube á tanto. Imposible degollaros un céntimo menos.—Y los altivos antepasados, los pálidos héroes, mudos testigos desde el fondo de los cielos, sorpréndense con los altos hechos a los que van unidos derechos de peaje; mas poco caso hacen los vivos de aquellos espectros: con cinco mil millones es dado hacerse abrir las puertas de la Walhalla. Piratas, han abordado un banco. En materia de rapiña, de fraude, de bandolerismo, se imita a los beduínos de torcida mirada y á los chatos baskirs, y Schinderhannes encasquétase la mascara del dios Marte. Los jefes son reyes-herramientas, y estos príncipes tienen ministros así como un ladrón necesita pinzas; se pisotea el moribundo escrúpulo; en suma, se desbalija á un pueblo en lo más apartado de una selva. Se saquea, se despoja, se arrasa, se vendimia.

Tal vez hay más magnificencia en haber tomado la Bastilla.

VI

Los fuertes.

Son los enormes perros guardianes de París. Como á cada momento podemos vernos sorprendidos, como una horda está á dos pasos de nosotros, como á veces la vil emboscada trepa hasta el recinto de la ciudad, cuéntanse diecinueve desparramados sobre las colinas, los cuales de noche, inquietos, amenaza-

dores, acechan el negro espacio, y se dan el alerta desde que empieza á anochecer, alargando su bronceado cuello alrededor de la inmensa muralla. Mantiénense desvelados mientras nosotros dormimos, haciendo toser el rayo en sus roncos pulmones. A veces las colinas, bruscamente estrelladas, lanzan un rayo de luz á los valles en medio de la noche sombría; el pesado crepúsculo se cierne sobre nosotros, velando en su silencio un lazo y un campamento al arrullo de su tranquilidad; pero en vano culebrea el enemigo y nos enlaza; aquellos mantienen en respeto á todo un populacho de monstruosos cañones rodando al horizonte. París sepulcro, París cárcel, vivaquea; de pie ante el solitario universo, hace centinela, y por último, fatigado se amodorra: todo calla, hombres, mujeres, niños; los sollozos, las alegres risotadas, los pasos, los vehículos, el muelle, la plazuela, la ribera, los mil techos de donde brota el murmullo de los sueños, la esperanza que dice *creo*, el hambre que exclama *¡muero!* todo guarda silencio. ¡Oh muchedumbre! ¡rumores indistintos! ¡Sueño de todo un mundo! ¡oh insondables ensueños! Se duerme, se olvida...—Y ellos de pie en su puesto, formidables.

De repente uno se levanta sobresaltado; jadeante, taciturno, préstase atento oído, nos inclinamos...—óyese como el profundo rugido de una montaña. Toda la ciudad escucha y despiertan en masa los campesinos, y he aquí que al primer rugido contesta nuevo grito, sordo, bravío, inclemente, y en medio de la obscuridad óyese gran estrépito, repitiendo el eco cien veces terribles. Son ellos. Es que han visto agruparse siniestras cureñas en el fondo del confuso espacio; es que han sorprendido la sombra de los cañones; es que en algún bosque de donde huye azorado el mochuelo acaban de entrever, en lontananza,

orillas de un campo, el negro hormigueo de los batallones en marcha; es que en los jarales relumbran ojos traidores. ¡Qué bello espectáculo el rugir de esos fuertes envueltos en la negra sombra!

VII

A Francia

Nadie toma partido por tí, todos están acordes en su indiferencia. El llamado Gladstone dice á tus verdugos: ¡gracias! Grant te menosprecia, y Bancroft te ultraja. Aquí un apóstol, allá un soldado, más léjos un juez, un tribuno, un sacerdote, los unos del Norte y los otros del Sur; á todos satisface el ver que se derrama tu sangre á raudales; todos te escupen en la frente. ¡Ah! ¿qué hiciste, pues, á las naciones para que te traten así? A cuantas lloraban dijiste estas divinas palabras: ¡contento y paz!—Y gritabas: ¡Esperanza! ¡alegría! Sé poderosa, América, y tú sé libre, ¡oh Grecia! Italia era grande, todavía debe serlo, ¡lo quiero!—A ésta prodigaste tus caudales, á aquélla tu sangre, á todas la luz. Defendiste el derecho de los hombres, consuetudinaria de todas las abnegaciones y de todos los deberes. Lo mismo que el buey cuando llega saciado de los abrevaderos, los hombres hanse encaminado al pesebre paso tras paso, hartados de tí, gran hermana tremenda, de tí que protegiste, de tí que combatiste. ¡Ah! mostrarse ingrátos es declararse pequeños. ¡No importa! ninguno de ellos te conoce. En el momento en que se derrumba tu grandeza has sido befada por sus masas, contentas de cada martillazo que sobre tí se asestaba, pueblo desnudo, ensangrentado y clavado en la picota. Apénanse por tus hijos, que la amarga fortuna con-

dena á la vergüenza de proclamarte madre suya. Aunque abrumada por los pesares, no puedes morir. En la obscuridad inclinas tu antes radiante frente, y allí está el águila de la sombra que te roe las entrañas: todos reniegan del vencido, y la alegría de los reyes despojadores, semejantes á los bandidos de los Adrets, encanta á la Europa y agrada al universo...—¡Ah! quisiera no ser francés para tener el gusto de decir que eres objeto de mi predilección ¡oh Francia! y que en medio de tu martirio te proclamo, á tí, roída por el buitre, mi patria, mi gloria y mi único afecto.

VIII

Nuestros muertos.

Yacen en el terrible y solitario campamento; su sangre forma espantoso lago, y los monstruosos buitres escudriñan su abierto abdomen. Sus bravíos y fríos cuerpos, desparramados sobre la verde pradera, espantosos, rígidos, negros. tienen las mismas formas que da el trueno á los hombres heridos por el rayo; su cráneo aseméjase á la ciega piedra; la nieve los modela con su blanco sudario; diríase que su lúgubre, áspera y crispada mano trata aún de expulsar á alguien á sablazos; fáltales el habla y la mirada, pasando las noches á través de la inmovilidad de su rudo sueño. Han soportado más choques y ostentan más llagas sus cuerpos que los reos de muerte arrastrados al suplicio; bajo sus inertes masas bullen el gusano, la larva y la hormiga; la tierra ya se los ha tragado á medias, al igual de náufrago bajel; sus pálidas osamentas, cubiertas de podredumbre y de sombra, son como los huesos á quienes dirigía la palabra Ezequiel; sus inanimados cuerpos ostentan

los estragos de la metralla, el chirlo del sable y la abertura de la lanza. Fuerte brisa glacial interrumpe el monótono y desgarrador silencio que allí impera; aquellos cadáveres mantiénense desnudos y ensangrentados bajo el lluvioso firmamento. Os envidio, ¡oh seres muertos en defensa de mi país!

XI

¿Para quién la victoria definitiva?

Sabedlo, teutones, ya que hay que decíroslo; no, no os apoderaréis de la Alsacia ni de la Lorena, y nuestra será la Alemania. Oid: salvar nuestra frontera, penetrar en nuestras ciudades, ver el genio que alza su vuelo, leer nuestros libros, respirar el aire profundo que tiene embriagados á nuestros pensadores, equivale á entregar al final su espada al progreso; equivale á beber en nuestra copa, á aceptar nuestros pesares, nuestro luto, nuestros males fecundos, nuestros votos, nuestras esperanzas; equivale á derramar las mismas lágrimas que nosotros, á envidiar nuestros sufrimientos; equivale á anhelar ese huracán que se llama revolución; equivale á comprender ¡oh germanos! lo que no ignora el alción, que para la onda constituye un festín la indómita tempestad, y que en medio de ésta nosotros nos encaminamos en derechura al fin propuesto, dejándola que destroce nuestros mástiles y aparejos.

Los reyes abonan los campos con los cadáveres de los pueblos, y á tal ó cual asesinato se le da el nombre de victoria; arrojan Austerlitz ó Rosbach en las páginas de la historia, diciendo: todo acabó.—Dejemos que transcurra el tiempo; lo que en este momento se acaba ¡oh reyes! va á empezar. Sí, muertos están los pueblos, empero el pueblo va á nacer: la invenci-

ble alba penetra por en medio de los reyes, y quien dice alba dice Justicia, Libertad. El conquistador siéntese conquistado. Domador domado se sorprende; su corazón embargado por vago rubor, vese asimismo invadido de cierto misterio, imbécil mentira introducida en un espíritu que convierte en juguete. Ve el sonriente ideal, tiembla, y no habiendo logrado destruirle, le adora El ventisquero se derrite al impulso del rayo que le hace brillar. Cantando cierto dia Linus, movía el monte de Titán, rey del mudo granito, quien gritó: ¡Estáte quieta, helada y pesada peña! Y ésta contestóle: ¿Acaso crees que soy sorda? Del mismo modo escucha y sueña la muchedumbre; del mismo modo se amotina cuando llega Mayo y afloja los nudos de las negras ramas, cuando la savia penetra y recorre los nuevos retoños, el árbol que colmaba de sombra y que conmoverán las alas del viento. El hombre encierra en su espíritu informes pedruscos, preocupaciones, vicio, error, falsos y corroidos dogmas de egoísmo; mas que ante él pase un acento, un ejemplo, y todas aquellas piedras levantarán un templo en su alma. ¡Hombre! Tebas eterna víctima de los Anfiones.

¡Oh alemanes! Desembarazaos de Pascal, de Danton, de Voltaire. Teutones, desembarazaos del horroroso misterio del progreso constantemente en marcha, de la creación, obscura dueña, de lo verdadero desbozalando á la salvaje ignorancia, y del día que reduce todas las almas á esclavitud. ¡Preciosa esclavitud! ¡obediencia al derecho merced al cual derrúmbase el error y acreciéntase la razón! Desembarazaos de los montes que os ofrecen su cima; desembarazaos de las desconocidas y sublimes alas que todos tenéis sin verlas; desembarazaos del viento que arrojamos sobre vosotros; desembarazaos del ignorado mundo que empieza, del deber, de la primavera y del espa-

cio inmenso; desembarazaos del agua, de la tierra, del aire y de nuestro Corneille y de vuestro Schiller, de vuestros pulmones que quieren respirar, de las pupilas que os presentan en lontananza las eternas claridades, de la verdad, verdadera en todo tiempo, en todo lugar, del hoy, del mañana...—¡Desembarazaos del Altísimo! ¡Ah! os encontráis en Francia, alemanes, ¡cuidado! ¡Oh barbarie! ¡oh muchedumbre imprudente y feroz! ¡Corréis empuñando el acero! Vuestros campamentos, semejantes al ardiente limo vomitado por los volcanes, ruedan hasta París fuera de vuestro cráter. ¡Ah! ¡venís á nuestra casa para apoderaros de un puñado de tierra! Enhorabuena; ¡nosotros os arrebataremos el corazón!

Mañana, mañana mismo la aspiración francesa será la de toda la humanidad, y vosotros volaréis á su encuentro. Sí, vosotros, pueblo grande y sombrío, aspiraréis al motín, á la lucha, á la gloria, á las pruebas, á los grandes choques, á las sublimes desdichas, á las revoluciones, como la abeja aspira á las flores. ¡Ah! estáis matando á aquellos á quienes deberéis la vida. ¿Qué importan la charanga lanzando al viento sus cobrizas voces, y estas guerras, y el furioso estruendo, y todos los bloqueos? Parecéis vencedores nuestros y sois los vencidos. Así como el Océano filtra en el fondo de las madréporas, nuestro pensamiento se introduce por todos vuestros poros; mañana maldeciréis lo que nosotros detestamos, y no os será dado ¡oh teutones! abandonar este país sin haber hecho provisión de odio contra Pedro y César, contra la sombra y la cadena; pues nuestras empañadas, coléricas y horrorosas miradas pasan por encima de vosotros y van á herir al rey. Vosotros, que por mucho tiempo fuisteis la pobre y ciega multitud que gemía al acaso como el toro bramador, solicitaréis de nosotros la altiva voluntad de existir y

de que resplandezca vuestra frente; y el firme intento que llevaréis en vuestras mochilas nada tendrá de vulgar; será el áspero ardor de obrar como nosotros y de ser todos iguales y libres; será ¡oh alemanes! la intención formal de derrocar una vez por todas esos abigarrados tronos, tendiendo la mano á las naciones y no aceptando más dueño que el derecho ni más jefe que el deber, para que sepa el universo, si lo pregunta, que la Alemania es fuerte, y grande la Francia, que al fin ha triunfado el cándido germano, y que es un pueblo viril y no un pueblo niño.

Seguiránnos vuestras hordas de ojos azules con la extraña y magnífica alegría de vivir, y el gran contento de haber desterrado de su país los yunques do se forjaban las superfluas espadas. El motivo más punzante que existe en el mundo para abrazarse á la razón, es haber sido su contrario; con tanta mayor virtud se sirve al derecho cuanto se siente arrepentimiento por haberle combatido. Alemania, autora de tantos asesinatos, será la augusta prisionera de la idea: para el vencedor siempre es mayor el cautiverio. No la será dado devolver su corazón á la noche, y el alemán no podrá evadirse de su alma, cuya luz y cuya llama habremos cambiado, y se reconocerá francés, estremecido de tener que besar nuestros pies, él, que bebia nuestra sangre.

No, no os apoderaréis de la Lorena ni de la Alsacia; y, vuelvo á repetíroslo, alemanes, hágase lo que se quiera, vosotros seréis los cautivos de Francia. ¿Y cómo? Lo mismo que en la obscuridad el iman aprisiona al hierro; lo mismo que la aurora se apodera de las dilatadas sombras nocturnas; así como la clara chispa domina al lúgubre bosque con sus peñas, do descansa el sonoro eco, sus cavernas, sus madrigueras, sus matorrales, su sagrado horror, sus lobos familiares y toda su informe y movediza enramada.

Cuando nuestros relámpagos hayan traspasado vuestras masas; cuando pensativos hayáis sentido, y luego saboreado, ese aire de Francia que place tanto más al alma cuanto que en él ve flotar la Marsellesa; cuando estéis hartos de que los reyes devoren vuestros caudales, vuestros derechos, vuestra honra, vuestros hijos; cuando veáis que César invade vuestras provincias; cuando hayáis probado de dos modos vuestros príncipes y os digáis: estos amos de la humanidad son carga pesada para nuestros hombros y poca cosa para nuestras manos; cuando, pasado todo esto, veáis los cortes que tanto en nosotros como en vosotros han dejado las batallas; cuando los ardientes tizones que cubren en Francia los pliegues de las banderas, los sudarios, las almas, hayan sembrado vuestras profundas tinieblas; cuando hayan empollado entre vosotros el tiempo necesario, un día, repentinamente, ante el horroroso cetro absoluto, ante los reyes, ante las antiguas Sodomas, ante el mal, ante el yugo, vosotros, humano bosque, sentiréis arder en vuestros pechos la enorme cólera que se inflama, y, antro, daréis paso al sagrado huracán. ¡Gloria al Norte! aquello será la aurora boreal de los pueblos que alumbra una Europa ideal. Y exclamaréis: ¡Cómo! ¿reyes? ¿un emperador? ¡Qué resplandor! ¡la Alemania enfurecida! ¡Bien! ¡Oh pueblos, oh visión! combustión siniestra de todo el negro pasado; sacerdote, altar, rey, ministro, revueltos en una pira de fe, de vida y de razón, desparramando inmensa claridad por todo el horizonte. ¡Hermanos, nos devolveréis nuestra llama más grande! Nosotros somos la antorcha, vosotros seréis el incendio.

ENERO DE 1871

I

Día 1.º

Más tarde os dirán, hijos míos, que erais la niña de los ojos de vuestro abuelo; que vuestro abuelo obró lo mejor que pudo en este mundo, siendo contadas sus horas de alegría y teniendo muchos envidiosos; que ya era viejo cuando vosotros empezabais á vivir; que no era áspero de genio ni melancólico, y que os abandonó en la estación de las rosas; que era hombre clemente y dejó la tierra; que en el famoso invierno del bombardeo atravesaba el trágico y armado París para traeros toda clase de juguetes. Y yo os contemplo pensativos á la sombra de los copudos árboles.

II

Carta á una señora.

(En globo, 10 de Enero.)

El terrible y alegre París combate. Buenos días, señora; somos un pueblo, un mundo, un alma. Todos se sacrifican por los demás y nadie piensa en sí propio. Estamos privados de sol, de todo apoyo, y sin embargo no tenemos miedo. Todo irá á pedir de boca con tal de que nos mantengamos siempre des-

piertos. Schmitz redacta insulsos boletines relativos á la enorme guerra; es Esquilo traducido por el padre Brumoy. Cuatro huevos me han costado quince francos; no los compré para mí, sino para mi Jorge y mi Juanita. Comemos carne de caballo, de rata, de oso, de asno. París está tan bien sitiado, cercado, amurallado, anudado, guardado, que nuestro abdomen es el arca de Noé; toda clase de animales, así los de buena como los de mala fama, son pasto nuestro: lo mismo se come el perro que el gato, el mamón que el pigmeo; y la carne del ratoncillo confúndese con la del elefante. No han quedado árboles: se cortan, se sierran, se hienden; los Campos Elíseos sirven para alimentar el fuego de los hogares parisienses; tiénense sabañones y se deja á los tordos en las ventanas. Nada de fuego para secar la ropa en los lavaderos, de suerte que ya nadie cambia de camisa. Todas las noches se ven grupos de gentes murmurando en las esquinas; unas veces levántase áspera gritería, otras se canta, y en ocasiones óyense bélicas llamadas. El Sena va arrastrando lentamente archipiélagos de titubeantes y macizos hielos, corriendo por en medio de ellos el cañonero, y dejando tras sí espumosa estela. Con nada se vive, y todo se aprovecha, pero no por eso se está descontento. En nuestras mesas sin manteles, presididas por el hambre, es reina una patata arrancada á su cripta, y las cebollas son dioses, lo mismo que en Egipto. Carecemos de carbón, en cambio nuestro pan es negro. Nada de gas; París duerme al amparo de un gran apagaluces: á las seis de la tarde comienzan las tinieblas. Las bombas que silban sobre nuestras cabezas producen monstruosa batahola; mi tintero es un casco de granada. Se está asesinando á París y ni siquiera se digna quejarse; los buenos ciudadanos guardan las murallas. Esos padres, esos maridos, esos her-

manos que sirven de blanco á la metralla, engalanados con su kepis y metidos en sus capotes, están en acecho, teniendo por cama un banco de madera. Perfectamente. Moltke nos cañonea y Bismarck nos hace perecer de hambre; París es un héroe, París es hembra, pues á un tiempo sabe ser valiente y encantador; fíjanse sus ojos, sonrientes y pensativos, en las profundidades celestes, de la veloz paloma al globo que hiende el espacio. Bello espectáculo: de la frivolidad ha nacido lo formidable. Yo me mantengo en mi puesto, muy contento al ver que nada ceja; y á todos digo que amen, que luchen, que olviden sus rencores, que no tengan odio en sus pechos más que para el verdadero enemigo, y grito: ¡He olvidado mi nombre, me llamo Patria! En cuanto á las mujeres, podéis envaneceros de ello, señora; en este momento en que todo se inclina, muéstranse sublimes, nada más que sublimes, Lo que constituyó la belleza de las antiguas romanas (1). eran sus moradas humildes, sus virtudes domésticas, la rudeza de sus dedos ennegrecidos por la lana, las pocas horas que se tomaban para descansar, su tranquilidad, Aníbal junto á las murallas, y sus maridos de pie en la puerta Colina. Han vuelto esos tiempos. La gigantesca felina, Prusia, tiene en jaque á París, y cual tigre hembra rodeada de sus cachorros, muerde este semimuerto y palpitante corazón del universo. Y bien, al impulso del estrecho é inhumano abrazo que mantiene agarrotado á París, el hombre muéstrase francés, la mujer romana. Nada basta á desanimar á los parisienses: ni su apagado hogar ni los dolores que pro-

---

(1) Præestabat castas humilis fortuna Latinas,
Casulæ. somnique breves, et vellere tusco
Vexatæ duræque manus, et proximus urbis
Annibal, et stantes Collina in turre mariti.

UVENAL.

duce á sus delicados pies el marchar sobre la escarcha ni las nocturnas centinelas en el negro umbral de las puertas de las carnicerías ni la nieve ni el huracán azotando sus rostros ni el hambre ni los horrores ni el estruendo de las armas. Sólo tienen ojos y aliento para la patria y para llenar su deber, y Juvenal las aplaude desde el fondo de su tumba. El bombardeo hace bramar nuestras ciudadelas; desde que despunta el alba habla el tambor al lejano clarín; en medio de la fresca brisa matutina el toque de diana despierta á la grandiosa y pálida ciudad que aparece envuelta entre sombras; los vagos acentos de una charanga van errando de calle en calle. Todos fraternizan y se sueña en una victoria: ofrecemos nuestros corazones á la esperanza, y nuestras frentes al rayo. La ciudad elegida por la gloria y el infortunio, ve llegar los días terribles y saluda. Bien está: se sentirá el frío y el hambre. ¿Y qué es esto? La noche. ¿Y cómo acabará? Con la aurora. Sufrimos, pero seguros de no perecer; Prusia es el calabozo y París Latude. ¡Animo! se repetirán los esfuerzos de pasados días, y antes de un mes París expulsará á los prusianos. En seguida resolvemos, mi dos hijos y yo, hacer la vida de campamento, á su lado, señora, ya que usted quiere acompañarnos; y en Marzo le daremos las gracias por todo, si no morimos en Febrero.

III

Necedad de la guerra

Obrera sin ojos, Penélope imbécil, mecedora del caos do oscila la nada, eres ¡oh guerra! Ocupada en hacer chocar los escuadrones, lanzando al espacio el furioso estruendo de los clarines, ¡oh bebedora de

sangre! indómita, marchita, repugnante, arrastras á los hombres á tal embriaguez; nube do el destino se deforma, de la que huye el Altísimo, en la que flota claridad más negra que la noche, loca inmensa, armada de vendavales y de rayos, ¿para qué sirves, gigante, para qué sirves, humo, si tus desmoronamientos reconstruyen el mal, si en provecho de la bestialidad te desprendes de lo animal, si en la sombra do se revuelca tu casualidad sólo sabes deshacer un emperador para fabricar otro nuevo?

IV

¡No, no, no! ¡Cómo! ¿Bastaría ese rey de Prusia? ¡Cómo! París, lugar sagrado, la ciudad-selva, habitación enorme de las ideas hacia la que se ven guiadas las almas por medio de vivos resplandores, tumulto que enseña la ciencia á los sabios, gran despuntador de la aurora en medio de los vivos, París, su voluntad, su ley, su fenómeno, su consigna dada á la humana vanguardia, su Louvre que castigara á su Grève, su torre del concejo objeto de tantas esperanzas y de tantos temores, sus techos, sus muros, sus torres, su extraño equilibrio de Nuestra Señora esclava y del Panteón libre; ¡cómo! ese infinito, antro, masa, bajel ideal con invisibles mástiles, París, y su cosecha que siega y poda, su crecimiento mezclado á la grandeza del universo, sus revoluciones, su ejemplo, y el ruido del prodigio que construye en el fondo de su fragua; ¡cómo! lo que funde, inventa, bosqueja, ensaya y crea; el porvenir empollado bajo sus sagradas alas, ¿todo se desvanecería con solo un cañonazo? ¿Tu sueño, oh París, sería sueño? ¡No!

París es la madre del progreso. No importa que el Norte lleve á rastras su negro Cocito, y que hoy se

vea sumergido por pasajera oleada; si la hora le es adversa, en cambio tiene los siglos en favor suyo. No perecerá.

Amigos, cuando ruge la tempestad siento más profunda fe; siento irradiar el deber en medio del huracán y arraigarse la afirmación de lo verdadero; pues el creciente peligro del alma no es más que un motivo para ensanchar el ánimo, y sufriendo embellécese la causa, y se afirma el derecho, y cuanto más grande uno es, más justo parece. Por mi parte cuéstame comprender que un luchador pueda tener motivo para entregarse. Jamás he conocido el arte de desesperar; para retroceder, para temblar, para llorar, para ser cobarde y hacer voluntaria renuncia, hay que abrigar otras ideas que las que yo profeso.

V

Intimación

¡Dejad á Francia inmortal! ¡no la guiéis! ¿Qué necesidad tiene de vos, soldado valiente, sí, pero inclinado á encargar á la corte celestial que nos libre de todo peligro? Sois demasiado piadoso, paciente y afable para París, cuya corona se mantiene radiante á través de la impura nube que le rodea, para este mundo rodeado de peligros, para este pueblo enfurecido: de nada nos sirven vuestras virtudes. ¿Os sentís con fuerzas bastantes para remolcar la esfera que, magnífica é imposible de mantener cautiva, sale de la sombra por encima del siniestro horizonte? Dejad que la Francia, enorme estrella desmelenada, disipe el arrebato de los repugnantes huracanes, y que, irritado esplendor, astro desparramado, gigante, combata y plante cara á todos los reyes mancomunados, y que vacíe su carcaj de oro sobre todos esos Schinderhan-

nes, y que sacuda su ardiente melena, al par que hunde sus furiosos rayos en sus cráneos, en sus bronceados cascos, en sus frentes, en sus ojos, en sus corazones.

Vos no comprendéis ese sagrado odio. Sombría es la ocasión, trátase de salvar el empíreo empañado por inmunda y triste nube, de desembrollar el lejano azul del porvenir, y de hacer implacable guerra al abismo. Tembloroso presenciáis la sublimidad de París, temiendo, espíritu miope y limitado, esa inmensa demagogia de luz ¡Ah! dejad á Francia, especie de incendio cuya indomable llama ensancha el viento, rugir, acribillar de relámpagos la huyente bruma, y hacer que los príncipes de la noche se arrepientan de haber venido á arrojar sobre el volcán solar su lodo, encolerizando á la luz. Para esos viles, deformes y ensangrentados reyes, el alba al descogerse hácese horrorosa. ¡Dejad que allá arriba se abra dicha diosa! No sirváis de estorbo, vos, nacido para ser llevado al pilón, á la gran nación que no quiere freno alguno. Dejad que la Marsellesa sea el canto de combate para nuestros soldados, que embriagados repitan su estribillo. La luz es cual una espada, y produce cortes en las nubes, así como el ariete en la torre; dejad, pues, que se lleve á cabo el momentáneo desquite. En vez de ayudarla, le ponéis trabas. Cuando un gran pueblo se siente ultrajado, debe ser admirable en medio de su furor. Una vez cubierto el llano por agreste y pérfida obscuridad, convirtiendo el verde prado en campo sepulcral, el bosque en enemigo, el río en precipicio; una vez ha protegido con su propicia negrura las traiciones de los zorros y los lobos; cuando todos los seres viles, viscosos, abyectos, envidiosos, el horroroso lince, el cojo chacal, la obscena hiena, el cobarde áspid, han logrado, gracias á la malsana bruma, salir, rondar, deslizarse, trepar, saciar su sed de sangre, aparece la mañana como

vengadora, y la luz del día llena de indignación todos los corazones. Cuando Guillermo, espectro, y Prusia, ensueño, cuando la trailla de los reyes voraces, cuando el enjambre de las negras aves animadas por vil intento y atraídas por su feroz instinto carnicero, cuando la guerra, á un tiempo ladrón, hidra y sátiro, cuando las plagas que sigue la inexorable sombra invaden el azul de los pueblos, trayendo la noche, no os mezcléis en el asunto, soldado querido del sacerdote: dejad que Francia aparezca en el dintel de las simas, dejad que se levante y cubra de púrpura las cúspides, dejad que resplandezca, apuntando en todas direcciones, desde el zenit hasta el nadir, su deslumbramiento que salva y devora, libertando, terrible, el cielo por medio de la aurora.

VI

Una bomba en las Fuldensinas.

¿Qué eres? ¡Cómo! ¡desciendes de allá arriba, miserable! Tú, plomo, fuego, muerte, inexorabilidad, reptil de la guerra de turtuoso surco; tú, cínico y monstruoso asesinato que desde el fondo de la noche lanzan los príncipes á los hombres; tú, crimen, ruina y luto, tú que te nombras odio, espanto, lazo, carnicería, horror, ira, ¡á través del azurado firmamento te ensañas contra nosotros! Espantosa caída de hierro, infame descogimiento, flor de bronce que estalla en pétalos de llama, ¡oh vil rayo humano! ¡o tú que engrandeces á los bandidos y divinizas á los tiranos! sirviente de los humanos crímenes, prostituta, ¿por qué prodigio brotaste de las nubes? ¡Qué siniestra usurpación del relámpago! ¿Cómo caes del cielo, tú, salida del infierno?

El hombre que ha poco pasó por donde tú acabas

de morder, habíase sentado pensativo junto á una casucha. Sus ojos buscaban en la obscuridad algún brillante ensueño; recordaba que cuando niño jugara en aquel sitio, y aparecíasele el pasado. Allí se levantaban las Fuldensinas y su trueno idiota azotaba un paraíso. ¡Oh! ¡qué encantador! ¡cómo nos reíamos en otro tiempo! Envejecer es lo mismo que fijarse en decreciente claridad. Donde está hoy la calle, antes verdeaba un jardín, y la metralla acaba la obra del empedrado. En este sitio los perezosos saqueaban el janable, y los pajarillos se querellaban, produciendo aquellas arboledas resplandores sobrenaturales. ¡Cuántos árboles! ¡qué aire tan puro se infiltraba á través de las temblorosas ramas! Antes nuestros cabellos eran rubios, ahora parecen plata; éramos una esperanza y ahora somos un fantasma. ¡Oh! ¡cuán joven nos sentíamos á la sombra de la vetusta cúpula! Ahora los años han pasado por encima de nosotros lo mismo que por encima de ella. Hele aquí, ese fugitivo ensueño. En este sitio voló su alma rodeada de cánticos, y aquí mismo sus vagas pupilas aparecieron engalanadas de flores que dijéranse eternas. Aquí la vida era luz; aquí marchaba, bajo el frondoso ramaje de Abril, su madre, de cuyo vestido él iba asido. ¡Recuerdos! ¡con qué brusquedad se oculta todo! Sus ojos han visto el despuntar del alba en medio de este cielo, donde ahora relumbra el espantoso descogimiento de las bombas. ¡Oh inefable aurora que mecías la blanca paloma! Este hombre tan lúgubre rebosaba de alegría; mil resplandores deslumbraban sus ojos. ¡Primavera! en este jardín abundaban las vincapervincas, las rosas y las blancas margaritas, las cuales parecían prodigar sus sonrisas á los benéficos rayos del sol, y él también era flor, puesto que atravesaba su edad florida.

VII

La paloma mensajera

A nuestros pies ábrese negro y sombrío antro que ningún resplandor produce, cual si en él se hubiese vertido la noche. Aseméjase á hórrido lago; sobre nuestras cabezas divísase un punto sombrío.

¡Extraño lago! No se ven olas, pero sí innumerables techos; puentes como en Menfis, torres como en Sión; cabezas, miradas, voces. ¡Oh visión! Esa estagnación de tinieblas murmura, y el lago está vivo; rodéalo un muro. Sobre el mismo créese ver el horroroso sello del abismo.

El sombrío lago es la ciudad, y el punto negro el ave; el vago ser alado se encamina hacia el pueblo fantasma, socorriéndose entrambos mutuamente. En la sombra el átomo acude en auxilio del coloso.

El ave ignorada, y blanda luchadora, vuela á través de esa red de nubes y de viento que flota por el espacio; lleva su objeto, quiere, indaga, pasa, reconociendo desde lo alto ríos, árboles, malezas; por encima, la redondez del descolorido horizonte.

Hase acordado de su hembra, de su dulce cría, del nido, de su casa, que todavía no ha hallado, del tierno arrullo, del encantador mes de Mayo, y vuela; sin embargo, en el fondo del firmamento arrastra desde un principio toda nuestra humana sombra, y mientras el instinto la lleva hacia su ¡techo y su almita sólo alienta para el amor, bajo su humilde y frágil pluma ocúltanse los negros tambores, los clarines, la voladora metralla, Francia y Alemania en encarnizada lucha, el combate, el asalto, los vencidos, los vencedores, y el misterioso cuchicheo de los corazones,

y el dilatado porvenir que, fatal, en la suerte de París envuelve el destino de Europa.

¡Oh! ¿qué es el Desconocido que hace crecer un germen á pesar de la peña que le ahogaba; que, sujetando, manejando, mezclando los vientos, las ondas, el trueno, el insondable mar, para producir lo que tiene vida por medio de lo que ya no existe, dueño del infinito, dispone de todo lo superfluo, y permitiendo lo injusto, la miseria, el mal, á veces parece carecer de lo necesario; que edifica una torrecilla para una golondrina, y para crear un lirio, hinchar un botón ó empujar una hoja á través de la corteza, prodiga el misterioso océano de las fuerzas; que diríase no sabe qué hacer de la nieve amontonada, ni de la obscura urna de los hielos pronta siempre á inundar el cielo; que á veces, dejando depender todas las cosas de un tembloroso punto de apoyo, cañaheja, acaso ó aéreo soplo, parece agotarse en prodigiosos esfuerzos para nada; que mejor se vale de un pigmeo que de un titán, gastando en cólera inútil, en humo, esos gigantes llamados Vesubio, Etna, Chimborazo, y hace cargar un mundo en las alas del pajarito?

VIII

La salida

Palidece la fría alba vagamente aparecida. Ordenada multitud desfila por las calles, y yo la sigo, arrastrado por el animado bullicio que producen los pasos humanos mientras van avanzando. Son ciudadanos que acuden al combate. En las filas vese al niño, más pequeño de estatura, pero con un corazón tan grande como el autor de sus días, á quien da la mano altivo, y al lado la mujer, cargando el fusil de su ma-

rido. La tradición de las mujeres de la Galia quiere que ayuden al hombre á llevar su armadura, y que se mantengan á su lado, sea que se insulte á César ó se desafíe á Atila. ¿Qué va á suceder? Ríe el niño, y la mujer no llora. París es víctima de infame ataque, y los parisienses están todos de acuerdo en que sólo la vergüenza puede empañar la gloria de un pueblo, y que suceda lo que suceda quedarán contentos los antepasados: París morirá para que viva Francia. Conservaremos la honra; lo demás ofrecémoslo en holocausto. Y se va avanzando. La indignación vese pintada en todos los ojos; tétrica palidez cubre todas las frentes, leyéndose en ellos: Fe, Animo, Hambre. Y la comitiva atraviesa calles y plazuelas, erguida la cabeza, agitando su estandarte, santo harapo; la familia va confundida con el batallón, no despidiéndose hasta los arrabales. Aquellos hombres enternecidos y aquellas intrépidas mujeres van cantando. París es el defensor de los derechos del género humano. Pasa una ambulancia, y se piensa en esos reyes, cuyos caprichos hacen correr ríos de sangre sobre el pavimento en pos de las parihuelas. Se aproxima la hora de la salida; los tambores baten marcha en los viejos arrabales; todos se apresuran. ¡Desdichado del que nos sitia! Dichos hombres no temen los lazos, pues en los combates los lazos son la vergüenza del vencedor y la gloria del vencido. Llegan a la muralla, confundiéndose con el ejército. De repente el viento arrebata una nube de humo. ¡Alto! es el primer cañonazo. ¡Bien! prolongado estremecimiento se apodera de los batallones; ha llegado la hora; abiertas están las puertas. ¡Tocad, clarines! Ved allá abajo las verdes llanuras, las arboledas por donde en lontananza encarámase el invisible enemigo, y el traidor horizonte, inmóvil, dormido, tranquilo, y sin embargo cruzado por los rayos y las llamas. Óyese el ¡adiós! de las fa-

milias.—¡Mujeres, nuestros fusiles! Y éstas, serena la frente y el corazón desgarrado, pasan el arma á sus maridos después de besarla.

IX

En el circo

El león del Mediodía ve adelantar hacia él al oso polar. Èste se abalanza sobre el león, aprieta los dientes, y encolerizado, atácale más rugiente que el nubio ábrego. Y el león exclama: ¡Imbécil! ¡bien está! Nos hallamos en el circo y me haces la guerra, ¿por qué así? ¿Ves allá abajo aquel hombre de frente vulgar? Es un tal Nerón, emperador de los romanos. Tú combates por él. Derrama tu sangre mientras él ríe y bate palmas. En medio de la grandiosa Naturaleza alimentábamos bien pocas preocupaciones, hermano; vivimos bajo un mismo cielo, y tú ves los mismos astros que yo. ¿Qué quiere, pues, de nosotros ese amo, sentado sobre su pavés? Rebosa de alegría, mientras morimos por orden suya; él es quien ríe, y á nosotros nos toca morder. Nos hace degollar mutuamente, y en tanto que mi zarpa aguarda tu dentellada, ¡oh hermano! él permanece sentado en su trono y nos está mirando. Nuestro tormento le divierte; es un ser de distinta esfera. Cuando vertemos á raudales nuestra sangre, ese hombre llama púrpura al hecho. ¡Inocente! ¡cándido! vén, atácame. Sea. Mis zarpas están prontas; pero á pesar de todo, pienso y digo que somos unos animales en destrozarnos con tanta furia, y que lo mejor que pudiéramos hacer sería comernos al emperador.

X

Después de las victorias de Bapaume, de Dijón y de Villersexel

Partido de los hombres. Sea; es el mejor partido, convengo en ello. No obstante, ha poco he notado, en provecho suyo, el honroso coloquio del león con el oso: partido de los animales. Lo cual, poco más ó menos, equivale á lo siguiente:—El oso: no tiene nada de moral que, con la esperanza de ganar los galones de cabo, se me ataque, á mí, tu hermano, provisto de zarpas. El león: tú vives en medio de las nieves y yo entre melazas; tú procedes del Norte y yo soy del Mediodía. Este Nerón no es más que un hombre repugnante repetido por los ecos de un clarín. Se ha apoderado de una porción de Europa; cien heraldos, proclamando su paso, preceden á ese matador que venció por casualidad; César fué cocodrilo y Nerón es un lagarto; uno es grande, el otro pequeño. Hermano, despreciemos á esas gentes. ¡Batirnos! ¿y para qué? Afirmo que sería más justo que fuésemos en busca de Nerón, y á pesar de sus rebaños (guardia etíope y guardia sicambra), nos apoderásemos de él. Agradaríame despojarle de su piel de César; estoy tentado de aplicar un par de coces á su carro. A veces es conveniente que una garra eficaz se introduzca hasta el esqueleto de una majestad soberana, y tal vez al vaciar á ese vencedor tú verías que no tiene sesos y yo que le falta el corazón. Dulce cosa morder á su amo; creo que si se hiciese de moda no seríamos nosotros solos los que mordiésemos. Toda esa cohorte de animales apaleados, que trepan y gruñen, se vengarían de los latigazos á dentelladas. Bello espectáculo. Ancha es la tierra para nosotros; amémonos

mutuamente. Ya que de ejemplos se trata, estoy que debemos darlo bueno y no malo. Respecto de ese tirano, tengo hambre, y en él pensaba para saciarla. ¿Es César ó Nerón? ¡qué nos importa! Sea cual fuere la mancha que empañe su brillo, sean cuales fueren los laureles que ciñan su frente, en mí despierta siempre el mismo apetito: le devoro si grande, si pequeño me lo como.

No comprendiendo el oso estas palabras de un sabio, el gran leòn clemente púsole la zarpa en la cara y le dejó tuerto, quedándose el oso con la vergüenza y un ojo menos.

XI

Entre dos bombardeos.

Desde tu primer vagido, Juanita, excitaste mi admiración al par que mi piedad: acababas de nacer; gozabas de la omnipotencia, de la gracia anejas á ese estado; eras el pesebre que se inciensa, la humilde figurilla divina que todavía carece de ojos, y que una celeste estrella viene á buscar. Luego cumpliste seis días, y seis semanas, y seis meses, frágil resplandor en medio de nuestras humanas sombras. Sin embargo, Juanilla, el tiempo va pasando para tí; te crece la cabellera, te sale un diente, y ya casi eres persona grande: apenas sobrenada en tí una parte del recién nacido; quieres andar, y esto tiene sus peligros; los andadores y las mantillas te parecen pueriles. Tu hermano mayor tiene dos años, canta la Marsellesa, y tú te encaramas en mi silla, ó pagada de tu proeza, trepas por detrás de una mampara; quieres juguetes que digan algo á tu imaginación, y pones tu afecto en un hermoso gato. El crecimiento te tiene sujeta en sus mallas, reemplazando la niña que gime por la niña

que garla, y el humilde grito por el grito triunfal; el ángel que come ríese del ángel de pechos; incesantemente te vas transfigurando; y el tiempo confunde la Juanita de ayer con la de hoy. A cada paso que da la criatura deja tras sí varios pequeños fantasmas de ella misma.

Los recordamos todos, llorámoslos, los amamos, y serían otros tantos muertos si ella no viviera. Ya ha brillado más de una estrella en tan dulce astro. Parece que para complacernos, cada edad de ese ser encantador sucesivamente produce su ejemplar. Es el sol levante, pues el destino está envuelto en los matutinos rayos, y la diafanidad del alba, amoroso y casto festín; forma preciosa aureola alrededor de su cabeza. Diríase que la vida cuidadosamente prodiga sus encantos á dicha criatura, procreándola de esta suerte para las blandas caricias, las rosas, los besos y las inocentes risotadas, y para la corona de espinas que debe ceñir más tarde su frente.

XII

Pregunto nuevamente: ¿quién ha entregado París á ese pobre hombre, París que contiene Esparta y Roma? ¿Dónde se ha ido á buscar ese guía? ¿quién lo mezcló á nuestros terribles destinos? Así pues, cuando se trata de evitar la sima, de salir del amenazador y doliente caos, de disipar las nocturnas sombras, de subir encima de las profundas obscuridades apercibidas en el abismo, y de verter la aurora en las ondas infinitas, no fiamos en estos cuatro genios: Audacia, Humanidad, Voluntad, Libertad, que arrastran en el cielo el carro de la claridad, y que tú ¡oh Francia! haces dar botes bajo tu mano familiar. Tómase por guía y auxiliar un pobre ser obscuramente diri-

gido, lento y fiel, acarreando tras sí la noche, y cuyo supremo instinto consistiría en mantenerse inmóvil, y que, tanteando el espacio y alargando su artesón, sin táctica, sin objeto, sin cólera, sin arte, aguarda del desconocido la limosna de una casualidad. Ha llegado la hora de disipar la negra sombra y de abrir esta altanera puerta: la victoria. Nadie se creería guiado, guardado, ni seguro de poder engolfarse fieramente en el azur, librándose de los choques, de los furores, de la rechifla, de los golpes de honda, del viento á través de las nubes, ni evitar el escollo, la cascada, el arrecife, si ese humilde caminante, taciturno y asmático, soñador como el topo, útil como el jumento, no completara el enorme tren que se cierne por el espacio. ¡Cómo! en el momento en que peligra la Francia, teniendo para sacar fuera de las ondas el formidable cuadriga los cuatro espíritus gigantes que rompen todos los velos, monstruos cuyos crines se enredan con las estrellas y que, jadeantes, siguen al enjambre de los aquilones, en ese momento, decimos: ¡No es bastante! y queremos un refuerzo, y viendo el precipicio inmenso, viendo la sombra que hay que salvar, ante el negro nadir y el rosado zenit, nuestra demencia añade un perro de ciego al tiro de los caballos del sol.

XIII

Capitulación

¡Así vuelcan las naciones más grandes! ¡Todas tus obras sirvieron para abortar, oh pueblo! Y dices: ¡Cómo! ¿para esto nos mantuvimos en pie toda la noche sobre los elevados baluartes? ¿Para esto fuimos valientes, altivos, invencibles, y flecha la Prusia, nos-

otros nos convertimos en blanco? ¿Para esto fuímos héroes y mártires? ¿Para esto se combatió más que Tiro, más que Sagunto, más que Bizancio y Corinto? ¿Para esto se ha sufrido por espacio de cinco meses el rudo abrazo de los furtivos y negros teutones, llevando pintados en los ojos el siniestro estupor de las selvas misteriosas? ¿Para esto se ha luchado, se han abierto minas, destrozado puentes, desafiado la peste y el hambre, fabricado fosos, clavado estacas, levantado fuertes? ¿Para esto ¡oh Francia! se han llenado las tumbas de cadáveres, obscura troj de las batallas? ¿Para esto hase vivido bajo la férula de la metralla? ¡Justos cielos! después de tantas pruebas, después de tantos esfuerzos del grandioso París, ensangrentado, triturado, contento; después de la augusta esperanza, después de la inmensa espectación de la ciudad magnífica que sólo atentaba para la victoria, y que parecía, revolcándose sobre los cañones, roer sus muros así como el caballo tasca el freno; cuando crecía la virtud al par de los dolores; cuando las criaturas, bombardeadas en las calles, recogían sonrientes, cascos de granada y no pocas balas; cuando ni un ciudadano ha desmayado; cuando había dispuestos para salir trescientos mil hombres, ¡esa masa de guerreros entrega la ciudad! Hanse mostrado cobardes ¡oh pueblo! en medio de tu desinterés, de tu arrebato, de tu altivez. Siempre estremecerá á la historia el espectáculo de gloria tan inmensa terminando con tamaña vergüenza.

París, 27 de Enero.

FEBRERO

I

Antes de la conclusión del tratado

Si acabábamos esta guerra según desea la Prusia, Francia desempeñaría el papel de un vaso sobre la mesa de un bodegón: se vacía y luego se le da un puntapié. Nuestro altivo país desaparece ¡oh dolor! Ahora es el despreciado, cuando fué siempre la admiración de todos.

¡Negro mañana! su regla es el espanto. A su tiempo se apura toda hez; después del águila llega el buitre, y tras éste el quebrantahuesos. Dos provincias desmembradas; Strasburgo en cruz, Metz en la mazmorra; Sedán, desertor de las revueltas, marcando á Francia con candente hierro; por do quiera cautivas las almas, el abyecto gusto de vil felicidad reemplaza al orgullo; cultívase el crecimiento de la deshonra; marchítase nuestro pasado esplendor; cae el oprobio sobre nuestros más gloriosos combates; la patria, no acostumbrada á inclinar la frente, vese sorprendida; el enemigo ocupa nuestras ciudadelas, en nuestras torres dibújase la sombra de Atila, de suerte que dicen las golondrinas: ¡Aquí no vive Francia!

La Fama, que apenas puede volar, pues están rotas sus alas, harta ya del nombre de Bazaine, empuerca

con su infecta baba su viejo clarín verde-desilusión. Si se lucha, es contra un hermano; nadie se acuerda de tu nombre ¡oh Bayardo! Los hombres se convierten en asesinos para que se olvide que volvieron la espalda ante el enemigo; áspera noche vela las frentes; ningún espíritu se atreve á subir, y el cielo corrobora nuestra vergüenza negándose á estrellarse.

¡Fría sombra! Reinan tan profundas tinieblas entre los pueblos, que ya no pueden amarse unos á otros; entre Francia y Prusia el aborrecimiento llega á su colmo; todo ese rebaño de hombres nos odia. Nuestro eclipse es su aurora, y nuestra tumba su anhelo. ¡Naufragio! ¡Adiós las grandes tareas! Sólo reina el engaño; dícese de nuestras banderas: «¡Cobardes!» y de nuestros cañones: «¡Tienen miedo!»

¡Adiós altivez; adiós esperanza! Tupido sudario cubre la historia...—¡Oh Dios! ¡haz que Francia no caiga en ese abismo de paz!

Burdeos, 14 de Febrero.

II

A los que sueñan en la monarquía

Soy republicana, y no tengo más rey que mi voluntad. Sabed que no es dado poner á votación este derecho supremo. Escuchad atentamente, señores, y estad persuadidos de que no se escamotea á la Francia así como así. Nosotros, hijos de París, primos hermanos de los griegos de Atenas, nos chanceamos y herimos. Por nuestras venas no corre la sangre de los fellahs ni de los esclavones, sino preciosa sangre gala y francesa. Son nuestros padres los veteranos, y nuestros antepasados los francos: no

olvidéis que somos amos. Nunca invocó nuestro auxilio vanámente la Libertad Recordad asimismo que si nuestras manos quebrantaron á reyes, también pueden quebrantar á pedantes. Bueno. Nombraos prefectos, embajadores, ministros, y daos las gracias mutuamente. ¡Oh ganapanes, atracaos bien! No tengáis otro cuidado en esas moradas regias que os sirven de madriguera, que endurecer vuestros corazones y ensanchar la panza; atiburraos de orgullo, de vanidad, de dinero: bien, muy bien. Por nuestra parte usaremos de indulgente menosprecio, desviaremos el rostro para no ver vuestros actos. El hombre no puede apresurar la hora que Dios posterga. Enhorabuena, pero no atentéis al derecho de todo un pueblo. El derecho que se alberga en el fondo de los corazones, libre, indomable, altanero, acecha todos vuestros pasos, os juzga, os desafía, y os aguarda. Afirmo y certifico que seríais muy atrevidos si le tocabais, más que fuese momentáneamente, para satisfacer vuestra curiosidad.

¡Reyes ladrones! vuestros bolsillos son bastante grandes para meter en ellos todo el oro del país, las ofrendas de los pobres, el presupuesto, todos nuestros millones; pero jamás podréis embolsaros nuestros derechos ni nuestra honra; jamás os embolsaréis la gran República. Por un lado todo un pueblo, por el otro un cúmulo de intrigantes; ¿qué vale vuestro derecho divino ante el derecho humano? Votamos hoy, votaremos mañana; nosotros somos el soberano; juntos queremos reinar como nos plazca, elegir lo que bien nos parezca, nombrar á quien nos convenga en nuestra papeleta electoral. ¡Ay del que meta su zarpa en las urnas! ¡ay del que falsifique la votación! Les haríamos bailar tal gavota con unos violines fabricados exprofeso, que al cabo de diez años todavía la recordarían

III

Filosofía de las consagraciones y coronaciones

Ese hombre es feo, viejo y tonto. ¿Y qué intentáis que sostenga su frágil cabeza? ¿Una corona? No una, sino dos, tres coronas; la de los emperadores y la de los reyes, esto es: el laurel de César, la cruz de Carlo-Magno, y después una parte de Francia y gran dosis de Alemania. Cosas son estas que hicieron vacilar á Carlos V. La tranquilidad del universo mundo estriba en que se mantenga en equilibrio sobre aquella temblorosa frente todo ese cúmulo de acontecimientos; no cabe duda que ese buen hombre sería más afortunado si se viese libre, en lo cual también ganaríamos nosotros. Si digiere mal, se obscurece la atmósfera; su menor borborigmo es áspera sacudida; si escupe, todos se conmueven, y si tose, el mundo se derrumba. Su ignorancia cubre de brumas la tierra; ¿por qué no se deja tranquilo a ese anciano? Si no tuviera soldados, ni duques ni condestables, de buena gana recibiríamoslo en nuestra mesa, y nuestros vasos chocarían con el suyo, sire, so los pámpanos, á la luz del sol, al aire libre, y estarías lleno de vida. Pero no; ídolo, se te hincha de paja, y eres petrificado bajo pesado y puntiagudo casco, y así como se desconfía del rey de arriba celoso de los reyes de abajo, en tu cima, sire, colócase un pararrayos; y es tan altivo tu pueblo que te adora. Te tapujan con un manto lo mismo que se engalana al Papa con una casulla, y quedas transformado en tirano y nos dominas, pues agrada á los hombres doblar la rodilla. En lo sucesivo cargas sobre tí el Etna lo mismo que Encélado, y el mundo al igual de Atlas. ¡Oh amo! puedes sentirte enfermo, achacoso, acatarrado, viejo cuanto te plazca, castañetar los dientes envuelto en-

tre sábanas. No importa; no por eso deja de ser tu elemento el universo: Europa es un efecto cuya causa serás tú. Resplandece: ningún héroe va pegado á tus talones. Bossuet arrojará á Jehová á tus pies; en plena cátedra serás proclamado Altísimo.

Un rey, aunque sea enano, pobre petate, hidrópico, boicioso, tullido, tuerto, hombre cansado; aunque sus pies estén menos firmes que los de un raitre bebido; aunque tuviese muermo y lamparones, raquis, gota ó mal de piedra; aunque fuese flaco de espíritu y falto de sesos; aunque no contara con mucha más cordura que una rata; aunque estuviese sujeto, en medio de todo su aparato, por el instrumento propio de los herniarios; resto augusto y poderoso, hasta el último momento y hasta el repullo de su hipo final vése halagado por todo el mundo, lo mismo por el hombre de altar que por el hombre de ley: tiene el azoramiento de la decrepitud, no deja de ser César. Hasta en la ruina y moribundo, se obstina la majestad y le cubre, es grande: la santa, espléndida y austera púrpura sírvele de sudario cuando, dejando el cetro y el trono, pasa á ser pasto de los gusanos de la tierra. Agonizante, reina; vésele amodorrarse, temiéndose que su último suspiro produzca el efecto de un trueno. La encorvada muchedumbre le coloca en tan alto pedestal, que toda temblorosa le admira y le contempla desde abajo cuando, mísero, penetra el ídolo en la abierta sepultura, y lo supone todavía dios siendo así que ya nada es.

IV

A los que invocan nuevamente la fraternidad

Vencedores, ya veremos. Hasta dicho momento demostrémosles el desdén que corresponde al dolor. La

vista rigurosamente inclinada es acto propio de la derrota. Libres, éramos apóstoles; esclavos. somos profetas. ¡Se nos agarrota! ¡No más naciones hermanas! Y predigo el abismo para nuestros invasores. La altivez de los que han sido encadenados consiste en escudarse desde hoy en el odio. ¿Estimar á los alemanes? Esto acontecerá el día en que el derecho de la victoria traiga consigo el derecho de amar. No es franca la declaración de amistad por parte de aquellos, que iniquilados, esperan el desquite: aguardemos que llegue para nosotros la hora de atajar el camino. Primero humillémoslos, luego será ccasión de tenderles la mano. En tanto que llore Francia manará sangre de mis heridas; así pues, no hay que hablarme de concordia en este momento. Una fraternidad tartamudeada á medias y demasiado pronta, hace encoger de hombros al enemigo; y la oferta de dar al olvido los rencores, digna mañana, hoy sería un acto de cobardía.

V

Ley de formación del progreso

¡Una última guerra! ¡ah, es preciso! Sí. ¡Cómo! ¿el duelo triunfante, el asesinato, son condiciones de nuestro progreso? ¡Misterio! ¿Qué significa ese extraño trabajo de la tierra? ¿qué esa ley del desarrollo del hombre por el infierno, la pena y el tormento? ¿Por qué fin postrero, cuya eterna luz ni siquiera divisa nuestra humilde pupila, el ser de las profundidades ha decretado en los insondables azures de la sublimidad, que el hombre no debe dar un paso sin mostrar de qué pie cojea y de cuál costado se desangra, que el dolor es el oro con que aquí abajo se paga la dicha

comprada á costa de tan rudos combates, que toda Roma debe empezar por un antro, que todo alumbramiento ha de desgarrar el abdomen, que en este mundo la idea lo propio que la carne deben desangrarse, y, marcada al nacer por el hierro, ha de tener, así para el luto como para la esperanza, su misterioso sello de vida y de sufrimiento en esta augusta cicatriz, el ombligo; que para que se descoja en Abril el huevo del porvenir, hay que depositarlo en alguna cosa muerta; que es preciso nazca el bien y que la madura espiga salga en flor de la llamada surco; que brota mejor el grito si se muerde la mordaza; que el hombre debe alcanzar supremos Edenes cuya puerta, en medio de la sombra de los problemas, aparece radiante ante sus encendidos ojos, pero cuyas hojas se mantendrán cerradas á pesar del santo, el Cristo, el profeta y el apóstol, si Satanás no abre la una y Caín la otra?

¡Oh terribles contradicciones! de un lado vese la ley de paz, de vida y de bondad luciendo prodigiosamente por encima del infinito, y por otro óyese triste voz que dice:—¡Pensadores, reformadores, porta-hachas, espíritus luchadores, alcanzaréis el ideal! ¿A qué precio? Al precio de la sangre, de la esclavitud, del luto, de las hecatombes. La ruta del progreso es el camino de los sepulcros. Ved; el género humano, oprimido en este momento por las ciegas fuerzas que constituyen el globo que habitamos, debe vencer la materia, y (he aquí el problema) encadenarla, para disfrutar él mismo de libertad. El hombre lucha cuerpo á cuerpo con la enorme naturaleza; mas ¡cuánta resistencia! Los más fuertes quedan aniquilados. La noche se parapeta detrás de lo desconocido; el mundo sólo forma una basta emboscada; todo es lazo; la esfinge, antes de ser domada, clava sus uñas en las carnes del hombre atemorizado. Por momentos son-

ríe y hace traidoras ofertas; los sabios, los soñadores, aquellos que son sacerdotes únicos, ceden á sus fúnebres y burlescos llamamientos; el enigma invita, abraza y destroza á sus vencedores; los elementos (al menos aquello á que da tal nombre el error) tienen atractivos temibles para el hombre; la tierra tienta á Empedocles, y el agua á Jasón, á Díaz, á Gama, á Marco Polo y á Colón que desde el fondo de las sonoras ondas dirige el dedo del siniestro caballero de las Azores: el fuego tienta á Fulton, el aire á Montgolfier; el hombre nacido para vencerlo todo, se atreve á desafiar cualquier obstáculo. Ahora fijaos en los cadáveres. La suma de todos los combatientes que consume el progreso, sorprende al sepulcro y hace soñar á los muertos. ¡Cuántos infortunados ahogados en medio de sus esfuerzos para abordar nuevas y fecundas playas! Los descubrimientos son niñas formidables que ahogan á sus amantes en su trágico lecho. ¡Oh ley! en todos los sepulcros existen imanes; los grandes corazones albergan el lúgubre amor del mártir, y la irradiación del principio atrae.

Estos son los sacrificadores, aquéllos los sacrificados. El humano crecimiento en que confiáis se desarrolla y sube cubriendo nuestras deformidades. ¡Destino aterrador! todo sirve, hasta la vergüenza; la prostitución tiene su fecundidad, y el crimen su empleo en la fatalidad. Siendo corrupción, un germen puede descogerse: lo que se ama nace de lo que se deplora. El sufrimiento es lo que se ve claramente. ¿Por qué? Penétrase en mejor situación lanzando espantosos gritos, y casi con pena se abandona un mundo peor donde moramos. El género humano trepa por una escalera que da vueltas y se sume en las nocturnas tinieblas queriendo penetrar en la mansión del día; piérdense de vista el bien y el mal sucesivamente. Bueno es el asesinato, la muerte sal-

va, la ley moral encórvase y desaparece en la obscura espiral. En ciertos momentos, lo mismo en Tiro que en Sión, lo que se toma por crimen es castigo, castigo útil y fecundo donde sobrenada no sé qué vida, producto de la carnicería. Las losas de la historia, con su horroroso amontonamiento de traiciones, de robos, de inmundicias, de atentados, con su terrible empacho de lodo que aplastaran las ruedas de los carros de todos los Césares, con sus Tigellinos, sus Borgias, no sería más que la infame caballeriza de Augias, la letrina y la cloaca de la suerte, sin la lavadura de sangre que por momentos practica Dios en ese pavimento. Roma y Venecia florecieron entre arroyos de sangre. ¡Sangre! y en la historia óyese la siguiente exclamación:—Una ala brota del gusano y el uno engendra al otro; la edad que se cierne es hija del siglo que se revuelca.—El mundo reverdece en el luto, en el horror, sombrío campo de que Nemrod es rudo labrador.

Toda flor al principio es estiércol, empezando la Naturaleza por comerse su propia podredumbre; la razón sólo la tiene después de andar ésta equivocada; para avanzar un paso el género humano va torcido: cada evolución que hace en medio de la borrasca parece un apocalipsis en que alguien se lamenta. Obra luminosa, mas obrero tenebroso.

Luego que anda el carro empieza á rechinar. La esclavitud es un paso dado en el camino de la antropofagia; la horrorosa y ensangrentada guillotina es un paso avante el gancho, la estaca y la pira; la guerra es pastor y carnicero á un tiempo; Ciro grita: ¡adelante! Todos los grandes jefes de ejército, abriendo á través del género humano ardientes rutas, llevan impresa en la frente (negros exploradores) despuntadora mancha; rechazan la noche, las nieblas, los errores, la sombra, y el conquistador es el terrible

misionero del rayo que detiene el trueno. Sesostris vivifica matando; Gengiskán es la lava fecunda y sombría del volcán; Alejandro siembra, Atila fertiliza. Este mundo, civilizado por doloroso esfuerzo, esta creación do llora y luce el alba, donde nada se produce sino después de haber sido destruído, donde los ayuntamientos resultan de los divorcios, donde Dios parece engullido bajo el caos de las fuerzas, donde brota el botón del nudo que le ahogaba, constituyénlo el mal que trabaja y el bien que se está fabricando. Pero ¡cuánta sombra! ¡qué oleadas de humo y de espuma! ¡qué ilusiones de óptica produce esa niebla! ¿Ese tigre que da saltos acaso es un libertador? Ese jefe, ¿es héroe ó bandido? Adivinadlo. ¿Quién lo sabe? En esas profundidades producto de crimen, de virtud, de asesinatos, de festejos, engañados por nuestros ojos y por nuestros oídos, ¿cómo encontrar nuevamente el astro en medio de tantos horrores flotantes?

De ahí deriva que antes todo pareciera vano y empañado, lúgubre noche; el vasto derrumbamiento de los hechos tumultuosos, los combates, los traidores y tortuosos asaltos, los Cartagos, las Tiros, las Bizancios, las Romas, las catástrofes, espantosa caída de hombres, asemejábanse á estéril tormento; y sucediéndose lo mismo que el granizo sucede al viento encolerizado, y como el calor sucede al frío, parecían no desempeñar más que una sola ley: nada es duradero. Las naciones, encorvada la cabeza, la única filosofía de que podían disponer en medio de ese flujo y reflujo era la rapidez de los carros que las aplastaban; nadie veía el objeto de tan vanas querellas, y Flaccus exclamaba:—Puesto que todo huye, amemos, vivamos y contemplemos cómo se disipa la sombra de los montes. Reid, cantad, arrancad racimos de los emparrados para colgarlos ¡oh Lyde! en

vuestras orejas: basta con esto. Juro por Baco que bajo el peso de los héroes, de las grandezas, de la gloria y de los reyes he de interrogar á Carón, el barquero de las sombras.

Más tarde se ha comprendido el asunto. Por grados fueron perdiendo las muchedumbres su aspecto de caos, dejando vislumbrar algunos puntos de claridad. ¡Cómo! la guerra, el alternativo y rudo choque de las batallas lanzadas sobre la áspera muchedumbre, sobre el triste y basto montón de las salvajes naciones; esos estremecimientos y conmociones que el sonoro y feroz choque de los aceros da al naciente derecho, al pueblo que se levanta, ese vasto torbellino de chispas que brota de los combates, de los héroes que se topan, de la suerte, ese insensato tumulto de los campamentos y de las matanzas; el pataleo de los caballos, los escuadrones que envuelven á la infantería con los relámpagos producidos en su veloz carrera; los cañonazos azotando los humeantes muros, los tiros de venablo, las estocadas, los golpes de las picas, el retumbo de las épicas corazas, las victorias triturando á los hombres, ese infierno, los sables resonando sobre los férreos cascos, el terror, los ayes de los moribundos á quienes se degüella... Todo esto equivale al martilleo del progreso en la fragua.—¡Ah!

Al propio tiempo el infinito, que conoce el término de cada causa, siendo inconmensurable y elevada conciencia, producto de inmensidad, de paz, de paciencia, como sabe el fin y elige el medío, deja á menudo ¡ay! que se produzca el mal por el bien. Tal es la profundidad del orden, orden obscuro, supremo, tranquilo, que se afirma con sus mismos mentís. De esta suerte nació un bandido de Marco Aurelio; de esta suerte, repugnante, ante el hombre sorprendido, con el consentimiento del cielo y la ayuda

de Jesucristo, escudado con la ley de un santo y la muerte de un justo, y valiéndose de tan suaves palabras, como estas:—Da de comer al hambriento; ama al prójimo como á tí mismo; no desees para otro lo que no quieras para tí;—con esa moral toda vida y gracia, con esos dogmas adquiridos de serenísimo cielo, edificó Loyola su monstruoso lazo. Sombría araña para cuya tela dió el Altísimo hilos de aurora y rayos de estrella.

Y fijando la vista más arriba, ¿quién será el que exclame:—Soy el astro, siempre he alumbrado; jamás he faltado, ni pecado; ignoro lo que son tentaciones, estoy sin mancha?—¿Hay algún justo tan audaz que intente parangonarse con el azul celeste? Por más que haga el hombre debe ceder á su naturaleza: conmuévele una mujer al menor gesto que hace; bebe, come, duerme, siente frío, calor; á veces el alma más grande y el corazón más elevado sucumbe á los apetitos mundanos, y el espíritu mendiga las inmundas satisfacciones del animal: se asoma en la obscena ventana, y de noche se le ve rondar de vergüenza en vergüenza por el dintel de los negros chiribiteles.—Sí, es la puerta abyecta, y sin embargo la salvo, dice Catón muy quedo y Juan Jacobo á voces. La Siria canta á Virgilio Evoche, Sócrates ama á Aspasia, Horacio sigue á Cloe; todo hombre es súbdito de los apetitos carnales; condenado está el cuerpo y no hay curación posible para la sangre. La verdad es que ningún sabio ha logrado curarse de las leyes de la naturaleza y de la humanidad.

Mal, bien, he aquí la triste y disforme mezcla. El bien es sudario al propio tiempo que mantillas; el mal es sepulcro á la vez que cuna; ambos se producen, y la vida es su sello. Los atemorizados ó esperanzados filósofos sueñan, y no existe entre ellos más diferencia al revelar el Edén, y aun al probar su exis-

tencia, que el verlo detrás ó delante. Los sabios del pasado dicen:—el hombre retrocede, sale de la luz y penetra en el crepúsculo; el hombre ha partido del todo para naufragar en la nada Ellos dicen: bien y mal. Y nosotros: mal y bien.

Mal y bien, ¿es esta la frase exacta? ¿la cifra única? ¿el dogma? ¿es la sola túnica de Isis? Mal y bien, ¿estriba en eso toda la ley?—¡La ley! ¿quién la conoce? ¿Alguno de nosotros, fuera de sí como dentro de sí mismo, bajo el cúmulo de los hechos, de las épocas, de las edades, ha penetrado en ese antro y sondeándole? ¿Hay alguien que desembrolle el germen original? ¿Alguien ve el punto extremo del tunel? ¿Hay quién vea la base y el techo á la vez? ¿Hemos penetrado siquiera la naturaleza? ¿Qué cosa es la luz y qué cosa es el imán? ¿Qué el cerebro? ¿De qué se forma el movimiento? ¿De dónde procede que falte el calor á los rayos de la luna? ¡Oh noche! ¿qué cosa es un alma? ¿son almas los astros? ¿El perfume es el alma errante del pistilo? ¿Sufren las flores? ¿piensan las rocas? ¿Qué cosa es la onda? Etnas, Cotopaxis, Vesubios, ¿de dónde procede el brillo de vuestras enormes cubas? ¿Dónde está, negro Chimborazo, la polea, y la cuerda, y el balde que cuelgan en tu pozo? ¡Seres vivos! ¿acaso distinguimos una cosa de un ser? Di, mortal, ¿qué es la muerte? ¿qué la vida? De un hecho preguntáis: ¿esto es la ley? Veamos, sea quien fueres, tú que hablas, dime: ¿qué eres? ¿quieres sondear el abismo? ¿Te sientes con fuerzas bastantes para escudriñar la obra de las savias bajo la corteza; para acechar, á través de la noche de las subterráneas vetas, el himeneo del agua terrestre con las olas del mar y la formación de los metales; para perseguir en sus antros el plomo, el azogue y el cobre, hasta el punto de poder decir: he aquí cómo se fabrica el oro bajo tierra y el alba en el firmamento? ¿Eres capaz de todo

esto? habla. No. Bien está: no seas pródigo en axiomas tocante á Dios ni en sentencias respecto del hombre, y deja de pronunciar fallos sobre el infinito. Y todo aquel que aquí abajo, maldito ó lleno de bendiciones, pueda decir, no importa de lo que sea, fuerza, alma, espíritu, materia:—Lo que poseo es la ley, la ley completa, este hombre es Dios, Dios con todos sus rayos; no os descuidéis en coleccionarle, y guardadlo bien, temerosos de que no se os escape.—Sabio en su laboratorio ó sacerdote bajo su capa pluvial, ¿quién nos mostrará la suerte por ambas caras? ¿Quién se paseará en la eternidad como Lenôtre en los jardines de Versalles? ¿Quién medirá la sombra del uno al otro extremo, y la vida y el sepulcro, espacios inmensos donde el montón de los días espira bajo la masa de las noches, donde los vagos relámpagos se deslizan por entre las tinieblas, donde se desvanecen las extremidades de las leyes?

Verdadera ó falsa, absurda y loca, ó demostrada; esa obscura ley del progreso en medio del luto, del éxito en la caída y del puerto en los escollos, que, dragón del Edén, guarde la entrada, ó no sea más que informe espejismo, lo cierto es que ante el enigma y ante el destino á veces los más firmes se sorprenden y cejan. Apenas blanquean algunas cimas en medio de la obscuridad de la noche, cuando la bruma ya ha envuelto otras cúspides: grandes montes, al parecer rodeados de eterna luz y libres del abismo, se yerguen, pero negros y lentamente borrados, desaparecen. Momentáneamente muéstranse todas las verdades, y luego cúbrelas un velo; el verbo aborta en tartamudeo. El día, si día puede llamarse á tan sombría claridad, parece que sólo se levanta para contemplar las sombras; deja de verse el faro: uno no sabe qué pensar. ¿Se ha retrocedido ó se ha avanzado? ¡Oh! ¡cuán lenta es la marcha en la huma-

na ascensión, y cómo se siente la pesadez del arca! ¡Cómo destrozan sus espaldas contra los ángulos del progreso, aquellos que llevan sobre sí la carga de los intereses generales! ¡Cómo se deshace todo y vuelve á caer á compás! Nada de principio adquirido, nada de conquista segura; en el acto en que se cree terminado el edificio, se derrumba, aplastando al artífice. El siglo más grande puede tener su hora inmunda; á veces muge un azote en todos los puntos del globo terrestre y diríase que el hombre está poseído de un exceso de furor. El europeo, hermano mayor, justa de horror con el caribe y con el malabar; el civilizado inglés sobrepuja al bárbaro hindu, ¡oh repugnante pugilato de Lóndres y de Delhi! El fin humano eclípsase en un infame olvido; reina la noche del Danubio al Nilo, del Ganges al Ebro. Fiesta en el Norte; celébrase la muerte del Mediodía. Dice Berlín: Ríe, Europa; Francia ya no existe. ¡Oh género humano! A pesar de tantas edades terminadas, tu vieja ley de odio es siempre la más fuerte; el Evangelio constituye perennemente muerta claridad; huye la luz del día, se desangra la paz, vese proscrito el amor, y aun no ha sido desclavado Jesucristo.

MARZO

I

¡No importa! tengamos fe. Todo se agita como en el fondo de horroroso sueño; todo marcha y corre, y el hombre abandona la antigua ribera agreste y fugitiva. Se pasa de la noche á la aurora, del negro sepulcro al sonoro nido, y de las hidras á los alciones. Los temerarios son los sabios, pues sondean los profundos pasos llamados Revoluciones.

Profetas enflaquecidos por los ayunos, ¡oh altivos poetas! lo mismo los antiguos que los modernos, Isaías como Byron, indicáis al género humano el fin supremo, siempre el mismo y siempre nuevo bajo la capa del cielo, lanzando al viento, que se la lleva, la misma frase eterna para que la oiga el eterno transeunte.

Vuestra trágica y magnífica voz se sume en las profundidades del abismo y sube hasta el firmamento; pedís el verbo á Dios y dais la consigna á la esfinge. Todo el itinerario del hombre, después de abandonar á Sión y traspasar á Roma, dejando atrás al sacerdote que titubea ó huye, parece un descenso hacia el abismo; óyese el sublime ruido que vosotros producís, advertencia á mitad de la noche.

Para el traidor tenéis el toque de agonía, y el de rebato para el valiente; vense aparecer y desaparecer vuestros himnos, enjambre tempestuoso; vuestros versos sibilíticos van y vienen, sosteniendo al pueblo,

gran peregrino, en su rudo viaje; vuestras canciones, vuestros ensueños, vuestras ideas, parecen urnas volteadas de las que se derraman bronceados ritmos.

Muy pronto el día montado en su cuadriga descorrerá las cortinas de la sombra; todo se encamina hacia la aurora, aun aquellos que dan la espalda: uno adelanta mientras el otro retrocede; en medio de ese crepúsculo levanta el porvenir su extraña torre, obscura pero estrellada; vuestras estrofas resuenan en ese inmenso y negro campanario.

II

La lucha

¡Ah! he aquí encolerizada la ignorancia. Fuerza es compadecer á aquellos que no disfrutan de las ventajas que proporciona el gran rayo de la verdad. Además, ¡qué importa esto, amigo! el honor nos acompaña. Sí, compadece á esos insultadores que aceptan de rodillas la horrible paz que sujeta á Francia y la amordaza. Que tu desdén y el mío evidencien ante la historia su imbécil ingratitud. Esos hombres tratarían á Jesús como á un gitano; san Pablo pareceríales un demócrata repugnante, y dirían: ¡Vaya un saltimbanquis que es ese Sócrates! El miope tiene miedo al alba. Si son gentes de tal pasta, ¿es suya la culpa? No. En Nápoles, en Roma, aquí, siempre y en todas partes, es cosa muy sencilla encontrar seres que te envidien cuando hagan el papel de soldados y te maldigan una vez sacerdotes, vencidos los unos, desenmascarados los otros. El hielo que mis ojos han visto pasar este invierno desde nuestros muelles, el cual producía sombrío frio, si bien huía y se derretía rápidamente en la obscuridad, no abrigaba más odio ni vanidad que aquellos hombres. ¡Oh tú que, semejan-

te á los divinos combatientes, te presentabas solo, sin ejército, y libertabas los pueblos, deja que sobre tí aúlle el oleaje de los viles clamores! ¿Qué vale esto? Ven, tiéndenos la mano. Y yo, viejo francés, y tú, romano antiguo, salgamos. Triste es el sitio y mal se está en él; encaramémonos otra vez en nuestra costa brava, donde, si uno se ve befado, siquiera es por el mar; vamos en busca del augusto insulto del relámpago, del furor sin bajeza y de la grande amargura, verdadera sima, y dejemos la baba por la espuma.

III

Luto

¡Carlos! ¡Carlos! ¡oh hijo mío! ¡cómo! ¿me has abandonado? ¡Ah! ¡todo huye, nada es duradero! Te has eclipsado en la gran claridad, para nosotros obscura.

Carlos, mi poniente ve perecer tu oriente. ¡Cuánto nos amábamos! El hombre ¡ay! crea, y sueña, y sonriente liga su alma á otras almas.

Y dice: ¡Es eterna! y prosigue su carrera; va bajando, vive, sufre, y de repente se encuentra que sólo abarca en el hueco de su mano un montón de cenizas.

Ayer me hallaba proscripto. Cautivo de los mares durante veinte años andaba errante, despedazada el alma. La suerte nos hiere; ella sola sabe la causa de esto. Dios arrebatóme la patria.

De cuanto poseía hoy sólo me queda un hijo y una hija; héme aquí casi solo en esa sombra hacia la que me encamino. Dios me arrebata la familia.

¡Oh! ¡no me dejéis, seres únicos que me quedáis! Caen nuestros nidos, pero vuestra madre os bendice desde la sombría mansión de los muertos, y yo hago lo mismo desde este amargo valle de lágrimas.

Sí, terminaré mi lucha adoptando por modelo al

mártir de Sión, y continuaré la ruda ascensión parecida á la caída.

Bástame seguir la verdad; con el luto en el corazón, pero altivo, y sin ver más que el gran fin sublime, prosigo mi camino; en pos del deber voy en derechura al abismo.

IV

El entierro

El tambor toca á generala y la bandera se inclina al pie de la silenciosa colina de la Bastilla, do duermen los pasados siglos al lado del siglo presente, bajo un bosque de cipreses apenas azotados por el viento. El pueblo se mantiene arma al brazo, y está triste, pensativo: todos esos batallones forman silenciosa hilera.

Ved el cadáver del hijo junto al padre aspirando al sepulcro, el uno ayer todavía valeroso, robusto y bello, el otro viejo y ocultando las lágrimas que surcan sus mejillas. Todas las legiones salúdanles al pasar.

¡Oh! pueblo! ¡oh majestad de la inmensa dulzura! París, ciudad sol, tú á quien no logró vencer el invasor, á pesar de toda la sangre derramada; tú, que algún día, en medio de la real orgía surgirás, resplandeciente la frente, como el comendador, llevas la grandeza hasta el punto de parar mientes en el dolor de un hombre. Nada más admirable que hallar un alma en Esparta y ver un corazón en Roma; París ha domado al universo por la fuerza, siendo todo bondad. Es un pueblo héroe al par que justo; hace mucho más que vencer: ama.

¡Oh ciudad augusta! Aquel día todo temblaba; bramaban las revoluciones, y en su bruma, á través de los rayos, veías abrirse ante tí, aparecer la horrorosa

sombra que por momentos envuelve á los pueblos grandes; y te admiraba el hombre que seguía el ataúd de su hijo, á ti que, dispuesta por todos los fieros retos, infortunada, has hecho prosperar la humanidad. Sombrío, sentíase hijo al propio tiempo que padre; padre al pensar en él, hijo al pensar en tí.

Que ese joven é ilustre luchador lleno de fe, desaparecido en el profundo sitio que á todos nos reclama, tenga ¡oh pueblo! para siempre á su lado tu grande alma. Tú se la diste en tan supremo adiós. Que en la espléndida libertad del azulado cielo asista, ahora que empuña el arma desconocida, á las luchas del deber, y que las prosiga. El derecho no es sólo derecho aquí abajo; los muertos son seres vivos mezclados en nuestros combates, que unas veces tienen por blanco el bien, otras el mal; en ocasiones oímos silbar sus invisibles flechas. Creémosles ausentes y están presentes; se sale de la tierra, de los días, del llanto, pero no del destino; la tumba es una prolongación sublime. Asciéndese á ella con la sorpresa de haber creído que se iba á caer dentro. Así como la emigrante golondrina se engolfa más y más en el azur del firmamento, el hombre penetra más feliz en la mansión de un deber más grande; vese lo útil con el justo paralelo, teniéndose la sombra en menos y en más las alas. ¡Oh hijo bendito! sirve á Francia desde el centro de ese antro de amor que llamamos Dios: no se muere para dormir, no, sino para practicar desde mayor altura lo que practica aquí abajo nuestra humilde esfera; muérese para practicarlo mejor, para practicarlo bien. Nosotros sólo poseemos el fin, el cielo tiene el medio. La muerte es un paso donde todo cambia para engrandecerse; el que en la tierra fué atleta es arcángel en el abismo; en la tierra hay límites, hay expulsiones; allá arriba crecemos sin molestar al infinito; el alma puede ensancharse á su

gusto, y al perder el cuerpo se recobra el aspecto verdadero. ¡Vé, hijo mío, vé! ¡vé, espíritu! truécate en antorcha. Radia. ¡Penetra, cerniéndote, en la inmensa tumba! Sirve á Francia, pues Dios la envuelve con cierto misterio, y tú sabes ahora lo que la tierra ignora, ya que la verdad brilla do luce la eternidad. Tú ves la luz, mientras que nosotros sólo tinieblas divisamos.

Paris, 18 de Mayo.

V

Golpe tras golpe, duelo tras duelo. ¡Ah! ¡horrorosa prueba! Sea. Ese hombre pensativo aceptarála imperturbable. No cabe duda que conviene que algunas gentes se vean tratadas de tal suerte. Cuando rudos combatientes, magos, soldados, tribunos, apóstoles, han sacrificado su vida en aras de lo justo, mantiénense en pie rodeados de sus robustos dolores. Bien lo sabes, Guernesey, y tú también, Caprera.

Su conciencia está fijada y nada la quebrantará; pues, sea cual fuere el viento que bata su llama, jamás tiemblan los principios hondamente arraigados: su tranquilo resplandor luce en el infinito. El siniestro huracán, encarnizado contra la noche, puede sacudir arriba la sombra y sus negros crespones, sin que sus pliegues conmuevan las estrellas.

ABRIL

I

Los precursores

En todo tiempo el hombre, doblegándose ante el misterio del ser y de la criatura, ha dicho á la Naturaleza: ¡Oh antro! ¿por qué he nacido? Unas veces creyentes, otras ateos, á los Prometeos añadimos los Euclides y los Kepleros; nuestras dudas, fúnebres nubes, suben al cielo envueltas en tinieblas, y descienden rodeadas de relámpagos.

¡Oh frentes donde brillan las ideas! ¡Cuántos rostros pensativos en el borde de la sima, en el fondo de los cielos! ¡Qué de miradas misteriosas! ¡Oh estrelladas pupilas de los Miltons y de los Galileos! Sombríos Dantes de morena frente, vuestros calcañales son dignos de los astros. Vuestros espíritus, ¡oh negros Zoroastros! son los corceles del infinito.

Atreverse á subir, atreverse á bajar, en esto estriba todo. ¡Investigar, osar ver! pues Jasón llámase emprender y Gama querer. Cuando el buscador titubea aún, fija la mirada en la noche y en la aurora, retrocediendo ante el secreto, temblando ante el jeroglífico, la voluntad, brusco hipogrifo, se aparece en su crepúsculo.

Y montando en tan formidable corcel el Género humano, cuando quiso abordó lo inabordable, sin más armas que su antorcha y su laúd. Al partir, alma excitada, irradiaban en el abierto azur donde la

noche tiende sus sombríos velos el astro Amor y el sol Pensamiento, y Dios dió por espuelas á dicho gigante esas dos estrellas.

Los grandes corazones en quienes Dios se crea poseen (mientras todo huye á su alrededor) la sagrada curiosidad del precipicio y de la noche. Todo descubrimiento es una sima. ¡Qué vale la muerte! nos sumimos en el abismo, sufrimos; vivir inútilmente, es demasiado. De la insensatez nace lo sublime, y también nace detrás, en el abismo. Empedocles atrae á Colón.

¡Mares sondeables! ¡cielos reveladores! Cada uno de esos buscadores de Dios carga un infinito en sus alas, Fulton el verde, Herschell el azul; parte Magallanes, vuela Fourier; la irónica y frívola muchedumbre ignora lo que estos hombres han soñado, vélos naufragar en la inmensidad y dice: Es un alma perdida. ¡Muchedumbre! ¡háse hallado un mundo!

II

La madre defendiendo á su pequeñuelo

En medio de los bosques, mansión de los murciélagos, donde cuchichea en voz baja el inquieto follaje á la sombra de los jarales, rodeados, al parecer, por negro designio, ¡oh! ¡cuán salvaje se presenta el amor de la mujer de las selvas! Vésela arrullar al tierno recién nacido que tirita sobre su seno, y despavorida llevarse consigo al trágico niño desde que, cual sombría marea, van extendiéndose las sombras de la noche, desde que los rabiosos lobos lanzan prolongados aullidos.

Tal es París. La ciudad á quien disputa Europa el derecho, la gloria y el arte, triple pezón, amamanta á la celestial criatura llamada Porvenir. Óyense re-

linchar los caballos de la aurora alrededor de tan sublime cuna. Ella, madre de la realidad que empieza con una quimera, nodriza del augusto ensueño de los pensadores, la ciudad hermana de Atenas y de Roma, aparece como mansión de amor, de vida, de alegría en medio de la riente primavera y del rojizo cielo. Puro es el aire, el día luce, el firmamento preséntase azul. París mece y canta al poderoso diosesito. ¡Qué festín! ella muestra á los hombres, altiva, contenta, ese ensueño que constituirá el mundo y que tartamudea, ese tembloroso embrión del nuevo género humano, ese gigante, enano aún, llamado Mañana, para el que se abre el surco de los futuros tiempos. En su tranquila y tierna frente, y en su boca afortunada, y en su serena mirada que no cree en el mal, aparece la radiante sonrisa que se nombra ideal. Presiéntese que es la ciudad do habita la esperanza, que ama y bendice; mas si, cual súbito negror, aparece el eclipse, haciendo temblar á los pueblos, si algún monstruo vago erra por el horizonte, si cuanto serpentea, espuma, se arrastra y bizca amenaza á la criatura divina, entonces muéstrase indómita, se yergue, brotan de su pecho gritos terribles, convirtiéndose en el París furioso; brama y ruge, siniestramente vivaz, y la que antes hacia las delicias del universo, lo llena de espanto.

III

¡Horribles tiempos! En ese siniestro espacio do surge lo imprevisto, do pasa lo inesperado, mi pensamiento es cual llanura pisoteada por errante multitud. Presèntanse los hechos uno tras otro, negros y grandes. Escribo este libro día á día, bajo el dictado de la hora que se yergue y huye horrorizada; las semanas del Año Terrible son otras tantas hidras crea-

das por el infierno para pasto del antro; vuela el acontecimiento con ojos inflamados, después de posar su zarpa en mi corazón, dejando sobre mis tristes, ásperos, amortiguados y magullados versos la traza que se nota después del paso de un monstruo. Aquellos á quienes fuese dado contemplar mi espíritu envuelto en sombras, verían las numerosas huellas que en él han dejado esos días de horrores, de cólera y de aburrimiento, cual si lo hubiesen pisoteado leones bravíos.

IV

Un grito de angustia

¿Cuándo acabará esto? ¡Cómo! ¿no sienten que este gran país se desmorona á cada paso que dan? ¿Castigar á quién? ¿á París? París quiere ser libre. Aquí el universo, allá París: he aquí el equilibrio. Y París es el abismo donde está empollando el porvenir. Escapa al castigo lo mismo que el Océano, pues en su profundidad y bajo su transparencia vese la inmensa Europa teniendo por corazón á Francia. ¡Combatientes, combatientes! ¿qué queréis? Sois como el incendio que devora las mieses, y estáis matando el honor, la razón, la esperanza. ¡Cómo se entiende! ¡por ambos lados Francia! ¡Deteneos! vuestras victorias sólo luto producen. Cada cañonazo de francés á francés lanza (pues el atentado remonta á su fuente) la muerte ante él, y detrás la vergüenza. ¡Verter, confundir, después de Septiembre y Febrero, la sangre del campesino, la del obrero, sin parar mientes en ello cual si se tratara del agua que mana de la fuente! ¡Los latinos contra Roma y los griegos contra Atenas! ¿Quién ha decretado tan lúgubre matanza? Si hay algún sacerdote que diga que Dios así lo quiere,

¡miente! Pero ¿qué viento sopla? ¿cómo? ¿ni un instante lúcido? ¡Encontrarse héroes desempeñando el oficio de fratricidas! ¡Qué abominación!

Ved en el cielo, en vuestras frentes, flotar la bajeza, el oprobio, la afrenta. Y contemplad allá arriba esa bandera de osario, negra como la mortaja, blanca como el sudario. Tened siquiera una mirada para vuestra propia caída; ved flotante el pabellón prusiano, pabellón de luto. Este insolente harapo acecha todos vuestros actos. Vosotros no le veis, mientras que él, sombrío, os está contemplando; es como el Egipto por encima de los hebreos, pesado, siniestro, estribando toda su gloria en aparecer tenebroso. Tenéisle en vuestra propia casa, y reina. ¡Ah! la guerra civil, triste después de Austerlitz, es una vileza después de Sedán.

¡Repugnante aventura! Han resuelto jugar á cara ó cruz la patria y el porvenir. ¡Insensatos! ¿no hay nada más urgente que plantar vuestras tiendas alrededor de ese muro? Vuelves á empezar la guerra teniendo aún en los flancos ¡oh París, oh león herido! el sangriento venablo. ¡Cómo! ¡abrirse una llaga antes de estar cerrada la otra! Pero notad que el país que estáis hiriendo es el vuestro; esta madre que se desangra es vuestra madre. Y luego, la miseria, la mujer y el niño sin apoyo, falto de pan el trabajador, y el cúmulo amenazador de problemas, mientras que vosotros, encarnizados unos contra otros, envenenáislos sin resolver ninguno, lo mismo el retórico, que el soldado, que el tribuno.

Ensanchais el abismo en vez de levantar un faro sobre él; por ambos lados idéntico són execrable, la misma gritería: ¡Muerte! ¡guerra!—¿Contra quién? ¡Responde, Caín! ¿Qué significan esos soldados espada en mano, humildes ante Prusia, altaneros contra Francia? ¡Economizad vuestra sangre para el día de

la liberación! ¡Cómo! ¿nada de remordimientos? ¿completa desesperación? Mas ¿quiénes son esos hombres que se complacen en la vergüenza? ¡Oh cielos! oprobio para aquellos, sean quienes fueren, que se asocian sobre ese pavés de sombra y de asesinato, que forman un pedestal con las públicas desdichas, que encarnizados en duelo tan fatal soplan sobre el indignado pueblo, sobre el servil raitre y sobre los dos tizones de la guerra civil; que aprisionan á la ciudad eterna, reedificando en el horizonte la muralla de odio eterno, y meditan no sé qué infame victoria, los derechos destrozados, Francia asesinando á su alma, París muerto, el astro apagado, y no tiemblan ante la horrenda y estrepitosa carcajada del enemigo.

V

Nada de represalias

No acostumbro hacer doblegar las palabras en que creo, tales como razón, progreso, honor, lealtad, deberes, derechos. Nadie va á la verdad por un camino oblicuo. Sé justo; así se sirve á la república: el deber hacia la misma está en la equidad por todos. Nada de cólera, pues sin dulzura no puede haber justicia. Soberana es la revolución; el pueblo un luchador prodigioso que arrastra el pasado hacia la sima y le empuja dentro con el pie. Sea: pero en medio de la sombra que me rodea no conozco otra majestad que tú, ¡oh conciencia! Todavía no he perdido la fe, y mi candor dimana de la experiencia. A los que he abatido no los destrozo. Mi círculo constituye mi derecho, y el suyo es mi compás; que todo se equilibre entre mis enemigos y yo, pues si los veo atados no me siento libre: mis rodillas se gastarían solicitando perdón á verter yo sobre ellos lo que lanzaban enci-

ma de nosotros. Nunca diré: «Ciudadanos, el príncipe que se levanta en favor nuestro, contra nosotros agota sus fuerzas; honremos la rectitud despidiéndolo; la probidad se apareja con el expediente.» Tampoco iré á recoger, á tal punto temería las consecuencias, mi lógica en los impuros labios de los jesuitas. Jamás diré: «Violemos la verdad;» ni tampoco: «Ese traidor, gracias á su perversidad, ha merecido que yo sea inicuo; reemplazo al leproso, pues me comunica su enfermedad; y ante el mismo hombre, para mí hoy será virtud lo que ayer constituía maldad en él. Era mi tirano, ahora será mi víctima.» El talión no es un reflujo legítimo. Mañana quiero ser lo que ayer fuí. No me será dado tomar en mis manos un crimen, diciendo: «Este crimen era su proyectil; encuéntrolo infame y útil á un tiempo: de él me sirvo, y hiero, ya que fuí herido á su vez.» No, quedará engañada la esperanza de verme rebajado. ¡Cómo! ¿he de ser sofista cuando fuí profeta? Mi triunfo no puede renegar mi derrota; pienso mantenerme el mismo después de tanto vivir, y que en mí el vencedor sea fiel al vencido. ¡Oh Dios mío! inútil que me adviertas; no conozco dos justicias así como tampoco conozco dos soles; allí están nuestros caídos enemigos. Su libertad y la nuestra ¡oh vencedores! es la claridad misma. Al apagar nuestros derechos apagámos nuestros astros. Si después de tantos desastres no puedo obrar el bien, siquiera no quiero hacer mal á nadie.

Para los reyes la quimera, para el pueblo el ideal.

¡Cómo se entiende! ¡expulsar á éste, arrojar á aquél en las mazmorras! ¡Nunca! ¡Declarar que las cárceles, los enverjados, los barrotes, los carceleros y el tenebroso destierro, malos para nosotros, son buenos para ellos! No, jamás arrebataré la patria á nadie. En mi cabellera tiembla un resto de huracán; comprén-

dese que, antiguo expulsado, no quiera dar un paso fuera de lo justo y lo honroso; veinte años de destierro hanme dado el austero derecho de oponer á los furores solitaria negativa, cerrando mi alma á la ciega iracundia: si veo los siniestros calabozos, los cerrojos, las cadenas amenazar á mi enemigo, éste me inspira amor, y doy asilo hasta al que me ha proscrito: he aquí lo que tiene de bueno el destierro. Si fuese Jesucristo, salvaría á Judas.

Jamás me mancharé con un acto de venganza. Un castigo harto rudo trae consigo demasiada indulgencia, y llegaría á enternecerme si viese torturar á Caín. ¡No, jamás oprimo! ¡nunca mataré! Jamás ¡oh Libertad! tendrás que sorprenderte de lo que mis manos destrocen. Para servirte, pueblo mío, en este siglo fatal, renuncio á todo, hasta al nativo suelo, al techo do abrí los ojos á la luz del día, á mi nido, á mis sepulcros, al cielo azul de Francia surcado por la inocente paloma, á París, sublime campo del que fuí segador, á la patria, al paterno hogar, á la felicidad; pero entiendo mantenerme puro, sin mancha y sin imperio. No abdicaré del derecho que me asiste á la inocencia.

VI

El pensador aparece lúgubre en medio de la soledad. Ha dejado de ser el tranquilo espíritu, grave en su actitud, despidiendo sus ojos relámpagos de indignación: ya no es libre, la cólera le domina; ha quedado prisionero del aborrecimiento. Él, hermano que apaciguaba al hombre en su gehenna; él, cuya vida se desparramaba en torrentes de amor; él, consolador, hoy se trueca en ser maldiciente. Él, que creía no tener que soportar más sufrimientos que los propios del género humano, sufre ahora viendo el

desgarramiento de Francia; reconoce que existe en la tierra un rincón sagrado, la patria, caro aun para un corazón desmesurado, y que á veces amarga el alma del discreto, el cual se convierte en hijo al querer desangrar á su madre.

Sin duda que no siempre será desesperada su situación. Algún día su mirada recobrará gradualmente los augustos rayos del alba después del eclipse; veráse, es cierto, después del infame apocalipsis, reaparecer en él lentamente los blancos resplandores que Dios imprime de noche en la frente de los investigadores, al par que envía al hombre sumido en un antro, en un presidio, la luz del grande astro oculto detrás de la montaña. Sí, renacerá la paz; los pueblos se amarán. Mientras tanto, brama y medita. Para ese genio la afrenta constituye nueva majestad. Posee resplandores de furor infinito; salvaje, amenaza. Detrás, unión, contento, amor. La paz débese al cisne, la guerra al buitre. ¿Por ventura no se conoce que llora á su patria?

Él lanza a los vientos su estrofa irritada y marchita; por momentos mira á lo lejos, sumamente hastiado; diríase que, sacudiendo con fuerza su melena, hace huir los monstruos de su presencia; parece un espectro errante falto de guarida; su planta huella inquieta el traidor y poco firme suelo.

¡Desolación! la noche no está estrellada y el cielo ha perdido su azur; Europa vese encadenada; en lugar de Francia aparece un cadáver. Ha sido vencida la luz, obteniendo la victoria la nada: el porvenir se desdice, la gloria se desmiente; ya no hay honra, ni fe; sólo rebajamiento, olvido, oprobio, una oleada de cobardía que va subiendo.

Él siente el áspero aguijón de tanta vergüenza, sentándole á maravilla el porte de temible herido. Ese león cojea, gracias á la espina que se ha clavado en el pie.

VII

¡Oh vosotros, quien quiera que seáis, empeñados en ser amos, os compadezco! Viles, malignos, feroces, cobardes, traidores, pereceréis en manos de los que creéis dominar. El presente es el yunque do se forja el porvenir. La araña es más tarde cogida en sus propias redes. Si arrancabais el velo de los negros sucesos reconoceríais (temblorosos, desnudos, crucificados) en esos ocultos verdugos vuestras pasadas faltas: detrás de él el asesinato, la embriaguez, el éxito, la gloria dejan una baba que algún día fuerza será tragársela; ahogando en vosotros la enemistad, la rabia, llegaréis á compadeceros de vosotros mismos. El gasto de sangre inocente constituye una deuda; la mella del violento esfuerzo que practicáis para consolidar eternamente vuestra posición de reyes y de dioses, volverá á presentárseos cuando caigáis: vuestro furor recae sobre vosotros y os castiga; el rayo que os hiere lo soltasteis vosotros mismos, hasta el punto de que la suerte da dos nombres á la misma acción: primeramente crimen, más tarde castigo.

VIII

Mientras muge el mar y corren las olas, y sobre el horizonte se derrumban los tumultos, ese vigilante (el poeta) hase encaramado en su observatorio. Su único deseo es que la concordia acabe por imperar.

Anteriormente, durante los enlutados periodos como el que estamos pasando, el pensativo poeta sólo se confundía con los hombres para desarmarlos é infundirles la ternura de su corazón: amaba al vencido sin odiar al vencedor; suplicaba al ejército y á la ciudad. A los vivos cegados por la guerra civil mostrábales la claridad de lo verdadero, de lo grande, de lo

bello, hallándose más que ellos inclinado hacia la tumba; y este hombre, en medio de un mundo inexorable, erá el mensajero de la venerable paz. Gritaba: ¡Ah! ¿aun no se ha sufrido bastante? ¿el cansancio no llegará á hacernos buenos? La función de esa voz pasajera era pedir á todos, para todos, ¡paz! ¡compasión! ¡favor! Los deberes son idénticos hoy día. El poeta, junco humilde, cuenta con su corazón por apoyo; quiere que el hombre viva, que el hombre cree. El cielo, mansión desconocida y sagrada, por medio de su bondad prueba la dulzura eterna; la radiante poesía es hermana de la clemencia al par que de la armonía, afirmando lo verdadero negado por la cólera: lo verdadero es la esperanza, es la bondad, y la fraternidad constituye el gran rayo del arte. ¿De qué sirve agravar nuestra suerte con el odio? ¡Oh! si fuese dado al hombre escuchar la gehenna, si se poseyera el obscuro idioma de los infiernos, de esa profundidad do se oye el chocar de los hierros, de ese caos mansión de horrorosos destinos, de todos esos pobres corazones, de esas bocas condenadas, de ese llanto, de esos males sin fin, de esas iracundias, apercibiríase este sombrío canto: ¡Amémonos los unos á los otros!

El huracán, el océano, la tempestad, el abismo y el pueblo tienen por ley la sublime pacificación; una vez llegada la hora del ayuntamiento, el desatinado antro da un beso á la tierra. Pues nada se muestra arrebatado, terrible, desenfrenado, libre, convulsivo, despavorido, loco, á no ser por el equilibrio, necesitándose que todo ceda á las ramas del compás, ya que no es duradera la indignación de las ondas: furiosa es la espuma, pero no eterna; el más indómito aquilón acaba por plegar sus alas; la noche conduce al alba, apareciendo el sol; todo huracán termina con este perdón: el azur:

MAYO

I

Los dos trofeos

*

Este siglo ¡oh pueblo! ha presenciado tus obras sobrehumanas. Hate visto reamasar la Europa. Mostraste la nada del cetro y de las coronas con tu modo de fabricar y de derribar los troncos: á cada paso que dabas todas las cosas aumentaban un grado; andabas é ibas sembrando por el despavorido globo formidable masa de ideas: eran tus legiones las desbordadas olas del progreso elevándose de cima en cima. La Revolución te guiaba; sembrabas á Danton en Alemania y á Voltaire en España; tu gloria ¡oh pueblo! tenía por compañera la aurora, apareciendo el día do quiera que asentabas la planta. Lo mismo que se invocara á los griegos se invocaba á los franceses: destruías el mal, el infierno, el error, el vicio, aquí la Edad Media y allá el Santo Oficio. Magnífico, luchabas contra todo lo perjudicial; tu reciente claridad tragábase la noche; toda la tierra estaba confundida en tus resplandores, y mientras te remontabas hacia tu estrellada vía, admirábante los hombres, aun en tus reveses; á veces te cernías por el espacio, y durante veinte años el universo. del Tajo al Elba y

del Nilo al Adigio, constituyó el deslumbrado rostro y tú el prodigio; y todo desaparecía (no lo olvides, Historia), hasta el jefe gigante, ante el pueblo titán.

De ahí dos monumentos levantados á tu gloria, el pilar del poder y el arco de victoria, constituyendo entrambos tu mismo ser ¡oh pueblo soberano! El uno es de granito, el otro de bronce.

Util es pensar que en otro tiempo fuímos vencedores. ¡Oh! ¡cómo van á ser guardados esos dos monumentos, espanto de la hostil Europa, y cómo serán vigilados día y noche con amor sombrío! ¡Ah! un testigo de otra edad casi es un vengador. Nosotros, á quienes se ultraja, invocaremos los hechos que aquellos representan, pidiéndoles el ardor que se necesita para castigar. ¡Ah! ¡cómo buscará nuestra melancólica mirada en ese fiero metal y en ese mármol altivo á los indómitos veteranos, hijos de la República! Porque la hora de la caída es la hora del orgullo; porque á los ojos del enlutado pueblo la derrota viene á aumentar el bravío resplandor de los trofeos, recobrando los ánimos su perdido calor. La visión de los grandes es saludable para los pequeños. Eternizaremos esos monumentos edificados por los muertos, cuya obra extraordinaria sobrevive. Esos muertos, en otro tiempo poderosos, asemejábanse al trueno, oyéndose todavía el estrépito de sus pasos; y los pálidos vivos de hoy son ¡ay! menos que ellos en la luz y más que ellos en la fosa.

¡Oíd, es el azadón! ¡oíd, es una bomba! ¿Quién ordena el bombardeo, quién la demolición? Vosotros.

*

Tiembla el pensador, cual el anciano rey Lear que habla á la tempestad y evita los reproches. ¡Qué señales más espantosas! ¿Acércanse por ventura días fatales? ¿Acaso puede asesinarse al porvenir? ¿acaso

muere un siglo cuando aun no ha nacido el que le sigue? ¡Vértigo! ¿de quién es presa París? Un poder le mutila, otro poder le hiere con sus rayos. De suerte que dos huracanes están luchando en el Sahara, émulos entrambos en la destrucción. Pueblo, esos dos caos obran mal; por mi parte censuro así el firmamento que truena como la tierra que tiembla.

*

Sea. De esos dos poderes, cuya cólera va en aumento, el uno tiene la ley en su favor; el otro el derecho; Versalles posee la parroquia y París la *commune*; empero sobre ellos, por encima de todo descuella Francia una; y además, cuando la situación es de lágrimas, ¿conviene devorarse mutuamente? ¿ha sido bien escogida la hora para la lucha? ¡Oh fratricidio! Aquí todo el frenesí de los cañones, de los morteros, de la metralla, y allá el vandalismo; aquí Caribdis, y allá Scila. Pueblo, ellos son dos. Al triturar tus ahogados esplendores, cada uno arranca á tu gloria uno de tus dos trofeos: vivimos en días siniestros y nuevos, y de esos dos poderes extrañamente rivales, para quienes golpea el martillo y levanta torbellinos la metralla, uno toma el Arco Triunfal y el otro la Columna.

*

Pero, trátase de Francia. ¡Cómo se entiende, franceses! ¿Acaso derribaríamos lo que permanece de pie sobre los negros horizontes? ¡Aquí está la grandiosa Francia! ¡Qué importa Bonaparte! ¿Por ventura se para mientes en un rey al contemplar á Esparta? Quitad de en medio á Napoleón, y reaparece el pueblo. Derribad el árbol, pero respetad al bosque. Todos estos grandes combatientes, dando vueltas en

esas espirales, poblando los campamentos, las torres, las capitanas, salvan murallas y puentes, fosos, ríos, pantanos: es la Francia asaltando el progreso. ¡Justicia! quitad de delante á César, y en su lugar poned a Roma. Que se vea en esa cima un pueblo y no un hombre; condensad en estatua sobre el pedestal la muchedumbre que da vida al París caballeresco, vengador de los derechos, vencedor de la feroz mentira. ¡Que el hormigueo termine en el coloso! Fabricad esa estatua de un metal tan puro, que no se vislumbre en ella nada de obscuro ni de fatal; encarnad en la misma la multitud, y la gente de pro, y que ese pueblo gigante y ese gran estilita iluminen el camino del lejano ideal, radiante la frente y empuñando la espada.

Respeto á nuestros soldados, nada igualaba su talla; la Revolución muge en el fondo de sus cien combates. La Marsellesa, espanto del obscuro mundo antiguo, allá es piedra, aquí bronce, y de estos dos monumentos parte una exclamación: ¡Rescate!

*

¡Cómo! ¿con nuestras propias manos destruimos la Francia? ¿somos nosotros los autores de tamaño atentado? ¡Nos lanzamos sobre este doble trofeo, envidia de los teutones, empuñando la antorcha y la maza, y todos á la vez, en tropel! ¿Es decir que nuestra gloria se derrumba al impulso de nuestros propios golpes? La destrozamos por arriba, por abajo, de cerca, de lejos, siempre, en todas partes, teniendo á Prusia por testigo. ¡Oh patria desatinada! ahí están aquellos á quienes fué entregada y vendida tu invencible espada, ahí están los que derribaron al hombre de Ham. Delante de Reichshoffen bórrase Wagram; Marengo es tachado de la lista, sólo queda Waterloo. La altiva página muere bajo la presión de la página

funesta; lo que mancha sobrevive á lo que brilla, y para conservar Forbach se suprime Jena.

. . . . . .

. . . . . .

¿Dónde están ¡oh Francia! los Charentones y los Bicêtres? ¿Por ventura los antepasados, esos vencedores de Brunswick, de Coburgo, de Bouillé, no van á levantarse de sus tumbas, terribles, sacudiendo su viejo sable enmohecido, buscando en el firmamento la gran aurora desvanecida? ¿No es un hecho inaudito el verse expulsados violentamente de la historia por los vencidos hijos, ellos que se prodigaban sin jamás decir «¡bastante!» ellos que tuvieron al Papa y á los reyes, la negra sombra y el pasado cautivos y cercados en medio de su gloria, ellos que bloquearon el mundo antiguo, ellos vencedores? ¡Ah! este último golpe después de tanto infortunio, y la incurable paz de la que sangran dos úlceras, y todos esos vanos combates, Avron, Bourget, el Hay, después de Strasburgo incendiado y de París vendido. ¿Acaso no había sido puesta á prueba y bastante vejada la Francia?

Si Prusia, acostumbrada al salvaje orgullo, viendo hinchados por el aquilón sus negros estandartes, y manteniendo bajo sus pies á París, nos hubiese gritado:—Quiero que vuestras glorias desaparezcan, franceses, ahí tenéis dos restos que me aburren; este pilar de bronce y este arco de piedra, fuerza es que los hagáis desaparecer: aquí levantad un andamio, allá colocad unos cuantos cañones, y demoled el uno, ametrallad el otro, yo lo mando; ¡oh furor! cómo se hubiese dicho: ¡suframos! ¡luchemos! ¡esto es demasiado, sobrepuja todas las afrentas! ¡la muerte cien veces! los que fenezcan serán la alegría de nuestros corazones! Cómo se hubiera dicho: ¡Jamás! ¡jamás!

Y sin embargo, ¡por vuestro propio impulso derribasteis el bronce y ametrallasteis la piedra!

II

Los siglos son patrimonio de los pueblos; ellos sólo pueden disponer del momento fugaz, y lo sutilizan. ¡Oh extraña lucha! ¡oh encarnizamiento! Todos cortan con estrépito una rama del árbol. Vense saltar las partículas de bronce y las de mármol, cayendo la columna romana, así como el arco francés. ¿Qué se diría de tí ¡oh Venecia! si lanzabas al viento tu león de San Marcos? La historia es acuchillada y agoniza la gloria. Piénsese lo que se quiera de la Francia de ayer, de este rudo ejército y de este pueblo altivo, era ilustre lo que este siglo en su tercer lustro soñara, intentó, quiso. ¿Por qué buscar que el país quedara reducido á la nada? ¿Por ventura hase creado algo para los desheredados y para los trabajadores? ¿Se han cerrado los presidios? ¿se han abierto las escuelas? Destrúyese Marengo, Lodi, Wagram, Arcole; y, ¿siquiera se ha fundado el derecho universal? ¿Tiene el pobre un hogar, y fuego, y pan, y sal? ¿Hanse colocado el taller y la cabaña al amparo de una ley inmensa de vida y de luz? ¿Hase deshonrado la guerra renunciando á la loca y siniestra efusión de sangre? ¿Hase confeccionado nuevamente el código á imagen del justo? ¿Se ha erigido el altar de la augusta clemencia? ¿Hase levantado el templo do la caridad se condensa en razón y truécase en libertad? ¿Se ha dotado al niño y emancipado á la mujer? ¿Hase plantado en lo más hondo del alma del hombre el árbol de la verdad, creciendo del decreciente error? ¿Ofrécese al progreso, que se revuelve en la estrechez, alguna holgura de horizonte y de ruta? No, ruinas, nada. Sea. Por lo que á mí toca, dudo que baste con decir al pueblo murmurador: Lo que se obra es pequeño, y grande lo derrumbado.

III

París en llamas

*

¿Hasta dónde llegarán los horrores? Oigo decir en voz baja: ¿Por qué no? ¿Y Moscou? ¡Ah! este espantoso asesinato es una imbecilidad. ¡Suprimir la Agora, el Forum, el Pecilo, la ciudad que resume Atenas, Roma y Tiro; hacer de todo un pueblo un inmenso mártir, trocar el día en noche, la Europa en China, porque hubo un oso llamado Rostopchin! ¡Que arda París, ya que ardió Moscou! Porque Rusia adoró su cabestro, porque quiso, reduciendo á cenizas su ciudad, expulsar á Napoleón para conservar á Alejandro, porque esto agradó al muelle czar, porque, fija la mirada en la cruz de oro de Iván, un bárbaro ha salvado á su país valiéndose de un crimen, ¡hay que arrojar á la estrellada Francia en el abismo! Pero vosotros que hacéis traición á los derechos del pueblo, cometéis el crimen al par que perdéis el país. Ese Rostopchin es grande, mas con grandeza salvaje: tiene la estatura que puede alcanzar la esclavitud, y dicho hombre, empuñando una antorcha, penetra en su patria y sálese del género humano: es el viejo y negro escita, es el antiguo gépido, que se muestra feroz, sublime y estúpido á un tiempo; sábese lo que ha hecho, mas ignórase si comprendió sus obras; sería un héroe á tener talento. Sobre la cúspide de los siglos lucen cuatro llamas sombrías: una do brilla altanero, vil, rey de las glorias infames, el asesino de Éfeso emboscando su clarín; la otra ofrécenos á Omar y la otra al cantor Nerón; como éstos, Rostopchin alumbra la historia. De estos cuatro resplandores, el suyo es el menos negro; pero vosotros, ¿qué queréis imitar?

¡Inclinaros sobre París! ¡encender la quinta pira! ¡Cómo se entiende! ¿por ventura está destinado París á derretirse como la nieve? ¿os equivocáis hasta el punto de confundir la ciudad perjudicial con la útil? Moscou es la siniestra Babel del desierto, el antro donde cojea la razón, donde la verdad mira de través, ciudadela del fraile y del boyardo, indómita al extremo de que ningún género de progreso pudo encarnarse en ella, nido de gavilanes del que partió un buitre, Pedro. Moscou era el Asia y París es la Europa. ¡Cómo! ¡se envuelve con el mismo sudario inepto y quiérese que en la misma tumba quepan Moscou, triste pasado, y París, representación del porvenir! ¡Qué importa que Moscou no exista! Quitad, en cambio, á París, y veréis surgir la sombra. La brújula se ha perdido y naufraga la nave; el progreso estupefacto no sabe por dónde anda. Si arrancáis al género humano ese ojo enorme, el cíclope queda ciego, y, aparte los hechos posibles, marcha á tientas lanzando horribles gritos. Desciende la pendiente en dirección á lo desconocido.

*

Sin París, el porvenir nacerá reptil y desnudo; París presta un manto de luz á las ideas. Basta que sólo lance una mirada sobre los errores, para que éstos tiemblen súbitamente y se derrumben, deslumbrados por la radiación de sus ojos. Así como bajo el templo está la cripta, y bajo Grecia el Egipto, y bajo el Egipto la India, y bajo la India la noche, bajo París, edificado por el tiempo y las razas, al cavar se encuentra toda la vieja historia. La conquista de París fué una victoria para el hombre; si ahora se le arrebata, tanto vale uncirlo al carro de la servidumbre; se frustra su labor, se le roba la gloria alcanzada. ¡De qué sirve la lucha si todo ha de desaparecer!

Tebas, Ellorah, Menfis, Cartago, y la moderna Londres, todos los pueblos unidos por venerable himeneo, han creado el alfabeto de la razón y del deber humano; París constituye su libro. París reina, y cuando existe, liberta. Mientras se mantenga en pie, el mundo está tranquilo.

Tiene por emblema una embarcación que despliega su bauprés como un cetro; hace el gran viaje, partiendo de la ignorancia y remontándose hasta el pensamiento. Sabe el itinerario y ve el fin; va más lejos de lo que se quisiera, sube más alto de lo que se soñó, pero siempre llega; busca, crea, funda, y lo que París halla es en provecho del universo entero. Una evolución del globo quiere á París por eje y tómale por astillero, y sólo es universal cuando francesa. Londres tiene su Carlos I, París su Luis XVI; Londres mató el rey, París la monarquía; aquí el hachazo queda limitado á un hombre, allá son la monarquía enorme y decrépita, el pasado, la noche, el infierno, los decapitados. Una palabra que París profiera vale tanto como una embajada; París siembra leyes en lo más hondo. Incesantemente, á través de la sombra y de la malsana niebla, sale de esta fragua, de este banquete, parlante llama, que con sus lenguas de fuego llena el azulado firmamento. A cada momento vese una gavilla de sublimes ensueños que, empuñando la antorcha ó la espada, huyen de París desparramándose por el orbe. Dante llega á esta ciudad para escribir sus primeros versos; en ella construye Montesquieu las leyes, Pascal las reglas, y desde París emprenden su vuelo todas las águilas.

París quiere que todo ascienda hasta un grado supremo, levantando el ideal sobre lo desmesurado; en apoyo del progreso y de las ideas emplea razones de cien codos de elevación, teniendo por cima y refugio la majestad de los principios rodeados de altiva cla-

ridad. El indómito pico de la verdad, he aquí su acrópolis; extrae á Mirabeau del siglo de Walpole. Este París que en todo tiempo hace cuanto puede en bien de los otros, á veces es Sibaris, nunca Lilliput. Nace para la maldad donde cesa la grandeza; la pequeñez acarrea la bajeza, pero París nunca es pequeño, sino gigante, aunque se vea cubierto de polvo y reducido á la nada. Bueno es el fondo de sus furores; jamás el odio viene á turbar su augusta cólera ni á embarazarle; el cuerpo enternécese más bien cuando entiende el espíritu, y para ser el mejor ha de mostrarse el más grande. De ahí la dignidad de París, su lógica de sufrir por el hombre con trágica dulzura, y la fraternidad que muge en su iracundia. Témenle los tiranos en el campo y los buhos en sus madrigueras, pues al desear la paz desea la aurora. Abre un lecho á la tendencia humana, todavía obscura y vaga, fíjala un fin, dala un sentido; conoce las vertientes de lo justo y de lo injusto, auxiliando á aquélla para que se desparrame del lado del alba. Ciertos problemas constituyen frutas de oro envueltas en cenizas; el fondo de uno es Todo, el de otro Nada; si se busca con demasiado ahinco el bien, es fácil dar con el mal. París sabe esto y elige lo que debe vivir. A veces el derecho truécase en vino embriagador; París despertó todas las pasiones para calmarlas después, y su gran ley «Combatir» tiene por principio «Amar». París admite la agapa, pero no la saturnal, siendo él quien de improviso apunta la frase celeste del infernal enigma al desconcertado esfinge.

Donde dice el esfinge: Caos, París escribe: ¡Libertad!

¡Ilustre cuna, centro brillante y sonoro, aurora de todo porvenir! ¡Oh sagrado punto de reunión de todos los mañanas! ¡punto de intersección de los vastos pasos humanos! París, ciudad, talento, voto; tú hablas, tú redactas, tú decretas, tú quieres. En tí todos

los prodigios se mancomunan. Si se mueve tu pavimento, todo tiembla, desde el paria de la India al negro del Darfour. En tu nido hace su muda el humano espíritu: idioma nuevo, derechos nuevos, nuevas leyes, ser francés después de haber sido galo, débete todos estos grandes cambios de plumaje. No importa quién seáis, no importa quiénes sean vuestros magos, vuestros doctores, vuestros guerreros, vuestros jefes, sea cual fuere vuestro esplendor vislumbrado entre sombras, ¡oh ciudades! aunque fueseis faros constelados; no importa cuáles sean vuestros palacios, vuestras torres, vuestros propileos, vuestras luces, vuestros rumores, vuestro hormigueo, el género humano gravita alrededor de ese imán llamado París, abolidor de las vetustas costumbres serviles, y no os será dado reemplazarle, ni una vez muerto consolar la orfandad del universo. No, no podréis conseguirlo, ni tú, Londres, ni tú, Berlín, ni tú, Viena, ni tú, Madrid, ni tú, Bizancio, á no ser que disfrutéis del poder que ella tiene, la alegría, y de su extraña fuerza, la bondad; á no ser que como el delicioso y temido París tengáis ese relámpago, el amor, y que seáis océano para los arroyuelos y sol para los planetas. El género humano quiere que su ciudad lleve impresa en la frente la aureola y en la mirada la pronta y vivaz risa; que sea grande, alegre, heroica y colosal, y se mantenga dueña suya al par que esposa.

¡Y decir que esa obra augusta, edificada por el cúmulo de los años, industriosos y lentos, que la ciudad heroica, la ciudad profética, decir ¡oh eternos cielos! que la maravilla producto de veinte siglos pensadores, pacientes y profundos, que crearon la llama que nos da calor, colocando dicha ciudad en el centro de la esfera, quedaría aniquilada en una hora de locura!

*

Año sombrío. Epopeya en tres libros repugnantes. Los hombres jamás presenciaron cosa más grave. Atila, luego Caín, y ahora Erostrato.

¡Oh miserable antorcha, abyecta, ciega, ingrata! ¡Cómo! ¡dispersar á todos los vientos la ciudad única! ¡Este París que con su corazón llena á los vivos, y hace cernerse al que se arrastra y pensar al que vegeta! ¡Arrojar París al fuego así como el pastor arroja en él con el pie un tizón! ¡Sacrificarlo todo, el granero del pan, la Biblioteca, arco do se levanta el alba, insondable A B C del ideal, donde pensativo sueña el progreso, lector eterno, resplandeciente puerta abierta al final del negro túnel, granja do ha instalado su inmensa gavilla el espíritu del hombre!

¿Para quién trabajáis? ¿á dónde llega vuestra demencia? Dos fases se contemplan aquí abajo, el día y la noche, el áspero Odio y el poderoso Amor; dos principios, el bien y el mal, se abofetean, y dos ciudades, que constituyen dos misterios, reflejan ese choque de dos relámpagos ante nuestros ojos emocionados, y Roma es Arimanes y París Ormus. Roma es el altar mayor do humean los viejos dogmas; en la cúspide de París espuman en purpúreos raudales y en plena erupción todas las verdades. La justicia, lanzando irritados rayos, la libertad, el derecho, esas grandes y virgíneas claridades, frente de Roma, donde los cirios vacilan, es el volcán de las revoluciones de París. Aquí la Casa Consistorial y allá el Vaticano. Si se suprimía el uno sería en beneficio del otro: Roma odia la razón de que es apóstol París. ¡Oh desdichados! ved á dónde vais á ser arrastrados; ante la lamparilla apagáis el Etna, y sólo quedara este vil resplandor. ¡Prospera el Vaticano donde muere la Casa Consistorial! ¡Luto! ¡locura! ¡inmolar el alma al negro sudario, la palabra á la mordaza, la estrella al apagaluces, la verdad que salva á la men-

tira que hiere, y el París del pueblo á la Roma del Papa!

*

¿Puede ser decapitado el género humano?

¿Os imagináis desvanecida esta altiva ciudad que fué la palabra de las naciones, su oído, su vida, su alma? ¿Os representáis á los pueblos buscándola? Ya no se ve su fanal, ni se oye su canto. Era nuestro teatro y nuestro santuario, desempeñando en el globo el papel de un estatuario esculpiendo el hombre futuro á mazazos.—Cuando trabajaba el universo estaba en espectación; era lo eterno y lo inmortal. ¿Qué cosa horrible ha acontecido, pues? ¿dónde está ahora? ¿Os la figuráis deteniéndose de improviso? ¿Qué significa este lienzo de pared que ha quedado en pie? Es el Panteón. Este bronce desparramado es la Columna; este panteón do hormiguea un enjambre de cuervos, es la Bastilla. En aquel indómito, silencioso y deslucido rincón se levantaba Nuestra Señora. La limaza y el gusano, augustos ornamentos de los escombros, manchan las piedras con su baba; ni un solo techo ha quedado de esas casas que reflejaban las estaciones del progreso humano, ni una de esas torres, preciosas sombras; nada de puentes ni de muelles: estanques bajo hierbas, un río extravasado en la obscuridad, vuelto informe, dirigiéndose á la desconocida arboleda; el vago rumor del agua que arrebataba el triste viento. ¿Comprendéis el efecto que produciría semejante cadáver?

Mas ¿quién ha arrojado ese tizón al fuego? ¿Qué mano, atreviéndose á matar con el día presente el mañana, intentó esa ruindad, ese sueño, ese misterio de abolir la ciudad astro, alma de nuestra tierra, centro en quien respiraba todo cuanto se quería ahogar? No, no eres tú ¡oh pueblo! el autor de tamaño

atentado; vosotros, los extraviados, no sois culpables. El venenoso enjambre de causas impalpables, los viejos hechos convertidos en invisibles, os han turbado el alma, y sus alas azotaron vuestra frente; os sentisteis embriagados de negra sombra; el tábano os perseguía con su acre picadura; rojo resplandor flotaba ante vuestros ojos, y habéis sido el toro furioso. Culpo á la Miseria, y llevo al banquillo de los acusados á ese ciego, á ese sordo, á ese bandido, á ese bárbaro, el Pasado; denuncio ¡oh monarquía, oh caos! tus viejas leyes de donde han salido las viejas plagas. Ellas pesan sobre nosotros, en el siglo en que vivimos, con el peso de la horrorosa ignorancia de los hombres; ellas nos convierten á todos en hermanos enemigos; sólo ellas han hecho el mal; ellas han colocado la inepta antorcha en manos de los implacables dolientes. Ellas forjan los nudos de bronce, los espantosos cables, los dogmas, los errores con que se intenta ligarlo todo, achican la escuela y cierran el taller; su palacio tiene una mísera excrecencia, el puestecillo. Ellas hacen ver de través al día y convierten en miope la mirada; pliegan las voluntades bajo el sofocante yugo; venden un poco de aire á la cabaña, al niño el alfabeto de la mentira, á todos la falsa claridad; abren mal el surco y perfectamente la fosa; no saben qué cosa es enseñar, sosegar; tienen oro para pagar su beso á Judas y carecen de él para satisfacer el viaje á Colón; desde la época de Ciro, de Astiago, de Cecrops, de Moisés y de Deucalión no han dado un paso fuera del cobarde y sangriento talión; entregan el débil á los fuertes, niegan el alma á las mujeres; son imbéciles, son feroces, son infames. Denuncio los falsos pontífices, los falsos dioses, aquellos que carecen de amoríos, y los faltos de ojos. No, no acuso nada del presente, ni á nadie; no, el grito que lanzo y el fúnebre toque que produzco es contra

el pasado, fantasma todavía de pie en las leyes, las costumbres, los odios, en todo. Acuso ¡oh antepasados! pues la hora es solemne, á vuestra sociedad, vieja criminal. La malvada ha hecho cuanto vemos; ella posó sus inmundas manos sobre el alma, sobre todos los rayos y sobre todos los vuelos; ella, poniendo en competencia entrambos mundos, los eclipsó, así como eclipsa la razón por la fe y la fe por la razón; ella fué la que colocó un calabozo en el pináculo de las leyes; ella la que descarriando á los hombres, hasta en Francia, creó la ceguera apellidada ignorancia, cerrándoles las puertas de la ciencia, y, como buena madrastra, al dejar negros los espíritus cubrió de tinieblas los corazones. Acúsola, y quiero que sea condenada. Ella es la que ha producido ese año horroroso. En ocasiones ¡oh inmenso y poderoso pueblo que la detestas! te extravía hasta el punto de producir en tu ánimo espantosos deseos. El apaleado toro se yergue y la emprende á cornadas. Ella ha creado la silenciosa é inconsciente muchedumbre; halo oprimido, rebajado, doblegado, herido todo. El rencor es olvidada cuchilla, pero que vuelve á aparecer; ¡ah! el odio equivale á una deuda. Esta sociedad, producto de los pasados tiempos, hace dos mil años que reina y usurpa nuestros bienes, nuestros derechos, arrebatando algo aun á aquellos que nada poseen; da el pueblo á los parásitos para que le devoren. La guerra y el cadalso, he aquí sus éxitos. Al salvaje emboscado en la selva del mal sólo le ha dejado el instinto del animal, respondiendo de cuanto pueda practicar el hombre. El animal montaraz sale del animal de carga, el esclavo se rebela al ser azotado por su amo, y, apaleado, se oculta en obscuro rincón, preguntando al infierno: ¿Me quieres? Sorprendeos después ¡oh sembradores de tempestades! de que este sufredolores sea vuestro turbafiestas, y que

no os dé la razón tocante á ningún punto; que sea feroz, fatal, sombrío, y que de repente con sus puños sacuda, en medio de nuestra tragedia, el asesinato y el incendio. ¡Digoos que acuso al pasado, á quien se debe todo! Cuando embrutecía al pueblo, triunfaba. Dios es su fantasma y Satanás su ministro. ¡Ah! ha creado la siniestra indigencia que se desangra y se venga á la ventura, convirtiéndose en aborrecimiento cuando sólo es desesperación.

No importa quiénes seáis ¡oh vosotros á los que sirvo y quiero! dolientes que la mano del crimen siembra en el campo del mal, siempre os he compadecido. ¡Oh hermanos! rechazad sin reparo al que os explota y dejaos de advertencias, de defensas y de pavores. Seguid al espíritu que se cierne sobre vuestras cabezas y no al que cojea; remontaos hacia el porvenir, hacia la luz, pero no os dejéis arrastrar. Resistid, resistid, no importa el nombre que lleve, á todo el que os dé un consejo contra el hombre; resistid los dolores, resistid el hambre. ¡Si supierais cuán cerca se estuvo del final!

*

¡Oh! ¡el aplauso de los espectros es terrible! Pueblo, cuando en tu ciudad, lo mismo que en los tiempos bíblicos, se propagó el incendio; cuando, así como Nínive, víctima de Jehová, agonizó Lutecia, edificio de la luz; cuando ardió el Louvre cual techo de bálago, con mil ochocientos treinta y ochenta y nueve; cuando el Sena arrastró rojas sus aguas bajo el puente Nuevo; cuando la Audiencia, escuela do la justicia deletrea, desprendiéndose súbitamente de la Santa Capilla, cayó como un harapo que una mujer descose; cuando de repente la destrucción llenó de púrpura el elevado templo en que durmieron Voltaire y Juan Jacobo, y todo este vasto montón, admi-

ración de los pueblos, cúpulas, arcos triunfales, circos, frontis, pavimentos, de donde brotan resplandores y resuenan voces; cuando por un momento creyóse ver la ciudad gloriosa, la ciudad de esperanza y de azur, trocada en negra mansión, y París disipándose en horrorosa humareda, tan lúgubre resplandor despertó los muertos de sus tumbas, llenándose de fantasmas el horizonte, fantasmas que iban gritando: ¡Oh finados, acudid para ver morir el Oriente! Reían las medusas enseñando sus funebres dientes; el cielo tuvo miedo, estalló la infame alegría de las tinieblas, y la sombra insultó á la antorcha. Torquemada salió del antro y dijo: ¡Bello espectáculo! Cisneros: ¡He aquí la gran pira del Hombre! Sánchez vociferó: Ved el abismo; mira ¡oh Roma! Cuanto lleva el nombre de derecho, principios absolutos, república, razón y libertad, ha dejado de existir. Todos los verdugos, desde Nerón hasta Zoilo, llenos de contento arrojaron un tizón en la ciudad, y Borgia dió su bendición. Czares, sultanes, Escobar, Rufino, Trimalcion, todos los conservadores del antiguo sufrimiento, admiraron diciendo: ¡Se acabó; Francia no existe! Lo que así termina no vuelve á empezar. Brunswick mostró los puños á Danton prohibido; oyóse mugir el becerro de oro en el establo. Y cuando el cielo se pone horroroso, al ver el monstruoso grupo de los hombres de alma negra,—gente sombría que tienen nuestra desesperación por esperanza,—que la muerte bate sus alas sobre tí ¡oh París! tuvo el deslumbramiento de la noche eterna.

IV

¿Es de día ó de noche? ¡Horror crepuscular! La sombra está poseída de inmensa cólera. Cruza el

rayo, y óyense sordos rumores, y nosotros escuchamos, pálido el rostro. El imbécil y negro suplicio hiere á tientas. No luce nada divino, ni sobrenada nada humano. El formidable acaso vaga errante por entre la carnicería y ametralla un rebaño de vencidos, sin saber si piensan obrar un crimen ó llenar un deber. La sombra trágase á Babel hasta sus más altas habitaciones; algunos bandidos han dado muerte á sesenta y cuatro rehenes, y replícase matando seis mil prisioneros. Llórase á los primeros, chancéase á los segundos. El viento que sopla por poco apaga la lamparilla de noche llamada conciencia! ¡Oh noche! ¡oh bruma, hora peligrosa! Los exterminadores parecen blandos, su furor agrada, causando horror todo el que dice: ¡Perdonad! Aquí el ejército y allá el pueblo; es Francia que está desangrándose: la ignorancia degüella á la ignorancia. Cae el derecho; exceptuando Caín, nada se mantiene en pie, flotando sobre todas las cosas un á modo de crimen. El inocente parece negro, hasta tal punto le cubre esa sombra. El uno ha incendiado el Louvre. ¿Y qué es el Louvre? Ni siquiera lo sabía. El otro ¡horribles hazañas! fusila cual un estúpido. ¿Dónde están las leyes? Las tinieblas con sus sombrías hermanas, las llamas, se han apoderado de París, y de los corazones, y de las almas. Mato y no veo á quién; muero sin saber cómo. En confusión el rubio niño, el repugnante presidiario, padres, hijos, jóvenes, ancianos, el demonio con el ángel, el hombre de la idea y el hombre cubierto de lodo, fenecen á un tiempo en no sé qué antro. ¿Sábese por ventura en el furor del incendio cómo grita y brama el bronceado becerro? La sorda muerte ¡oh terror! corta de raíz á la ciega muchedumbre.

V

Una noche en Bruselas

Hay que habituarse á los pequeños incidentes: ayer vinieron á mi casa para matarme. Mi equivocación consiste en creer que este es un país de asilo. Algunos pobres imbéciles lanzáronse de noche sobre mi domicilio, lo cual hizo estremecer á los árboles de la plaza do habito, pero ni uno de sus moradores se movió. El escalo, ardiente, horrible, duró largo tiempo. Juana estaba enferma. Confieso que abrigaba algún temor por ella. Mis dos nietecitos, cuatro mujeres y el que esto escribe, constituían la guarnición de aquella fortaleza. Ningún socorro nos vino de afuera; la policía mostróse sorda, pues estaba ocupada en otro lado. Rudo y cortante guijarro rozó á Juana, que estaba bañada en llanto. Ataque de bandidos en plena Selva Negra. Esos hombres vociferaban: ¡Una escala! ¡una viga! ¡victoria! Estrépito entre el que se perdían nuestras voces de auxilio que no encontraban eco. Dos hombres acarreaban desde el barrio Pacheco una viga quitada á algún andamio. La aurora que despuntaba era un contratiempo para la cuadrilla; así pues, cesaba el abordaje y volvía á empezar. Aullaban como energúmenos. Por fortuna la viga no llegó á tiempo.—¡Asesino!—(Se dirigían á mí) —¡Queremos arrancarte la vida! ¡Salteador! ¡bandido!—Esta escena duró dos horas largas. Jorge había logrado tranquilizar á Juana y la tenía cogidas las manos. Negro tumulto. Aquellas voces nada tenían de humanas. Pensativo, infundía ánimo á las mujeres que oraban, mientras caía una granizada de piedras sobre nuestra ventana. Faltaban allí algunos gritos de ¡viva el emperador! La puerta, aunque ata-

cada con furia, resistió. Cincuenta hombres armados constituían los héroes de esa jornada, y mi nombre era repetido con desesperación: «¡A la horca! ¡matadle! ¡matadle!» Y por momentos, meditando algún nuevo asalto, parecía que aquellos furiosos cobraban alientos; luego, un momento de tregua, reinando obscuro y aborrecible silencio en medio de semejante violación. A lo lejos oíase el canto del ruiseñor.

Bruselas, 29 de Mayo.

VI

Expulsado de Bélgica

«De parte del rey se ordena expresamente al señor Hugo que abandone el reino.»—Y parto. ¿Por qué esa expulsión? Por una razón bien sencilla, amigos. Soy un hombre que cuando se dice: ¡mata! titubea para decir: ¡acogota! Cuando la arrebatada muchedumbre ¡ah! sigue el torrente, yo me permito opinar distintamente; la pena del talión me desagrada, y mi extraño humor prefiere el ángel al tigre y John Brown á Pizarro. Censuro sin pudor las matanzas en grande escala; no bebo sangre; el orden, al estado flagrante, exterminando, aullando, babeando, tratando de morder, paréceme, como soñador que soy, muy semejante al desorden: asisto sin gozo á ese repugnante torneo: ***** contra *****, ***** contra *****. Odio la lid de ferocidad; tengo la mala costumbre de arrojar en la misma cloaca al buscón que anda sin zapatos ó al que va en carretela, sea príncipe ó granuja; mi desprecio es igual para la ruindad á quien se tutea ó para la que se titula alteza; y si es preciso elegir creo que todavía prefiero el crimen cubierto de fango al que se muestra lleno de bordados. Excuso al ignorante, no teniendo reparo en decir que la miseria

explica un acceso de delirio, que no hay que empujar los hombres á la desesperación, que si algún dictador comete una ruín maldad, el hombre del pueblo es tan responsable de ello como puede serlo de una ráfaga de viento el grano de arena. Arrebatada y empujada ésta por el aquilón, forma parte de horrible simoún, parece viva, arde y mata, convirtiéndose en átomo del abismo: obra la catástrofe y el viento el crimen; el viento es el déspota. Si debe herirse en esos obscuros combates, herid arriba y no abajo. Si Rigault fué chacal, no es razón para mostrarse hiena. ¡Cómo se entiende! ¡arrojar á Cayena un arrabal de París! ¡convertir en presidiarios á todos esos hombres extraviados! ¡No! odio la isla de Pinos y execro á Mazas. Johannard es cruel y Serisier infame; sea. Mas, ¿comprendéis la noche que se alberga en el alma del trabajador que en verano carece de pan, en invierno de lumbre, que ve palidecer al recién nacido, desnudo cual gusano, que lucha y sufre con el hambre por recompensa, que nada sabe sino que se le oprime, y que piensa que destruir un palacio vale tanto como destruir un tirano? ¡Cuántos dolores! ¡cuántas huelgas todo el año! Reflexionadlo bien; ¿es un milagro si llega á perder la paciencia?

¿Se creería? ¡En mí siento la conciencia! Cuando oigo gritar: ¡matad! ¡herid! ¡dad de sablazos! llego á pensar que una muerte al acaso es una injusticia; me sorprende de que en nuestros días pueda aprehenderse en París una docena de hombres, diciendo: son con corta diferencia del barrio que fué incendiado; ametrallad en seguida todo esto, y arrojadlos vivos ó muertos en un charco de cal. Retrocedo ante una quejumbrosa fosa; allí están, no lo ignoro, amontonados, varones y hembras ¡ah! y también los pequeñuelos. Culpables, ignorantes, inocentes, yacen en confusión; alrededor del negro osario mi alma bate

sus alas. Si el estertor de los niños me llama desde ese ajugero, quisiera arrancar el frío cerrojo de la muerte; mi alma se conmueve al oir aquellas subterráneas voces. No me agrada que bajo mis pies se mueva algo, y aun no me he acostumbrado á andar por encima de los lamentos de un hombre muerto á medias. He aquí por qué, vencido, imbécil, proscrito, ofrezco un abrigo á los vencidos, un asilo á los proscritos, y á todo el mundo. ¡Sí, á todo el mundo! Mi singularidad llega al punto de ver caer a las gentes sin mostrarles los puños; pertenezco al peligroso partido que perdona, y mañana abriré las puertas de mi casa (pues todo pasa) á los vencedores de ayer si son vencidos. Profeso afecto á Cicerón y á Graco; para obtener mi indulgencia y ablandarme, basta con que vea en la obscuridad una mano suplicante: débil, atrévome á arrojar el guante á los fuertes. Grito: ¡apiadaos! Así pues, soy un bandido.

¡Fuera este monstruo! ¿Está en nuestra casa y tiene la audacia de creerse en la suya, de habitar en esa plaza, en ese barrio, en ese albergue, de pagar las contribuciones, y de pensar que le es dado descansar aquí tranquilamente? Y después de todo, si no se marcha peligra el Estado. ¡Pronto, afuera semejante hombre!

Soy un malvado. Cuando todos están locos, es una traición invocar la razón. Soy un malhechor. ¿Hay que probároslo? ¡Cómo! ¿si viese un cordero en los dientes del lobo, habia de arrebatársele? Creo en el derecho de asilo, en el pueblo, en un Dios clemente, y el clero se espanta y tiembla el senado. ¡Horror! ¡cómo se entiende! ¡profesar por ley no degollar á nadie! ¡ser un hombre que aborrece la venganza! ¡Ese mendigo no alberga en su pecho la cólera ni el odio! Sí, lo confieso, la acusación es verdadera. Quisiera no separar más que la cizaña del grano bueno,

prefiero la claridad al rayo celeste; en mi concepto la llaga no puede curar bien si para ello se emplea la hiel; la fraternidad constituye la gran justicia. Todos se empeñan en destruir; yo prefiero que se edifique. Para mí la caridad vale tanto como todas las demás virtudes juntas; aquellos á quienes se hiere poderosos son curados abatidos; arrástrame la compasión hacia el abismo do se sufre, conceptuando reina esa adorable sirvienta. Trato de comprender para perdonar, y quieto quiero que se examine antes de exterminar. Desagrádame una descarga para resolver un problema. ¿De qué sirve fusilar un muchacho macilento? Quisiera ¡ah! que fuese admitido en la escuela y que viviera.—Y esto hace estremecer á los hombres. ¡No pueden tolerarse semejantes opiniones! «Y para colmo de horrores hablaron los animales (1).» Un señor Ribeaucourt llámame «individuo.»

Otra prueba. Cierta noche, una horda, lanzando atroces aullidos, se dirige á mi morada; despierta á dos niños de corta edad y á cuatro mujeres bajo una granizada de piedras, gritos de muerte, el horror, el espanto...—¿Quién es el bandido? Soy yo, qué duda cabe.

El día siguiente, una multitud de guante blanco acude al lugar de la escena, y empieza á gritar, prosiguiendo la broma:—¡Todavía es poco! ¡que se arrase la casa! ¡que arda!—Esas gentes tenían razón. Hay que matar á aquel que no quiere la muerte; nada más justo. El buen orden exige una batida contra ese asesino más negro de lo que á primera vista parece. Supuesto que se quiere incendiar mi morada, claro es que he sido yo quien incendió el Louvre. Soy la chispa que devora á París, permaneciendo en Bruse-

(1) Delille, *Geórgicas:* Pecudesque locutæ.

las. ¡Honor á ******* y gloria á *******! Se me lapida y se me destierra. Bien hecho.

¡Oh belleza de la aurora! ¡oh majestad del astro! Gibelino contra güelfo, York contra Lancáster, Capuleto Montesco, ¡qué importa! ¿Han de preocuparme sus lamentaciones puesto que ante mí aparece el profundo firmamento? ¡Alma, hay un sitio en las bóvedas eternas! Falta la tierra á nuestros pies, pero no el azur á nuestras alas. El déspota se muestra por do quiera en la tierra, atroz y feo, amo por un perfil y por el otro criado; pero el alba es pura, bueno el aire, y está libre el abismo; la inmensa equidad sale del inmenso equilibrio. ¡Evadámonos allá arriba, y vivamos! El soñador se sume ¡sublime cielo! en tu casto resplandor, refugiándose en tu pudor sagrado ¡oh Sombra! Dios creó el banquete que el hombre ha trocado en orgía. El pensador detesta el horroroso festín de los tiranos; ve al Altísimo tranquilo en el fondo de los transparentes abismos, y ensangrentado, pálido, después de innumerables pruebas, siéntese el bienvenido en las sombrías profundidades. Adelanta. Ahí está su conciencia; nada desmiente esa brújula cuyo imán es el ideal. No más fronteras, ni obstáculos, ni límites; se remonta por el espacio. En vano la taciturna Fatalidad tiende las siniestras redes sobre él, en el punto do entrecruzan sus repugnantes mallas los dolores, los odios, los destierros: no se queja. Altivo ante la inmunda muchedumbre, ríese, ya que el cielo se ofrece al perdedor del universo, ya que cuenta esa hospitalidad por abrigo y ya que puede ¡oh gozo! ¡oh cima! ¡oh libertad! domando la suerte, desafiando el mal, rasgando los velos, aunque expulsado por los hombres, huir á la mansión de las estrellas.

JUNIO

I

Un día ví correr la sangre por todos lados; las sombras velaban inmensa carnicería, y se iba matando. ¿Por qué? Sólo por matar. ¡Oh miseria! Al ver esto, creí necesario que alguien levantase la voz, y hablé. Dije que Montrevel, y Bàville, y Harlay no pertenecían á este siglo, y que en días de turbación redobla la obscuridad gracias á la negrura de todo el mundo; afirmé que conviene pensarlo un tanto antes de apuntar y dar la voz de ¡fuego! pues es justo y prudente perdonar á los locos y hasta a los temerarios, mostrando á los vencidos que somos sus hermanos. Hay que entenderse, que unirse; recuerdo que un Dios nos ve, que el porvenir, sombrío cuando nos odiamos, se ilumina si nos amamos, y que acrece el infortunio para el que le siembra; declaré que todo puede calmarse por grados, que no se reparan los asesinatos por. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Y, pensativo, opúseme á la carnicería. Triste, no aprobando la grandeza del sudario, estimando que la pena sólo al culpable corresponde, pensando que no se requiere ¡ah! arrojar el crimen de unos cuantos sobre todos, y castigar por medio del abismo á París,

a un pueblo, á un mundo, al azotado acaso, digo: ¡Haced justicia, sí, pero compadeceos! Entonces fuí objeto del odio público. La Iglesia lanzó contra mí el anatema bíblico, expulsáronme los reyes, los transeuntes apedreáronme; el que tenía á mano un poco de fango me lo tiró al rostro; aullaron en mis talones los lobos y los perros; la muchedumbre me ha silbado cual tirano en decadencia; en la calle amenazóseme con los puños, y más de un antiguo amigo tuvo que apartarse de mí, despavorido, al encontrarme. Los sonrientes matadores y los feroces vividores, aquellos que detrás de sus carretelas llevan un chirrión, los danzantes de otro tiempo, actuales degolladores, los que beben Champagne y sangre á la vez, aquellos que son elegantes y también huraños, los Haynau, los Tavanne, provistos de negras moscas en su bastón, moscas conocidas del osario, los improvisadores de descargas, el juez Lynch, el rey Bomba, Mingrat el sacerdote, gritáronme: «¡Asesino!» y Judas díjome: «¡Traidor!».

II

¡Cómo! Mantenerse fraternal es ser quimérico. Soñar libre la Europa así como la América, reclamar la equidad, el examen, la razón, equivale á adoptar por albergue las nubes y el viento. Ver un triunfo vasto y rudo, no participar de él, impedir que sea peor y tratar de que no cobre pie, no abrumar á los desgraciados, ofrecer el hombre al hombre, y un asilo á los que van á morir, no tomar por blanco al débil y al ciego, perdonar, esto es querer morar en la mansión de lo imposible. Decir que se debe la ley justa, el derecho común hasta á los salteadores, á los bandidos, es proclamarse salteador, bandido uno mismo. ¡No importa! hay que luchar. Llegó la hora sombría. Vie-

jo y veterano ya, volverás á ser renegado. Los más clementes se apiadarán de tu cerebro; serás el maldito á quien se escarnece y se hiere. Veráste insultado, silbado, ojeado, presa de los calumniadores dispuestos siempre al crimen, quienes te apedrearán y proscribirán. Perfectamente: ¿y luego?

III

Festéjase mi clemencia con una serenata. ¡Muera! he aquí el estribillo de la suave romanza. Los periódicos clericales mueven gran algazara.—¡Ese hombre se atreve á defender un enemigo fugitivo! ¡Qué audacia! ¡supónenos honrados! ¡nos desafía!—Los amos están rabiosos y los criados babean. Traílla de sacristanes, traílla de aguiluchos. El furioso incensario rompe los vidrios de mi ventana; sobre mí cae el agua bendita en granizada de piedras de todos los hisopos y de todas las plegarias; se me exorciza al par que quieren asesinarme. En una palabra, soy expulsado por gracia del Altísimo.—¡Véte! todos los pavimentos chorrean agua, y casi véome deslumbrado por tantos proyectiles. Sobre mi nombre se toca á rebato.—¡Bandolero! ¡incendiario! ¡asesino! ¡asesino!—Y quedamos, después de tan insigne batalla, ellos, blancos como un cuervo; yo, blanco como el cisne.

IV

No poseo en la ciudad un palacio episcopal, no tengo prebenda ni lista civil, ningún templo ofrece un trono á mi humildad, no brilla á mi lado ningún suizo en traje de coronel, no me presento bajo pálio á los ojos de los deslumbrados bolos; Francia, áun en el fondo del abismo, es para mí el gran pueblo trabajador de donde brota la grande ley; aborrezco los bla-

sones y las flores de lis; cuando voy al templo á ver á Dios no pregunto si la pintura es obra de Van-Dyck; no tengo mayordomo, ni pertiguero, ni síndico, ni guardián, ni clérigo, ni diácono, ni vicario; tampoco guardo ningún santo en relicario, ni milagro embotellado y lacrado; mis ropas no están cubiertas de diamantes, ni recibo un salario para orar; en la corte no hago buen papel, ni me admira ninguna viuda de calidad cuando hago la colecta con un plato redondo, adornado el cuello de dorada medalla y ceñida en la frente la mitra de oro; no doy mi mano á besar á las buenas mujeres; venero el cielo, pero sin venderlo á las almas; no llevo el título de monseñor; me complazco en el campo, y no visto medias color violeta; mis faltas son sinceras; la hipocresía y yo somos adversarios declarados; creo lo que digo, y hago lo que creo; junto al aherrojado Sócrates coloco á Jesús crucificado; cuando un hombre vese ojeado cual animal montaraz, si puedo lo salvo, más que sea mi enemigo; desprecio á Basilio y profeso desdén por Scapin; al niño pobre le doy parte de mi pan; he luchado por lo verdadero, por lo bueno, por lo honroso, sufriendo un destierro de veinte años en medio de la tempestad, y mañana volveré á empezar, si Dios lo quiere así. Dice mi conciencia:—¡Marcha! Nada me subleva, obedezco, y parto, á pesar de los contrarios vientos, cumpliendo con mi deber. Por esto, hermanos, según el periódico del obispo de Gante, á no estar yo loco sería un bandido.

V

Al abandonar Bruselas

¡Ah! no es nada cómodo seguir la vía angosta, culpar á la muchedumbre y mantener recta el alma, pro-

teger la eterna equidad, á quien se azota. Cuando la ensaya el proscrito, dase nuevamente á éste toda la cantidad de destierro de que se dispone.

Sin embargo, no se destierra á todo el que se quiere. Cosa inexplicable, horrorosa y santa es el destierro. Buscar su techo entre sombras y decir: ¿dónde está? Soñar, anciano, envuelto en luto y melancolía, en las flores con infantiles manos recogidas en un oscuró rincón de calle, antes lleno de atractivos á causa de furtiva mirada que en nosotros se fijaba; recordar pasados tiempos, antiguas auroras, y los pájaros más cantadores revoloteando por más verdes campos; ver el cielo de otro color que antes; pensar en los muertos ¡ah!, no ver más su cabecera; no poder hablarles en la tumba, esto es el destierro.

El destierro es la gota de agua que cae, horadando con lentitud y castigando cobardemente un corazón que el deber volvió de granito; es la pena infligida al inocente, al justo, y de la que muere ese sentenciado, bajo Tarquino, bajo Augusto, bajo Bonaparte, reyes y Césares tintos en sangre, porque es justiciero é inocente. El destierro es un sitio de sombra y de nostalgia. El canto que pasa, la sombría arboleda, el arrecife, la brisa, cualquier ruído, son para el pensativo desterrado motivos de alarma. ¡Oh! ¡la patria existe! Sólo ella es terrible. Ella es la que nos aprisiona por medio de invisible hilo; ella y sólo ella aparécese deliciosa al que la pierde; ella y sólo ella al huír convierte el mundo en desierto; ella y sólo ella á los campos ¡ah! encarnados en nosotros, y á sus árboles que no tienen la forma de los demás, y á su ribera, y á su cielo, guía todos nuestros pasos. El extranjero puede expulsar, pero no destierra.

VI

A la señora de Pablo Meurice

Bien hecho está lo que hice, y por ello he sido castigado. Es justo. Usted que, en medio del horroroso sitio y de la augusta prueba, mostróse intrépida, tranquila y encantadora, desafiando esa guerra odiosa y ese negro vendaval; bella alma que el cielo hermanó con otra alma altiva, mujer del altanero y apacible pensador cuyo huésped fuí; usted que sabía apoyar, socorrer, ayudar, luchar, sufrir y sonreir siempre, ya ve lo que me ha acontecido. Poca cosa. Presenció mi entrada en medio de un apoteosis, y ahora veme expulsado por la execración. Y esto en menos de un año; poco tiempo es. Roma, Atenas y Sión obraban así; París tiene los mismos derechos que éstas. Tal vez otras ciudades más insignificantes no son tan nerviosas. ¿Cuáles? No las hay. Tomemos el destino según se presenta. Si andáis con contemplaciones respecto á Montesco, herís á Capuleto. Y como Capuleto era el más fuerte, abusa de su poder. Soy un malhechor y un tonto, no lo niego. Ayer se me aclamaba, hoy se me insulta: fuí levantado al pináculo para poderme derribar después. ¿Verdad que esta clase de triunfo bien vale el otro? Invoco el testimonio, señora, de vuestro corazón, y de todos ustedes, viejos proscritos, cuyo espíritu jamás vese oscurecido. ¿No es cierto que os agrado tal como me encuentro? He defendido al pueblo y combatido al sacerdote. ¿Verdad que es bello el abismo, y que nos place ser maldecidos con Barbes, con Garibaldi, y que me preferís lapidado á aplaudido?

VII

No me siento encolerizado y esto os sorprende. Vuestro trueno tose y creéis que está tronando; bramadores, sofocáis sobre mí vuestro aquilón. Vuestro pequeño relámpago me produce el efecto de un mordisco, y apenas si le hago caso; en mí presentís algo que os perdona, lo cual os choca. Cierto que es harto castigo querer hacer daño y sólo infundir lástima. ¡Cómo! ¡aliarse contra un hombre, tratar de asaltarle, y ni siquiera obtener el honor de un par de cosas! ¡ni recibir una bofetada! hay de que amostazarse. El proscrito cae á veces, mas nunca desciende; deja que rechine á su alrededor el odio infame; para esto no sacará el alma de puesto: así pues, enfureceos. ¿Debo irritarme? No. Dudo que vuestro nombre llegue hasta mis oídos. Los viejos y pensativos expulsados constituyen una raza inculta; antes de enfadarnos porque se nos insulta, acostumbramos, cual personas exigentes, fijarnos un poco en la talla del insultador.

VIII

¿Quién tiene la culpa?

¿Acabas de incendiar la Biblioteca?

—Sí, he hecho arder aquel edificio.

—Pero esto es un crimen horroroso, crimen cometido por tí contra tí mismo, ¡infame! Acabas de matar el rayo que alumbra tu alma, has apagado tu propia antorcha. Lo que tu impía y loca rabia se atreve á quemar constituye tu caudal, tu tesoro, tu patrimonio, tu herencia; el libro, hostil al amo, es tu escudo. El libro siempre ha defendido tu causa. Una

biblioteca es un acta de fe de las generaciones aún tenebrosas, que en medio de la noche prestan homenaje á la aurora. ¡Cómo, miserable! ¡lanzar encendida antorcha en medio de esa venerable colección de verdades, de esas obras maestras resplandecientes de luz, de ese sepulcro, repertorio de los tiempos, de esos siglos, del hombre antiguo, de la historia, del pasado, lección que deletrea el porvenir, de lo que empieza para nunca acabar, de los poetas, de ese abismo de las biblias, del divino montón de los terribles Esquilos, de los Homeros, de los Jobs, de Molière, Voltaire y Kant, de la razón! ¡Convertir en humo el humano espíritu! ¿Acaso has olvidado que el libro es tu libertador? El libro se encuentra á gran altura y luce; su resplandor suprime el cadalso, la guerra, el hambre. Habla, y al momento desaparecen el esclavo y el paria. Abre un libro: Platón, Milton, Beccaria; lee los profetas llamados Dante, Shakspeare ó Corneille; el alma inmensa que albergaron sus pechos despierta en tí; deslumbrado, te sientes el mismo hombre que todos ellos, y al leer te pones grave, pensativo y blando como la cera; en tu espíritu cobran formas colosales esos grandes hombres, quienes te enseñan que el alba alumbra el fondo de un claustro; á medida que sus cálidos rayos penetran más hondamente en tu corazón, te sientes más tranquilo y animoso; tu alma interrogada pronta está á responderles; te reconoces bueno, luego mejor; sientes derretirse, como la nieve al contacto del fuego, tu orgullo, tus furores, el mal, las preocupaciones, los reyes, los emperadores, pues el hombre primero alcanza la ciencia, y después la libertad. Entiende bien que toda esta luz es propiedad suya, y sin embargo ¡te complaces en apagarla! Los fines que tu sueñas lógralos el libro, el cual penetra en tu pensamiento, deshaciendo los lazos que el error entremezcla con la

verdad, pues toda conciencia es un nudo gordiano. Constituye tu médico, tu guía, tu guardián. Cura tu odio; arrebata tu demencia. He aquí lo que pierdes ¡ah! y por tu culpa. El libro forma tu caudal; es el saber, el derecho, la verdad, la virtud, el deber, el progreso, la razón que borra toda clase de delirio. ¡Y tú lo destruyes!

—No sé leer.

IX

Pasa la herida prisionera. En su frente lleva impresa cierta confesión. ¡Vedla! ¡es insultada! Parece bestia encadenada: contémplasela á través de una nube de odio. ¿Qué ha hecho? Indagad entre las sombras y los lamentos, buscad en medio de la horrorosa humareda de París. Nadie lo sabe. ¿Sábelo ella misma? Lo que es crimen para el hombre, para el espíritu constituye un problema. Basta el hambre, ó algún consejo tenebroso de un bandido amado y cuyas órdenes se cumplen, para desnaturalizar á un ser obscuro. El negro plano inclinado llamado aventura, la pendiente de los instintos salvajes, el viento fatal de la adversidad depravándose profundamente encolerizado, el bosque sombrío que siempre revela la guerra civil en el fondo de toda gran ciudad, el decirse: los otros poséenlo todo, y yo ¿qué tengo? soñar, vivir harapiento, y pasar hambre: he aquí el origen de todos los males. Para llevar la desesperación al alma no hay nada tan á propósito como la carencia de pan. Aquella mujer pasa en medio de la impertérrita muchedumbre. ¿Qué se ofrece á nuestros ojos una vez obtenido el triunfo y aplicado el castigo? La victoria que ciega. Todo Versalles está de gala; ella, ensangrentada, guarda silencio. Ríe el transeunte; un enjambre de chicuelos la siguen llenándola de improperios: amar-

go silencio espuma en su boca, pero nada basta á conmover su indómita sordera. Diríase que la luz del sol la cansa; en sus ojos vese pintado una especie de espanto feroz; sin embargo, corren á su lado lindas mujeres, deliciosas, brillantes flores de primavera, colgadas del brazo de sus galanes y cubiertos sus dedos de diamantes. ¡Oh infame! ¡está presa! ¡qué placer! Y con el esculpido mango de su sombrilla, esbeltos y risueños verdugos del negro é inclemente monstruo, revuelven su herida con rabia y alegría á un tiempo. Compadezco á la miserable, y repruebo la conducta de las otras. Horror causan las perras cuando muerden á la loba.

X

Una mujer díjome lo siguiente: Huí. Mi hijita, que cobijaba en mi seno, gritaba, y yo temía que se oyeran sus gritos. Habéis de saber que era una criatura de dos meses, dotada de las fuerzas de una mosca. Con mis besos procuraba acallar su llanto, pero á pesar de todo no cejaba, ¡ah! quería mamar y se me había acabado la leche. Así transcurrió toda una noche. Ocultéme detrás de una puerta, llorando y viendo brillar los chassepots: buscábase á mi marido á quien querían fusilar. De repente, por la mañana, y sin haber dejado aquel horrible acechadero, la niña cesó de llorar. ¡Había muerto! Palpé sus miembros, caballero, y estaban rígidos, fríos. Desde ese momento poco me importaba la muerte; salí de mi escondrijo, desatinada, loca, con mi hija en brazos, vagando al acaso, y corría, corría: los transeuntes me hablaban, pero yo siempre huyendo, sin saber hacia dónde. Con mis propias manos abrí una fosa en el campo, al pie de un árbol, en el rincón de solitario cercado, y allí coloqué á mi ángel que dormía el último sueño.

¡Dura cosa tener que enterrar al hijo que se amamanta! Su padre se presenta y de sus ojos brota un raudal de lágrimas.

XI

Sobre una barricada, en medio de los adoquines manchados de sangre culpable y lavados con sangre de inocentes, es preso un niño de doce años junto con algunos hombres compañeros suyos.—¿Formas parte de la gavilla? se le pregunta.—El niño contesta afirmativamente.—Bien está, añade el oficial, vas á ser fusilado. Aguarda que venga tu turno.—El niño ve brillar varios relámpagos, y á todos sus compañeros caer al pie de la pared. Y dice al oficial:—¿Queréis concederme que llegue hasta mi casa para entregar este reloj á mi madre?—¿Intentas evadirte?—Volveré. —Estos bribonazos tienen miedo. ¿Dónde vives?—Allá, junto á la fuente. Volveré, señor capitán.—¡Véte, pillo!—El niño parte.—¡Grosero lazo! Y reían los soldados lo mismo que el oficial, confundiéndose las risotadas con el estertor de los moribundos; pero cesó la risa, pues de improviso preséntase la pálida criatura, tan altiva como Viala, se apoya contra la pared, y dice:—Aquí estoy.

Avergonzóse la estúpida muerte y el oficial le perdonó.

Ignoro ¡oh niño! en medio del huracán que pasa y todo lo confunde, así el bien como el mal, los héroes, los bandidos, lo que te impelía en semejante combate; mas digno que tu alma ignorante es sublime. Bueno é intrépido, das dos pasos en el fondo del abismo, uno hacia tu madre y el otro hacia la muerte. El niño posee el candor y el hombre el remordimiento, y no respondes de lo que se te mandó hacer; pero es magnífico y valiente el niño que á la huída, á la vida, á la

aurora, á los juegos lícitos, á la primavera, prefiere la sombría pared do se apoyan los cadáveres de sus amigos. La gloria imprime dulce ósculo en tu frente ¡oh tierno joven! En la antigua Grecia, mi dule amigo, Estesicoro te hubiese encargado la defensa de una de las puertas de Argos, y Cinegires te habría dicho: ¡Somos iguales! Y te hubieran admitido en el rango de los puros efebos, Tirteo en Mesene y Esquilo en Tebas. Grabaríase tu nombre sobre discos de bronce, y te contarías en el número de aquellos que, bajo el sereno cielo, si pasan junto al poco sombreado por el sauce, causan la admiración de la pensativa joven que carga en sus hombros la urna do apagarán su sed los jadeantes búfalos.

XII

Fusilamientos

¡Guerra que quiere Tácito y rechaza Homero! La victoria termina en sumaria carnicería. Los satisfechos están furiosos. Oigo decir:—Preciso es acabar con los descontentos.—Hoy Alcestis fusila á Filanto. Haced lo que os cuadre.

Por do quiera la muerte, y sin embargo, ni una queja. ¡Oh trigo que siega el destino antes de madurar! ¡Oh pueblo!

Se les lleva al pie del horroroso muro. Perfectamente: hales azotado viento contrario. El hombre dice al soldado que le está apuntando su fusil: Adiós, hermano. Y dice la mujer: Han muerto á mi marido; basta. Ignoro si es culpable ó si la razón se encuentra de su parte; lo que sí sé es que ambos hemos soportado las desdichas; fué mi compañero de cadena; si se me arrebata ese hombre, para nada necesito la vida. Así pues, ya que ha muerto, yo también debo

morir.—Y los cadáveres se amontonan en las encrucijadas. Ved pasar negra gavilla de muchachas; son en número de veinte y van cantando: sus gracias y su inocente tranquilidad inquietan á la despavorida muchedumbre; un transeunte tiembla.—¿Dónde vais? pregunta á la más bonita. Hablad.—Creo que quieren fusilarnos, contesta la interpelada. Lúgubre ruído resuena en el cuartel Lobau; es el trueno que abre y cierra el sepulcro. Allí son ametrallados montones de hombres, sin que ninguno derrame una sola lágrima; diríase que la muerte apenas roza sus ropas, que se apresuran á huir de un mundo áspero, incompleto, triste, y que les agrada ese género de libertad. Ninguno tropieza. Alinéanse en el mismo muro el nieto y el abuelo, y éste se chancea, al par que grita el risueño y rubio niño: ¡Fuego!

Esa risa, ese trágico desdén equivale á una confesión. ¡Helado abismo! ¡enigma do se pierde el profeta! De suerte que no tienen apego á la vida; la vida está fabricada de modo que tanto se les da marcharse. Estamos en pleno mayo, cuando todo quiere vivir y mezclar su instinto ó su alma á la dulzura de las cosas; aquellas muchachas debieran dedicarse á la recolección de rosas, el niño á sus juegos infantiles, el invierno del anciano calentarse á los rayos del sol; todas esas almas deberían asemejarse á canastillas llenas de perfumes, de miel de abejas, de trinos de canoras aves, de flores, de éxtasis, de primavera. Todos debieran abrigar en sus corazones la aurora y el amor. Y sin embargo, en ese bello mes de luz y de embriaguez ¡oh terror! yérguese bruscamente la muerte, la gran ciega, la implacable sombra falta de vista. ¡Oh! ¡cómo van á temblar y á lamentarse bajo el firmamento, á sollozar, á invocar en su auxilio á la ciudad, á la nación que aborrece la Euménides civil, á toda la Francia, y á nosotros, á cuantos detestamos el ase-

sinato en confusión y la guerra á tientas! Veréislos, bañados en llanto, levantados los brazos y crispadas las manos, suplicar á los cañones, á los fusiles, á las espadas, agarrarse á los muros, pegarse á los transeuntes, y temblorosos huir, rehusar la tumba, aullando: ¡Se nos mata! ¡socorro! ¡perdón! ¡perdón! No. Son extraños á cuanto pasa; miran frente á frente la muerte que va á llevárselos. Sea. Ni siquiera le conceden el honor de la sorpresa; tiempo hacía que semejante espectro flotaba por su mente. En su corazón estaba abierta su propia fosa. ¡Vén, oh muerte!

Ahogábales vivir á nuestro lado; así pues, parten. ¿Qué les habíamos hecho? ¡Oh revelación! ¿Qué somos nosotros para que dejen tras sí á todos los hombres, sin lanzar una exclamación, sin dignarse derramar una lágrima, sin llevarse un pesar á la tumba? Nosotros sí que lloramos. Su corazón estaba pronto para el suplicio. ¿De qué les sirve nuestra tardía conmiseración? ¡Oh! ¡cuánta sombra! ¿Qué fuímos nosotros para ellos antes de esa hora sombría? ¿Protegimos á sus esposas? ¿Sentamos en nuestras rodillas á los temblorosos y desnudos niños, hijos de sus entrañas? ¿Sabe trabajar el uno y el otro leer? La ignorancia acaba en delirio. En fin, ¿hémosles instruído, amado, guiado? ¿acaso les libramos del frío, del hambre? Por esto... declárolo en nombre de esas almas laceradas, yo, el hombre exento de los duelos de relumbrón y prestados, á quien conmueve más el cadáver de un niño que un palacio difunto, por esto son ellos formidables moribundos, que no se quejan y mantiénense insondables, sonrientes, amenazadores, indiferentes, altivos, y que casi casi se dejan degollar de buen grado. Meditemos. Esos condenados, heridos hoy por el rayo, no conocen la desesperación, ya que tampoco conocieron la alegría. La suerte de todos va unida á su suerte. Es preciso. ¡Hermanos! felicidad abajo; de

lo contrario, infortunio arriba. ¡Ah! hagamos que los miserables se aficionen á la vida; si no; no es posible el equilibrio. Orden verdadero, leyes duraderas, sólidas costumbres, tranquilidad encantadora sin dejar de ser viril, todo esto encontraréis en el pobre si le mantenéis contento. La noche es un enigma que tiene por consigna la estrella. Investiguemos. Se rasga el velo del fondo del corazón de los que sufren; la enmascarada esfinge muestra su desnudez. Tenebroso por un lado, claro por el otro, el negro problema entreabre la ventana por donde penetra el resplandor del abismo. Meditemos, ya que sobre ellos descansa el sudario, y comprendamos. Yo afirmo que la sociedad no se encuentra á su gusto teniendo sobre sí el peso de esos fantasmas; que de todos síntomas, su risa es cosa terrible, y que es imposible desechar el miedo del corazón mientras no se logre curar esa facilidad siniestra de morir.

XIII

A los que se ven pisoteados

¡Oh! ¡estoy con vosotros! tengo esa sombría alegría. Aquellos que son azotados, heridos, aniquilados, me atraen; siéntome su hermano, defiendo una vez caídos á los mismos que combatí cuando se hallaban triunfantes, quiero (pues las sombras que envuelven á los demás á mí me iluminan) olvidar su injuria, su cólera, y los odiosos nombres que me prodigan. Al verlos desgraciados dejan de ser enemigos míos. Empero, sobre todo defiendo al pueblo que aguarda su salario, al pueblo, que á veces hácese impopular, familia triste de hombres, mujeres, niños, derecho, porvenir, trabajos, dolores. Defiendo al extraviado, al débil, y á esa muchedumbre que no habiendo tenido

jamás punto de apoyo, se derrumba y cae alocada en el fondo de los negros sucesos. Estos son los ignorantes y también los inclementes. ¡Ah! no sé cómo no comprendéis que á vosotros tocaba guiarlos, que debía dárseles su parte de ciudadanía, que vuestra ceguera produce la suya. Recógense las consecuencias de una tutela avara, y el mal que les hicisteis ahora os le devuelven. No les habéis guiado, conducido por la mano, indicándoles las sombras y el verdadero camino; habéislos dejado que se perdieran en el laberinto; ellos son vuestro espanto y vosotros infundísles temor, y es porque no han disfrutado de vuestra fraternidad. Andan errantes: el buen instinto vive de luz; nada tienen para alimentar su obscura alma; buscan claridad á través de la noche, más obscura y taciturna allá arriba que el ramaje de las arboledas. Ni un faro se divisa. A tientas, desesperado, en el último trance, ¿es capaz de pensar aquel que no puede vivir? Si damos vueltas en horrible círculo, la embriaguez se apodera de nosotros: la miseria, áspera rueda, aturde á Ixión. Por lo tanto, he resuelto pedir para todos pan y luz.

Ni el cañón del negro vendimiario, ni las balas de junio, ni las bombas de mayo apagan los odios y cierran la úlcera. Para ayudar al pueblo en la solución de un problema, yo me inclino hacia él. En primer término, le quiero; lo demás viene después. Sí, estoy con vosotros, tengo la indómita obstinación de presentarme blando ¡oh vencidos! y digo: ¡no, nada de represalias! ¡Oh mi viejo y pensativo corazón! nunca palpitas con más fuerza que ante las lágrimas de los hombres, y siempre vibrarás para las madres que llevan en brazos á los hijos de sus entrañas.

Cuando pienso que fueron muertas mujeres en cinta, que muy de mañana viéronse algunas manos salir de la fosa, ¡oh compasión! ¡cuando pienso en los

que van á abandonarnos! No digamos: fuí proscrito, fuí mártir; no hablemos de nosotros ante tan terribles duelos: éstos traspasan el blanco de todos los dolores, son aechados y el viento se los lleva, y envueltos en sombra van á parar en lo más hondo del cielo. ¿Dónde? ¿Quién lo sabe? En vano extienden sus brazos hacia nosotros. ¡Oh! reaparecen esos pontones sobre los cuales un día lloré, con sus entrepuentes do se fenece; teniendo sobre sí la enormidad de la fugitiva embarcación. No es dado mantenerse de pie: tiembla la tablazón; se come en comunidad en un mismo caldero y con las manos; bébese uno tras otro en una misma gaveta; se siente calor, frío, el huracán atormenta el calabozo, ruge el agua, y en medio de esos fúnebres rumores sólo se divisa un cañón alargando su cuello entre tinieblas. Vuelve á apoderarse de mi alma la tristeza que antes la ahogaba. Nadie es malo, y sin embargo ¡cuánto daño se hace!

¡Cuántos seres humanos se extremecen á la hora presente sobre el mar que solloza y el cielo bañado en lágrimas, ante la repugnante escarpadura de lo desconocido! Ser arrojado allí, triste, inquieto, tembloroso, desnudo, número cualquiera en medio de lívida muchedumbre, de la niebla, de la tempestad y del oleaje, en el vacío, confundido con los demás y sin embargo enteramente solo, sin esperanza, sin socorro, roto en su corazón el hilo de sus amores! Decir:—«¡Dónde estoy! Partimos. Todo palidece, todo se ahueca, todo muere. ¿Qué significa tan horrorosa huída? Tierra y universo desaparecen; toda la inmensidad truécase en selva. Soy niebla y ceniza. Hemos pasado; ya nadie se acordará de mí. ¡Sólo el espacio!» ¡Verse olvidado para siempre en las nocturnas sombras! Convertirse para sí mismo en una especie de ensueño! ¡Oh! ¡cuántos inocentes estupefactos ba-

jo el peso de la vil mentira y de un castigo feroz!—¡Cómo! dicen ellos. ¿Ya no veré más este cielo do me cobijaba? ¡se me arrebata la patria! ¡Devolvedme mi hogar, mi campo, mi industria, mi mujer, mis hijos! ¡devolvedme la claridad! ¿Qué he hecho para verme precipitado de esta suerte en medio de la infame tempestad y de la amarga espuma, y para que se me quite el derecho que tengo á la Francia mi marde?

¡Cómo es esto! ¿al tratar de sondearse· ¡oh vencedores! el oscuro pozo social abierto en el fondo de los corazones, de estudiar el mal, de hallar el remedio, de buscar en algún sitio la palanca de Arquímedes, cuando debiera forjarse la llave de los nuevos tiempos, después de tantos combates, de tanto trabajo y de tantos ensayos altaneros y tantos esfuerzos célebres, no encontramos más solución que hacer naufragar entre tinieblas, nosotros los guías y doctores; nosotros los hermanos primogénitos, un caos de hombres desgraciados?—¡Decretar que se lanzará afuera ¿qué? ¡el misterio! que en lo sucesivo el enigma tiene orden de callarse, y que por penitencia el esfinge se mantendrá arrodillado! ¡Qué viejos somos! ¡y qué niños! ¡Qué sueño, hombres de Estado! ¡qué sueño, oh filósofos! ¡Cómo! ¿ereéis que basta expulsar los agravios, las catástrofes, los problemas, la angustia y las convulsiones para que desaparezcan? Meterse nuevamente en casa y gritar:—¡Franceses, soy ministro y todo está corriente!—mientras que en el siniestro horizonte flota no sé qué almadía de Medusa, bajo pesadas nubes, inmóviles, cubiertas de sangre, almadía cargada de espectros, negra, teniendo el infierno por fanal y la muerte por piloto. ¿Están cerrados los destinos, por haber desaparecido y llenádose con lo que la onda arrastra en sus pliegues? Abrir de par en par la puerta del abismo, empujar hacia ella al acaso la inocencia y el crimen, el mal y

el bien, confusamente castigado, cerrar el Océano y decir: ¡todo se acabó! ¡Ser hombres fríos que jamás se embotan, cuya justicia nunca se enternece, llevando su imparcialidad hasta el punto de castigarlo todo! ¡Cortar el miembro entero para sanarlo! ¡adoptar por expediente el hondo mar! ¡En vez de ser la base fundamental del orden, arrojar en la sima amontonados hechos, cuestiones, lutos que llorábamos y que atestiguábamos, la verdad, el error, los hombres temerarios, las mujeres que seguían á sus maridos ó á sus hermanos, el niño que removió locamente el empedrado, y hacer seña al viento, y creerlo salvado todo porque sobre nuestros males, nuestro llanto, nuestras inclemencias hase pasado la escoba de ese inmenso barrendero!

Pero ¿qué queréis que os diga? No tenéis razón. Oigo los gritos, veo el espanto, el horror, la sangre, el mar, las fosas, la metralla, y censuro. ¿Por ventura tengo yo la culpa? No carezco de entrañas. ¡Dios eterno! ¿nos encaminamos hacia el mal? ¡Ah! ¿por qué desencadenar tan rudos aquilones sobre tanta ceguera y tanta indigencia? Estoy temblando.

Sin contar con que todas esas venganzas sólo sirven para envenenar el porvenir. Trabajar para lo peor obrando por lo mejor, acabar de suerte que un día todo vuelva á empezar, he aquí lo que se llama sabiduría ¡ah! cuando es demencia. Flujo, reflujo. El sufrimiento y el odio son hermanos. Los oprimidos más tarde truécanse en opresores.

¡Oh! aunque tuviese por mi parte, culpable de inocencia, que volver á recobrar la austera costumbre de la ausencia, aunque tuviese que volverse á cerrar para mí el áspero y silencioso aislamiento, aunque los cielos, iluminados instantáneamente por la aurora, tuviesen que volverse inexorables y sombríos, que al menos os quede un amigo ¡oh míseros mortales! ¡Que

al menos se levante una voz para defenderos! ¡que al menos no tengáis por testigo la noche y el que escribe estas líneas! Muere el derecho, la esperanza se derrumba, y la prudencia está loca. Que nadie pueda decir que no se ha levantado una protesta ante tan horroroso eclipse. Soy compañero de la calamidad. Quiero ser (tomo sobre mí esta tarea, la mejor) aquel que nunca ha obrado mal, y que llora: el hombre de los oprimidos y de los abandonados. Voluntariamente me meto en vuestro infierno, condenados. Vuestros jefes os extraviaban, helo proclamado ante la historia: sin duda que yo no hubiese compartido la victoria con vosotros, pero una vez caídos, os sigo; y me adelanto, grave y solitario, no hacia vuestra bandera, sino hacia vuestro sudario. Ábrome vuestra propia tumba.

Y ahora, rechiflas, prostituciones, y tú, calumnia, y tú, odio, ¡oh sarcasmos á sueldo, gratuítas mentiras! lanzados á Voltaire, Nonotte y Maupertuis; puños cerrados que anteriormente expulsabais á Rousseau de Bienne, gritos más negros que los vientos de la sombra libia, más viles que el látigo con que se azota al esclavo, que obligabais á emprender la fuga al ataúd de Molière; ironía idiota, esquivos anatemas, ¡oh resto de la blanquizca saliva en boca de aquellos que escupieron en la pálida frente de Jesús! piedra lanzada eternamente á todo proscrito, ¡encarnizaos sobre mí! Bien venidos seáis, ultrajes. Para obteneros, injuria, furor, rabia, sufrimos nosotros, combatientes del pueblo, pues la más alta gloria es una sucesión de afrentas.

XIV

A Vianden

Sueña. Sentado está, pensativo, bajo un árbol. ¿Oye el murmurio de la venerable selva? ¿Está contemplan-

do las flores? ¿mira hacia el firmamento? Sueña. La Naturaleza, llevando impreso el misterio en su frente, hace cuanto está en su mano para apaciguar á los hombres: las moscas revolotean desde el collado cubierto de viñedos hasta el vergel repleto de manzanos; los pajarillos proyectan su pequeño cuerpecito en el cristal de las aguas; el molino apodérase de la corriente y detiene su carrera; el estanque constituye un espejo que refleja el risueño paisaje cambiándole en vaga visión; todo en las profundidades desempeña su función: no hay un solo átomo que no tenga que cumplir con alguna tarea; todo se mueve: el grano en el surco y el animal en su madriguera han de llenar un fin; la materia obedece al imán; la inmensa é infinita hierba es un hormigueo; por do quiera el incesante movimiento, así en lo que nace, en lo que crece, como en lo que sube, baja, se levanta, en el nido, en el perro hostigando los rebaños, en el astro. Y la superficie es el vasto reposo; debajo todo se esfuerza, por encima todo dormita; diríase que la obscura y rojiza obscuridad que balancea el mar para mecer al alción, á lo cual damos los nombres de Vida y Creación, encantadora, parece como que duerme, mientras perezosa acaricia la universal labor. ¡Qué deslumbramiento para el ojo avizor! De todos lados, del valle, del prado, del monte, del frondoso bosque y del rojizo firmamento, sale esa sombra, la paz, y ese rayo, la alegría. Y ahora, mientras por entre las cañadas una niña de divinos ojos y con pies desnudos y ágiles, dignos de Praxiteles, va azotando con unos sarmientos á su cabrita, he aquí el movimiento que se opera en el alma del desterrado.

—¡Ah! todavía no se ha dicho la última palabra ni ha terminado todo con haberse abierto una fosa en medio de la calle, y con que un jefe indique una tapia donde son alineados unos cuantos infelices que

aguardan la muerte de manos de los soldados, y ejecutándose á la ventura, á tientas, sin elección, bajo la metralla y las balas de fusil, así al padre como á la madre, al loco, al bandido, al enfermo, y haciendo consumir apresuradamente por medio de la cal á hombres ensangrentados y á niños todavía palpitantes.

XV

Constantemente se repite el mismo hecho, es preciso. El abyecto trono se apoya en el cadalso ilustre; el águila parece inútil y ridícula á los ojos de las grullas; Coligny es arrastrado por las calles; Dante es un loco; Roma expulsa á Catón, y Rohán da una paliza á Voltaire. Sed el que lucha, ama, consuela, piensa, perdona y sufre para todos, y en recompensa obtendréis el odio, la amarga onda, el reflujo, la sombra, sin que os sea dado pedir nada más á los hombres. Esta es la pura verdad desde Sócrates, Esquilo, Epicteto y Zenón, desde que al Sí del cielo la tierra contesta No, desde que la enlutada Esparta produce la hilaridad de los sodomitas, desde (de entonces acá han trascurrido cerca de dos mil años) que los hombres han visto sobre una horca y sobre un pedestal aparecer dos coronas en el mismo fatal instante. Cada una de éstas representa un lado de nuestra alma; de dorado laurel es la una, la otra de infames espinas, ciñendo dos frentes de las que no es dado arrancarlas. Una brilla en Caprea, la otra en el Gólgota.

XVI

*

¡Oh sombría historia! no quiero condenar á nadie. El vencedor vese siempre arrastrado por su victoria

más allá de su objeto y de su voluntad. ¡Guerra civil! ¡oh desolación! el arrebatado vencedor pierde los estribos en medio de su triunfo, y va á estrellarse en las negras aguas llamadas éxito por no atreverse á llamarlas gloria. Por esto les compadezco á todos, así los mártires como los verdugos. ¡Ah! ¡desdichados de aquellos que sólo la orfandad producen! ¡desdichados, desdichados los causantes de tantas viudas! ¡Maldición cuando la horrorosa matanza enrojece las aguas de los ríos, y cuando, manchando su lecho con torrencial oleada, se derrama la sangre del hombre en el propio sitio do cae el agua del cielo! Ante un hombre muerto siento doble espanto, y me apiado del matador tanto como del cadáver. El muerto tiene cogido al vivo en su rígida mano: no importa el camino que emprenda el asesino; aunque arroje lejos de sí á ese muerto una y otra vez, aunque le oculte entre sombras, aunque le suma en la aurora, lo eche al mar, lo pierda de vista y, aburrido, ponga un muro de sombra entre su crimen y él, constantemente verá ese espectro insumergible.

*

Todos somos el blanco del arco tendido allá arriba; su flecha nos amenaza una y otra vez; el vencedor la siente en el espíritu antes de que toque su corazón. Teme el acontecimiento de que es ministro, siente surgir en lontananza una hora siniestra, al par que presiente que aunque apresure el paso no se librará de su propia victoria. Un día, á su vez, enredado en el lazo de las cosas, temblando del resultado cuyas causas edifica con sus propias manos, huirá solicitando un asilo, un apoyo, un abrigo.—¡No! dirán sus amigos presentes, ¡no, véte!—He aquí por qué mi puerta está siempre abierta.

*

Pensando el pensador descubre una cosa: nadie es culpable.

Tan negro desenlace deja entrever el elemento en el fondo de la sima. El siglo futuro brama y se hincha dentro de ásperos cubos, así como la lava espuma en la boca de los volcanes. ¿Quién trabajaba, pues, en ese caos? Lo ignoro. El rayo ha deslumbrado con su luz, pasaron las águilas; cuanto vemos hase preparado en los invernaderos de los desconocidos, repugnantes y necesarios azotes; hanse precipitado con el ímpetu de una bandada de aves; la sangre del corazón, la médula de los huesos, todo el hombre se ha estremecido en el hombre á la llegada del sombrío enjambre de hechos nuevos que hendían las nubes; y en lo inesperado azotando con sus alas nuestras frentes hemos reconocido el mal que nos aqueja. Entonces los apetitos de las temibles muchedumbres empezaron á mugir en el fondo de los pesebres, habiendo acabado por comprender nosotros, que el apetito anda equivocado si es la envidia, y tiene razón si constituye el hambre. Por un momento nos quedamos á oscuras: ¿qué significaba, pues, esa hora inaudita? Hubo furiosos choques y venenos sutiles. ¿Por qué soplaron tales vientos? ¿de dónde proceden? ¿Por qué esas llamaradas que ahogan sus empolladuras? ¿por qué levantar bruscamente esas profundidades? Hanse cometido maldades de que uno es inocente. En ocasiones las revoluciones vierten sangre, y al desencadenarse su voluntad de vencer, su formidable amor aseméjase al odio. Mantengamos, mantengamos los principios sagrados; empero cuando los corazones vense extraviados por el aquilón, cuando soplan sobre nosotros como sobre ceniza, hay que saber bajar hasta el fondo del negro problema: el hombre sobrelleva, el antro obra; los únicos pícaros y bandidos son los huracanes. ¡Mandad la tempestad y la tromba

á Cayena! No, nuestra alma no se ha trasformado de repente en hiena; no, bruscamente no nos hemos vuelto salteadores. No acuso al hombre débil, y afirmo que la furia del viento fatal que se nos lleva puede arrancar tu áncora ¡oh humana conciencia! El hombre que ayer veíase sacudido por la mar bravía ¿responde acaso de esa ola de que fué juguete? ¿puede ser á un tiempo el buitre y la presa? Aunque confiado en la mano que nos azota, aunque uso de clemencia para lo desconocido, no puedo menos de decir que á quien debo acusar es al elemento; el elemento, rudo motor que nada puede desconcertar.

*

Mas ¿hay que temblar ante el porvenir? Ciertamente, debemos recapacitar. Temblar no. No olvidéis lo siguiente: esa cortina del destino que el enigma hace más tupida, ese disforme océano do flota el alma humana, la vasta oscuridad de todo el fenómeno, este macilento mundo bosquejando el caos, esos ideales perfilados de azote, esos motines á los que falta siempre su última parte, la liberación, todos esos horrores constituyen una esperanza. La glacial mañana consterna al horizonte; á veces empieza el día con tal estremecimiento que el sol levante parece oscuro ataque, y la rama ofrece la flor al precio de una punzada. Encaminaréme á las azules cimas por un sendero de angustia: abriendo forzosamente la vida un seno desgarrado, tiene por comienzo augusto sufrimiento.

La onda de lo desconocido sólo ofrece lívida trasparencia donde la claridad aparece gradualmente, y lo que muestra flota en desmesurados pliegues. La dilatación de la forma y del número sorprende, y es cosa repugnante divisar hoy entre sombras lo que no debía presentarse hasta mañana. El mañana parece

infernal, á tal punto es sobrehumano. Lo que en oscuras madrigueras aún no es germen, lo que mañana será el encanto de los hijos, infunde miedo á los padres. El azur está oculto tras la noche que tanto nos espanta, y ese tenebroso huevo esconde infinitos rayos de luz. Esa lúgubre larva más tarde tendrá alas. Espectro visible en el fondo de las sombras eternas, Mañana en Hoy parece negro embrión, arrastrándose mientras aguarda la hora de volar, sér extraño, informe, ciego, horroroso; más tarde el alba le metamorfosea. El porvenir es monstruo antes de ser arcángel.

XVII.

> Todos los ánimos exageraban no poco el valor, las facultades, la importancia de la guardia nacional... ¡Dios mío! visteis el kepis de M. Victor Hugo que simbolizaba esta situación.
>
> (El GENERAL TROCHU ante la Asamblea nacional,—:4 junio 1871.)

Participio pasado del verbo Tropchoir (1), hombre de las innumerables virtudes cuya suma es cero, intrépido soldado, honrado, piadoso, nulo. Buen cañón, si bien con demasiado retroceso, caballero de pró y cristiano, capaz de ayudar á tu país y á misa, te hago justicia, como ves. Bueno, ¿y qué me quieres? Con obtuso estilo, aunque aguzado, haces tocante á mí un rodeo ofensivo que hubiese merecido la Prusia. En ese sitio alemán y ese invierno ruso, convengo que yo sólo era un anciano desarmado, contento de verme encerrado en París junto con mis compatriotas, y que aprovechaba á veces una noche de metralla y de obscuridad para subir á la gran muralla, pudien-

(1) Caer demasiado.

do decir Presente, pero no Combatiente, bueno para nada: con todo, no capitulé. En tus manos los laureles truécanse en ortigas. ¡Cómo! ¡te entretienes en hacer salidas contra mí! ¡Te encontrábamos bien avaro de ellas en aquel malvado sitio, y sin embargo estábamos en un error: las reservabas para mí. ¿Y me atacas, tú que no pasaste el Marne y su península? ¿Por qué? Déjote en paz. ¿Por qué te desagrada mi tocado de paño azul? ¿qué mal hace mi kepis á tu rosario?

¡Cómo, aún no estás contento! Durante cinco largos meses sufrimos el frío, el hambre, la oscura proximidad del abismo, sin molestarte, unidos, confiados, temblorosos. Si te crees un gran general, nada tengo que decir; mas cuando es preciso correr hacia la sima, llevar todo un ejército ante el enemigo, tocar el paso de carga, prefiero á tí un pequeño tambor como Barra. Acuérdate de Garibaldi que vino de Caprera, acuérdate de Kléber en el Cairo, de Manín en Venecia, y tranquilízate. París la formidable, agoniza porque te faltó, no el ánimo, sino la fe. La amarga historia algún día dirá de tí lo siguiente: Gracias á él Francia sólo azotó con un ala; en aquellos días grandiosos, durante la solemne agonía, este altivo país, ensangrentado, herido, jamás debilitado, marchó con los pies de Gambetta, pero Trochu le hizo cojear.

XVIII

Los inocentes

Mas, ahí está la niñez. ¿Comprende la suerte el murmullo que brota de esas floridas almas? El niño la precede alegremente; pero la oración, cuando ríe, ¿habla á alguno que viene detrás? ¿Enternece los oídos del obscuro destino el suave cuchicheo de tierno sér

infantil? ¡Oh, cuánta sombra! Ambos cantan, frágiles cabezas do flota el resplandor de no sé qué festines, dorando un reflejo de lejano paraíso. El corazón de los niños es como la aurora; su inocencia es alegre y cándida, y lo mismo les inquietan nuestras obras que al pájaro que trina sobre la carrasca ó al astro que se abre paso á través del negro horizonte; sus asuntos y aventuras redúcense al descogimiento de la Naturaleza. Sólo piden á Dios su sol; muéstranse contentos con tal de que un bello y dorado rayo caliente los deditos de su diáfana mano, y que el cielo se presente azul. Esto basta á Juana.

JULIO

LAS DOS VOCES

Voz discreta

Toda la política es un expediente. ¿Qué haces? ¡Cómo! niegas, repudias, censuras toda acción fuera de los principios. ¡Cuidado! Estás gastando tus fuerzas en esfuerzos vanos y nulos. Yo soy quien guío por la selva al hombre errante. Mi nombre es la Razón, mi apellido el Interés. Soy la Discreción. Amigo, estoy hablando, escucha. Catón que me desafió supo lo que esto cuesta. ¡Oh poeta, buscador de lo mejor! Pierdes el bien, se escapa de tus manos. Haces frustrar Todo sobre Nada. ¡Deja, pues, sucumbir las cosas que sucumben! Tu pendiente te lleva siempre hacia los que caen, por la cual jamás alcanzarás la victoria. El que demuestra un corazón muy ancho no tiene bastante ingenio. La verdad demasiado verdadera es casi mentira. Buscando el ideal, si traspasamos el espesor exacto, sólo encontramos los sueños y nos volvemos soñadores por haber pensado demasiado. El sabio no quiere ser injusto, sino que intenta mantener su firmeza; temeroso de aparecer demasiado justo, busca un término medio. Primer escollo, lo falso; segundo, lo verdadero. El derecho bruto, tomado en globo, no es más que el mineral; la ley es el oro. Hay que saber

extraerla del derecho. A veces se aparenta obrar lo contrario de lo que debiera hacerse, estribando en esto el gran arte. Tú nunca llegas, y yo me retardo; más vale llegar tarde que no llegar. En suma, tú haces un dios de un hombre, y yo trueco el dios en hombre; he aquí la diferencia que existe entre nosotros. Reflexiona. Tú desafías el caos, y yo temo el desorden. ¿Estás seguro de sacar de tu antro más que un ser imbécil y doliente? ¿Crees por ventura rehacer completamente al hombre y triplicar sus sentidos? Toma, pues, como son los vivos, esos transeuntes. ¡Maldito sea el declamador que pierde el aliento y berrea! Demasiada luz así como demasiada oscuridad, ciegan. Que si es preciso sólo se abra la puerta á medias. Nadie quiere la guerra y se aborrece el cadalso en teoría, y sin embargo, sírvense de ambas cosas en la práctica. Querido, hay que poner la tienda á espaldas del templo; no ignoro que los mercaderes fueron arrojados del santo lugar, mas la falta de Jesús está en ser dios en demasía. Necesitaría muy buenos garantes para creer que Jesucristo hubiera pagado los cinco mil millones á Prusia. El discreto muestra moderación en todas sus cosas. Tranquilo en mi rincón, censuro al querido infinito, que va demasiado lejos. Los espíritus rectos tienen mucho que criticar tocante á la creación, cuya esfera es harto extensa; el defecto del mundo en que vivimos es el exceso; magnífico es el sol y suave la primavera, teniendo el uno demasiados rayos y la otra demasiadas rosas, inconveniente de estas cosas, pues Dios no se halla libre de exageraciones. Imitarlo equivale á dar en la perfección, gran peligro: las cosas marchan mejor amoldadas á más estrecho patrón; Dios no da siempre buen ejemplo. ¿De qué sirve estar perpendicularmente? Jesús traspasa el fin sin examinar la oferta de Belcebú; yo no digo que hubiese debido aceptar, mas es

una tontería que Dios se muestre impolítico cuando el diablo obra con honradez. Mejor fuera decir: Ya veremos, amigo. El discreto no se muestra altivo. Trabaja más una hormiga con su acostumbrada rutina y su buen sentido, que con su batahola un trueno. El hombre es hombre: ni malo ni bueno. Ni blanco como la nieve, ni negro como el carbón. Blanco y negro, mestizo, atigrado, dudoso, escéptico. Todo hombre mediocre es hombre político. Busquemos, no la grandeza, pero sí la proporción. Obrar como Arístides y como Foción, ser heroico, épico y bello, mal negocio. El sabio prefiere la templada y cómoda vivienda del castor al arruinado Partenón. Frecuento á Rotschild y huyo de Adamastor. El titán de hoy es el millonario: el hombre de Estado no quiere nada excesivo; venera el voto universal, pero trabaja en el escrutinio; suprime el esclavo y conserva el veleta, es decir, que rompe la cadena y guarda el hilo. Pequeños son los hombres, y enana su conciencia; el hombre de Estado los mide antes de atreverse á hacer nada; quítase una virtud que puede sobrepujarlos, y los sorprende, sin valerse del rayo ni del vértigo, obrando prodigios atendida su dimensión. Amigo, la mediocridad es cosa buena, ni bonita, ni fea, ni alta, ni baja, ni caliente, ni fría; y yo que soy la razón me instalo en ella, ya que lo sublime es inhabitable. ¿Quién se aloja, pues, en la cima del monte Blanco? El discreto es mediocre y blando, ó lo aparenta. Recuerda que en Bruselas te han apedreado. Los periódicos de campanillas mueven sus carracas; la gaceta de los fondos secretos del emperador dice tocante á tí cosas que horrorizan, tales como que cuentas las palabras de un telegrama, y hasta que el vino que se bebe en tu casa es de mala calidad; que para tu mesa es siempre cuaresma, y que B. ya no te hará el honor, de acompañarte en ella, etc., etc. Te has atraído

pues, toda esa malevolencia. Con mucha chispa M. Veuillot te llama calabaza, y la memoria se embrolla narrando tus hazañas: Embriaguez y robo, kepis sin numeración, avaricia. Vives bajo el clamoreo de ¡justicia! ¡justicia! De todo tienes la culpa. ¿Por qué no eres razonable? Renuncia á hacer frente al mal; sé oportuno. Sin duda que es bueno hacer frente al mal; pero no conviene estar solo. No eres vejete, abuelo, para avanzar cuando tu siglo retrocede; es ridículo combatir cuando se peinan canas; todo hombre valeroso que usa de prudencia se engrandece; Nestor joven es Ajax, Ajax viejo es Nestor. Sé de tu tiempo; enseña á los pueblos la discreción. La Verdad demasiado desnuda es cosa de salvajes; maltratar el éxito es oficio de zopencos; todo vencedor tiene razón, cuanto brilla es oro; Aquilón es el dios, Giraldilla el culto. Bonaparte cayó, por eso le insulto. ¿Acaso es culpa mía si la suerte se desmiente? No me apeo de mis trece: salid airosos. ¿Y cómo? Concedo que hoy lo somos todo, de un modo oblícuo; para esto sirve la República. Se salva, suprimiendo el enemigo á cañonazos, y á medias el orden y la monarquía, casi inéditos aún, ¡y tú te niegas á entrar en semejante comandita! Es absurdo. Esto indigna, y con razón. Por otra parte, jovenes, ancianos, grandes, pequeños, los peores, los mejores, todos invocan una misma ley, rendirse ante la videncia. Siempre se condensa cierta dosis de derecho en el hecho; el mal contiene un poco de bien, que es preciso buscar. Si reina Torquemada, nos calentamos en la pira. La política es el arte de fabricar con lodo la hiel, la bajeza trocada en modestia, el rebajamiento de los grandes, la insolencia de los enanos, las faltas, los errores, los crímenes, los venenos, el sí, el no, lo blanco, lo negro, Ginebra y Roma, un brebaje que pueda apurar el hombre honrado. Aquí de poco sirven los principios.

Irradian, perfectamente; Morus les contempló, saludémoslos. Todo astro tiene derecho á ese peaje, y bueno será que á veces lo cubramos con alguna buena nube. Permanecen allá arriba, ¿por qué servirnos de ellos aquí abajo? Dejémoslos en su esfera, y para nuestros debates, en los que inútilmente se gasta tanta fuerza abortada, adoptemos una claridad que esté más á nuestro alcance: el expediente. Turgot anda equivocado, ¡viva Terray! Yo busco la realidad, y tú lo verdadero. Con la realidad se vive, lo verdadero estrella, lo real teme á lo verdadero. Reconoce tu error. El deber es el empleo de los hechos; haslo leído mal. En vez de lo relativo eliges lo absoluto. Un hombre que, queriendo luz para bajar al sótano ó escudriñar en algún montón de ceniza, ó para, de noche, orientarse en medio de un bosque, introdujese la mano en el fondo del sombrío firmamento, apoderándose de una estrella para hacerla servir de vela, este eres tú.

Voz altiva

No escuches. Queda un alma fiel. Imposible oscurecer un corazón, así como no se oscurece un cielo. Soy la conciencia, es decir, una virgen; y aquello la razón de Estado, impúdica ramera, que embrolla la verdad explicando lo falso. Es la hermana bastarda y ambigua del buen sentido. Admito que la baja claridad tenga partidarios, que se la encuentre excelente y sea útil para evitar un choque, para un proyectil, marchar casi sin tropiezo por las negras encrucijadas, y orientarse en los pequeños deberes; los publicanos hácenla servir de lámpara en sus chiribitiles; tiene en su favor, cosa natural, á los miopes, á los hábiles, á los sutiles, á los prudentes, á los discretos,

á cuantos, en fin, sólo pueden ver las cosas de cerca y que examinan la tela que fabrica la araña; empero ¡alguien ha de estar de parte de las estrellas! Preciso es que haya partidarios de la fraternidad, de la clemencia, del honor, del derecho, de la libertad, y de la verdad, sombrío resplandor. Las constelaciones son sublimes en la oscuridad, y relucen, flores del eterno estío; mas necesitan, en medio de su serenidad, que el universo guiado les rinda testimonio, y que, renovado un hombre en la tierra de edad en edad, tranquilizando á sus hermanos condenados, grite á través de la lúgubre noche: ¡Astros, irradiáis! Pues nada más horroroso que el crimen, la virtud, la luz, la sombra iguales en el abismo; ninguna acusación más justa contra el Altísimo que si tuviera que achacársele la pérdida, la difusión de la claridad sin orden ni concierto en el fondo de los cielos, y nada probaría mejor la demencia de lo alto que la inutilidad de la inmensa luz. He aquí por qué es buena la justicia, y el astro también. En veinte países horribles, Sudán, Darfur, Gabón, el hombre fué apresado, atado, vendido á viva fuerza, hasta la aparición de un astro llamado Wilberforce. Ser sincero, al azar, aunque se obtenga como premio el martirio, dejando vislumbrar la justicia en todos sus actos, he aquí la verdadera irradiación del hombre. Sea cual fuere el sitio en que se lleve á cabo un acto de iniquidad; sea cual fuere el momento en que se obre el mal, preciso es que una voz se levante, que en medio de la noche aparezca repentino resplandor. En el cielo este dios: la Verdad; en la tierra este sacerdote: lo Justo. Son dos necesidades. Hay que contradecir al viento y resistir la ola. La equidad sube y se cierne, sin más regla que lo dicho. ¿Quién se aloja en la cúspide del monte Blanco? El águila.

II.

Flujo y reflujo

*

Cae. ¿Hemos terminado? No, esto vuelve á empezar. De pueblo á pueblo pasa la demencia; lo que hizo Francia vuelve á practicarlo el teutón. Sobre el yunque do antes triunfara Forbach, Alemania, obrera gigante cuyo espíritu va flotando, forja un tirano con los fragmentos de un déspota. ¿Por ventura no puede salirse de emperadores? César traidor vese expulsado por César enfurecido. Poco me importa, si nos ha de quedar el uno, que el otro parta, si ganamos á Guillermo perdiendo á Bonaparte, y si, emprendiendo su vuelo cuando la otra huye, el ave de rapiña llega después del ave nocturna. ¡Luto! ¡vergüenza! ¿Ha terminado todo? No, vuelve á empezar. La tempestad se renueva con más inclemencia, y los acontecimientos adquieren monstruosas proporciones. ¿Cuál de las dos serpientes es la más tortuosa? ¿Cuál de los dos dragones entra con más salvajismo? ¿Cuál es Tieste, y cuál Atreo? La invasión se va, pero prosigue el fratricidio. Huye y se oculta la victoria ante la conciencia, temerosa de que la vea el cielo. El enigma que debiera sondearse es herido por el rayo; pero ¿qué queréis (discretos á los locos parecidos) que sea del porvenir y haga con vosotros si sólo le demostráis odio y para halagarlo lo recibís á bayonetazos? La utopia es entregada al Juez marcial. El hambre, la pobreza, el oscuro lobo social mordiendo al par del pan la mano que se lo ofrece, la ignorancia feroz, idiota, inocente, los miserables negros, siniestramente burlones, y la noche de los espíritus de donde nace la de los corazones, todo se ofrece á nuestros ojos, dolores, familias maci-

lentas, y contra tales problemas recurrimos á la sombría pacificación propia de la muerte. Pero esos hombres á quienes se mata mataron; la suerte devuélveles golpe por golpe, y, ensangrentados, los suprime. ¿Acaso se remedia el crimen con el crimen? ¿Por ventura el asesino debe ser asesinado? Queremos que se nos guíe hacia el augusto Ideal, iluminado por los rayos de la aurora, hacia la felicidad, la florida vida, el cándido Edén, y tomamos por guía Medusa, armada de espada, encendida la mirada y el seno descubierto. ¡Ah! el cementerio es un pozo desconocido; cuanto se arroja en él va á parar en sombrías cavidades, siendo osamentas añadidas á los escombros, taciturna simiente de la que renacerá la muerte. Cuestiones que nadie ha penetrado todavía hostigan por todos lados nuestra lúgubre esfera, y yo no creo que ensanchando trágicamente la tumba que llegue á salir del paso.

*

El pobre tiene los harapos; el rico los girones, nadie es completamente feliz; y sobre todos se cierne la infame sombra. El amor no se alberga en ningún corazón, ni el azur en alma alguna: ¡ah! por do quiera calofríos, cólera, infierno, calabozos, y son tanto mayores las tinieblas cuanto que todo viene de arriba. Bajo esa nube donde todo parece silencioso, el espíritu siente la incubación enorme de un misterio. La fatal labor negra se blanqueará por grados; lo que nosotros hallamos es el ignorado obstáculo. Los arrecifes muéstrannos uno tras otro sus cabezas, pues los sucesos tienen su cabo de las Tormentas, y detrás está la luz. Ese flujo y reflujo, ese volver á empezar, esos combates, son necesarios. Por encima del odio inmenso, alguien ama. No perdamos la fe. No es sin algún fin supremo que incesantemente, en ese antro

do sueñan los sondeadores, prodigioso viento que sale de las profundidades, á través de la áspera noche empuja, arrastra y vuelve á traer sobre el divino escollo el humano mar.

III

El porvenir

Polinice, Eteocles. Abel, Caín ¡oh hermanos! ¡Antigua disputa humana! ¡cadalsos! ¡leyes agrarias! ¡batallas! ¡oh estandartes, oh sudarios! ¡negros girones! ¡Abertura prematura y sombría de los sepulcros! ¡Dios todopoderoso! ¿cuando se matará á la muerte? ¡Oh santa paz!

La guerra es la prostituta, la infame concubina del acaso. Atila falto de genio y Tamerlán sin arte son sus amantes; tiene en su favor ciertas preferencias, arrastrando al osario todas nuestras esperanzas; degüella nuestras primaveras, pisotea nuestros deseos, y como es el odio ¡oh azulado cielo! yo la aborrezco. ¡Confío en tí, caminante que te acercas envuelto en tinieblas, oh Porvenir!

Nuestros trabajos son extrañas álgebras; el vago y triste laberinto do rodamos está cubierto de súbditos terrores, de lazos, de descuidos; empero nos queda siempre entre manos el oscuro hilo. A pesar del negro duelo de Atreo y de Tieste, á pesar de Leviatán combatiendo á Behemoth, amo y creo. Por fin el enigma dirá lo que tiene que decir. La sombra no se encarnizará constantemente en el hombre. ¡No! ¡no! el destino de la humanidad no consiste en mantenerse sentada é inmóvil en el frío dintel de la tumba, como Jerónimo, silencioso y descolorido, en Ombos, ó como en Argos la doliente Electra.

Como no temo á ningún espectro, cierto día encaminéme al sitio do descansa el león de Waterloo. A través de las cañadas llegué hasta la sombría llanura: era la hora en que el día barre al crepúsculo, y en seguida fuí en derechura al montecillo. Indignado, lo subí, pues la gloria de la sangre, de la espada y de la muerte estremece todo mi sér. El león se levantaba sobre el mudo llano, y desde abajo fijéme en la alta sombra que proyectaba: su inmovilidad desafiaba el infinito; sentíase que aquella bestia feroz, expulsada al fondo de los cielos, relegada en el azur, pagada de su soledad, sobrellevaba sin fatiga doloroso recuerdo; indómita, allí estaba, testigo de una afrenta. Fuí subiendo, y su sombra iba invadiendo mi frente. Y mientras trepaba hacia la aspera plataforma, deciame: aguarda que la tierra se duerma, pero es implacable; hay momentos durante la noche en que ese bronce debe lanzar sordo rugido, y los hombres, apartándose de este campo visionario, dudan de si quien lo ha producido es el monstruo ó el trueno. Llegué hasta allí, aproximándome paso á paso... Oí el estrépito de un rayo y una canción.

Humilde voz partía de aquella boca enorme. Un petirrojo había fabricado su nido en aquella especie de antro horroroso y disforme; el blando transeunte alado, bendecido por la primavera, sin temer la mandíbula grandemente levantada, había instalado su prole entre los bronceados dientes del monstruo, y el pajarillo trinaba dentro del pensativo león. El trágico monte manteníase de pie como un arrecife en la llanura algún día tinta en sangre; y abstraído como me hallaba, pálido y atento el oído, sentí que me visitaba profundo espíritu, comprendiendo ¡oh pueblos! que los cantos que oía eran de esperanza en lo que antes fuera desesperación, y la paz en la horrible boca de la guerra.

IV

Los crucificados

La muchedumbre tiene por verdadero lo que inventa el odio. Sobre los grandes hombres se arrastra un gusano, la mentira. Toda frente ceñida de rayos vese molestada por las espinas; todo astro tiene por manto las infames tinieblas. Oid. Fidias era traficante en mujeres; Sócrates tenía un vicio que lo degradaba; Horacio, amigo de los machos cabríos, hacía temblar á Vesta; Catón arrrojaba un negro esclavo á las lampreas; Miguel Angel, enamorado del oro, hombre de pro, vivía bajo la férula de los Papas y presentábales la espalda al ofrecérles la mano; en la errante mirada del Dante brilla la concupiscencia; Molière era hasta cierto punto el marido de su hija; Voltaire fué avaro y Diderot venal; ante el género humano, tempestuoso tribunal, no existe un solo hombre que no haya sido castigado por su genio, ni ninguno que no se haya visto clavado por una calumnia, ni uno, así en los antiguos como en los modernos tiempos, que no penda de la vil cruz sobre el ensangrentado Gólgota de la gloria, cubierta la frente con una aureola. Los unos tienen á Caifás y los otros á Zoilo.

V

Falkenfels

Falkenfels, que se divisa á lo lejos entre la fría niebla, es el derruído castillo de un viejo conde arruinado. Tuve curiosidad de ver al castillo y á su dueño. Un día de verano trepé por la montaña, á través del

bosque; á la mitad de ella existe, en una cañada, una vetusta capilla do habita el escarabajo. Como nadie la cuidaba, ni ningún cura rogaba en ella, se desmoronó: todos son pobres en ese rudo país; ¡ah! sus moradores bailan la *kermesse* cubiertos de harapos, de suerte que nadie tiene un cuarto para sostener al sacerdote. ¡No hay dinero! he aquí la pesadilla del cura; un nido indigente espanta al santo, que se escapa á toda prisa; cuando penetráis en la capilla, el dios refunfuña sobre el deslucido umbral del pobre tabernáculo; por eso está muerta aquélla. Dejo ese cadáver de iglesia en el fondo del negro foso, y prosigo mi camino hacia la cúspide. He llegado al pie del indómito y sublime castillo: hasta en pleno día se cierne sobre el mismo horrorosa sombra. Encima del boquete que hace las veces de puerta ví, al pie de dos holgadas torres coronadas de altivo blasón, un pensativo campesino: era el conde.

Estaba sentado; al ruído de mis pasos volvió gravemente la cabeza, pero sin levantarse. Al lado tenía á su hijo, rosado niño. Algo es saludar á un vencido; por lo tanto, saludé á aquel conde abolido, diciéndole:—En otro tiempo fué usted grande, hoy está pobre. Conde, vengo á visitarle cortésmente; confíeme usted su hijo y lo llevaré á la ciudad. La vida agreste es buena para el anciano, pero mala para el niño; el alba teme la niebla, y la rosa muere en la sombra que agrada al mochuelo. No hay duda que es bello hacer reflejar en nuestra frente la altiva sombra de estas torres guardadas al presente por el florido escaramujo; pero vale más habitar dentro del siglo en que vivimos. Su hijo se iría agostando en medio de esa bruma, se lo vuelvo á repetir: en nuestros tiempos el monstruo encuéntrase al lado de la maravilla, pero ésta tiene asegurada la victoria. Déme usted, ¡oh sombrío abuelo! el delicioso, indómito y dulce niño, para

que vaya á París así como antes se iba á Roma; para que, ya que no puede ser conde, siquiera sea hombre, y que al hermoso nombre que lleva vaya unida brillante suerte. El águila permite volar al agilucho, al par que es justo que el arbusto no se vea ahogado por el roble.

El siniestro anciano sonrióse magníficamente, y me dijo: La ruína es aficionada al aislamiento. Si antes fuí grande, agrádame no divulgarlo. Las gentes tienen curiosidad de ver á un hombre por los suelos. Usted me ha visitado; bueno. Nada de palabras superfluas. No conozco á nadie y he dejado de existir. Váyase usted.

Pero ¡cómo! repliqué; esta tierna criatura no ha nacido ¡oh anciano! para permanecer envuelta en las sombras de eterna noche. El niño sin porvenir deja un remordimiento al padre.

Contestóme: Yo que he muerto, oigo decir cosas muy míseras de ustedes los vivos; dícenme que entre ustedes el triunfo corresponde á los inexorables; que los hombres todavía emplean la pena del talión, que encuentran al zorro más grande que el león, que su verdad mira de través y cojea su razón, que se fusila y se ametralla sin ton ni son, y que en medio de la sangre, del horror y de la gritería, es tenido por crimen ofrecer un asilo á los proscritos. ¿Es cierto? me lo temo. ¿Es falso? así lo espero. Pero déjeme usted, me siento honrado en mi retiro; mi hijo beberá la misma pura agua que yo bebo; usted me ofrece la ciudad y yo prefiero el bosque, pues, al contemplar los actos de los vivos, encuentro que las peñas tienen más corazón y que las bestias pierden mucho de su bestialidad.

VI

Los que insultan

Con tal que verdee ese ramaje que se levanta por encima del pantano y sea la enorme cúpula de las selvas, ¡qué importa al roble la repugnante agua que baña sus pies! Los horrorosos insectos que se arrastran por el polvo invaden el inmóvil pedrusco cubierto de malezas; mas ¡qué se le da al gigante de mármol, augusto y mutilado, al esfinge de granito, rosado y siniestro, lo que de él, bajo de él puede pensar la corredera! En medio de las sombras do se estremece la convulsiva palmera, el coloso, puestas las manos sobre sus rodillas, pensativo, tranquilo, aguarda el momento de hablar á la aurora; si la limaza babea á su base, él lo ignora; ese dios jamás ha llegado á saber que un sapo se movía: mientras sobre él se desliza un gusano, mantiene, mudo, su espantoso misterio de sombría sonoridad; y el hormigueo de los innumerables milpiés no arrebata á Memnon, súbitamente colorado, la formidable voz que contesta al sol.

VII

Proceso contra la Revolución

Cuando hacéis comparecer ¡oh jueces! delante de vosotros á la Revolución, que fué dura, bárbara, y feroz hasta el punto de expulsar los buhos; que molestó sin atenciones á todas las gentes de iglesia, fakirs, derviches, marabuts, haciendo huir, con sólo mirarlos, al sacerdote y al jesuíta, os encolerizáis.

Sí, es cierto; en lo sucesivo el hombre-rey, el hombre-dios, fantasmas de las cimas, se borran, apareci-

dos guerreros, larvas papales; misterioso viento azota esas pálidas frentes, ¡y vosotros, el tribunal, os mostráis indignados! ¡Qué luto! las lágrimas bañan los negros zarzales; han terminado los festejos de la noche voraz; el tenebroso universo está espirando: ¡cuántas agonías! Es día claro ¡horror! y el murciélago está ciego, y la garduña anda errante lanzando gemidos; el gusano pierde su esplendor, ¡ah! el zorro llora; los animales que de noche se dedicaban á la caza de los pajarillos están dando las últimas boqueadas, la desolación de los lobos es general en el bosque; los oprimidos espectros no saben qué partido adoptar. Si esto continúa y si persiste esa luz en consternar al quebrantahuesos y al cuervo, el vampiro morirá hambriento en la tumba; el desapiadado rayo apodérase de la sombra y la devora...—¡Oh jueces! estáis juzgando los crímenes de la aurora.

VIII

A Enrique V

Yo era adolescente cuando vos erais un niño; sobre vuestra frágil y triunfante cuna canté mi canción de aurora, y desde entonces acá el viento del abismo hanos lanzado á entrambos á una cima, pues la desgracia, sombrío lugar do nos lleva la suerte, azotada por el rayo constituye una cúspide. Media un abismo entre nosotros como entre los dos polos. Vos ostentáis en vuestros hombros el regio manto y empuñáis el cetro, en otro tiempo deslumbrador; yo peino canas y os digo: está bien; viril y fuerte es el hombre que resuelve trocar su triste fin en altivo suicidio, que sabe hacer abdicación de todas las cosas, exceptuando la honra; que busca la sombra lo mismo que Hamlet

en Elseneur, y que, sintiéndose grande, sobre todo como fantasma, no vende su bandera ni al precio de un reino. El lirio siempre será blanco. Ciertamente que conviene mantenerse Capeto al par que Borbón; razón tenéis en ser hombre honrado. La historia es una región de tropiezos y de victorias donde más de uno se arrastra, donde más de uno naufraga. Vale más salir bien, príncipe, que penetrar torcidamente en ella.

IX

Los libelistas de iglesia

Ofrecénnos á Dios en una diatriba, constituyendo por sí solos el sacerdote, el raitre y el escriba. Ved cómo espuma su prosa el pertiguero. Cada uno de ellos introduce un grito de sagual en su credo, raya por debajo con un estoque su oración, y puntúa sus oremus con mortífera bala. Ved, su carne es flaca y su espíritu está pronto. Arrojan al acaso y á vanguardia la afrenta, así como el hisopo arroja el agua bendita. La sombría guadaña, según ellos, no va bastante aprisa, y se les oye gritar al verdugo: ¡holgazán! Paréceceles que la muerte necesita un suplente. ¿No sería dado encontrar quien resucitara á Besme é hiciera salir á Laffemas del Cocito? ¿Dónde está Trestaillón, *instrumentum regni*? ¿Dónde los buenos cristianos que trituraba Coligny? Ya que decididamente abusa el ochenta y nueve, devolvednos al rey Carlos con su arcabuz, y á Montrevel, indómito y rudo compañero. ¿Dónde están los útiles ganapanes de Aviñón que arrastraron el cadáver de Brune por el muelle del Ródano? ¿Dónde esos grandes carniceros del altar y del trono, cuyas frentes tostaba el sol de las Cevennes,

guiados por Bâville y estimados de Bossuet? No hay duda que se hace lo que se puede con las ametralladoras, pero el hombre de la clase media se inclina ante las dulzuras peligrosas, llegando casi al punto de censurar á Galliffet. La sangre acaba por producir efecto á los cretinos, apoderándose el enternecimiento de esa clase de bípedos. ¡Cuán necesario es un presidente Oppede! ¡cómo nos agradaría la aparición de un Laubardemont! El arco iris de paz es un gran sable desenvainado. Sin la espada (el mejor de los narcóticos) ninguna sociedad sale del paso, y hay que habituarse á este dogma: para salvar debe empezarse matando. Así pues, lo mismo se puede ser escritor que trabucaire; nos convertimos en delegados del emperador, en vicarios del Papa y en apoderados de la muerte, así como en embusteros, verdugos, perros de presa. Y viles, y devotos, heríamos una vez caído á Rochefort, el altivo arquero, el poderoso sagitario cuya flecha ha quedado clavada en el costado del derribado imperio. ¡No desentierres á Flourens, oh chacal! ¿Qué harás de sus huesos? Esos hombres ultrajan el llanto, la viudez, los sepulcros, blanquean los cuervos, ennegrecen las palomas, lapidan una cuna protegida por un sudario, hieren á Dios en el pueblo y al niño en el abuelo, á los padres en los hijos, á los hombres en sus mujeres, creyéndose fuertes porque obran infamemente.

*

Vémosles recrearse sobre París como una bandada de aves que lanzan al viento sus graznidos, ó como ese vetusto telégrafo de Chappe que hace obscura mueca, cuyo sentido no comprendemos, si bien apercibimos distintamente su objeto. El oprobio que bebieran Francia y Europa, quieren, asesinos, hacérnoslo beber otra vez, para lo cual válese de su copón

la infalible Roma. El sangriento derecho divino, la horrorosa voluntad omnímoda, el vicio por sultán, el crimen por visir, para ellos el festín y las migajas para el pobre, la esperanza muerta, la vuelta al terrible calabozo, he aquí su sueño dorado. Para vencer necesítase derribar al Cristo llamado pueblo, y poner sobre el pavés á Barrabás; hay que hacer tabla rasa de todos y de todo, y si alguno levanta la cabeza, aplastársela; necesítase que el primero sea el último, y arrojar á Voltaire y á Juan Jacobo en la zupia. Si Catón dice una palabra, que se le lleve al banquillo de los acusados, y que se conduzca á Tácito ante el señor Gaveau. Trátase del pasado, que se quiere galvanizar; necesítase disfamar, insultar, denunciar, mentir, calumniar, babear, aullar y morder hasta tal punto que renazca el buen gusto al lado del buen orden.

¡Y qué risa, oh negros cielos! ¡burlarse de la enlutuda Francia! Avergüénzanla con su viejo orgullo; acúsanla de haber dado libertad al hombre, de haber fabricado á Esparta con los despojos de Sodoma, de haber enjugado el sudor que corría por la frente del pueblo, de ser el gran huracán y el gran resplandor, de proyectar en el horizonte la elevada sombra, de haberse despertado al grito de la alondra, repartiendo la faena á los trabajadores; de decir al que en Roma ve á Dios: está en otro sitio. Acúsanla asimismo de confrontar el dogma con la conciencia; de tener cierta augusta impaciencia; de espirar la diafanidad que han de producir en nuestro horizonte las puertas de las cárceles al abrirse; de habernos gritado: ¡adelante! en el momento que obramos contra todos los viejos yugos y los viejos regímenes, y de sostener allá arriba la balanza, manteniendo en un platillo el derecho y en el otro el deber. Le echan en cara ¿qué? el término de las servidumbres, la caída del negro

muro, agujereado por los Latudes, el faro encendido entre las sombras, por do caminábamos, la sucesiva aparición de las constelaciones, todos estos astros manifestados en el cielo uno tras otro, Molière, burlador pensativo como un apóstol, Pascal y Diderot, Danton y Mirabeau. Sus faltas son la Verdad, el Bien, lo Grande, lo Bello; su crimen consiste en la estrellada y profunda obra llamada Revolución, por medio de la cual renace el universo, esa segunda creación que rehace al hombre después de Cristo, después de Cecrops, después de Japhet. Apoyados en esto aquellos ruines entablan un proceso en regla á la patria, al inmenso ángel con alas de águila. Se encuentra vencida, ensangrentada, y grítase: ¡abajo su gloria! ¡abajo sus votos, sus obras, sus combates! ¡Ella tiene la culpa de todos los desastres! ¡Y sus tenebrosos pies huellan á la inmortal, la cual es perversa, absurda, loca! Todos lanzan repugnante carcajada sobre tan sagrado infortunio. Bueno es que lo sepáis, tú, infame bufón, y tú perverso: el que habla mal de su madre hace un esfuerzo siniestro, comete un crimen que estremece al cielo. ¡Oh monstruos! esto equivale á pagar con hiel la leche que mamasteis en sus pechos; equivale á gangrenar su llaga, á envenenar su fiebre; en fin, es el parricidio de la palabra.

¿Y cuando se cansarán los que obran mal? ¡Ah! á veces un minuto puede herir un siglo; compadezco á esos hombres que deben dar cuenta á la historia de sus actos.

¡Cómo temblará la gran musa negra, y cuál no será su sorpresa al ver que se pone en la picota á aquellos que cumplen con su deber, al ver que el pueblo siempre es pasto, presa y blanco, que áun son posibles las matanzas en masa, y que en este siglo, después de Locke y Voltaire, han podido reaparecer en la atmósfera repentinamente corrompida, los Freron,

los Sánchez, los Montluc, los Tavannes, más numerosos que las flores en la hierba de los páramos!

Tú te mantendrás gigante ¡oh pueblo! á pesar de esos enanos. Algún día ¡oh Francia! brillando en tu pupila el relámpago de Prometeo, te erguirás, cual gran resucitada, sobre el Rhin y sobre los Apeninos.

Surgirás; tu frente lanzará los horrores, el espanto y la aurora á tus negros sepultureros, y exclamarás: ¡libertad! ¡paz! ¡clemencia! ¡esperanza! Esquilo en Atenas y Dante en Florencia se acordarán en el borde de la tumba, despiertos, y contemplándote altivos y alegres, humedecidos los ojos: el uno creerá ver á Grecia y el otro á Italia. Y tú dirás: aquí estoy para apaciguar y desatar; todos los hombres son el Hombre, un solo pueblo, un solo Dios. ¡Ah! por toda la tierra ¡oh patria! en todos los puntos las manos te implorarán; no hay culebra, ni hidra, ni demonio que baste impedir la obra; todavía no hemos dejado de ser franceses; el universo aguarda la continuación y quiere nuevos ensayos. Todavía oiremos romperse algunas cadenas y veremos temblar los añosos robles.

X

¡Oh Carlos! te siento á mi lado. Dulce mártir, búscote bajo la tierra donde el hombre va á parár, y veo la pálida alba salir por las rendijas de la tumba.

Los muertos están representados de un modo encantador en la cuna, tan cercana al ataúd; y mientras arrodillado derramo abundantes lágrimas, en mi umbral cantan dos criaturas.

Jorge, Juana, ¡cantad! ¡ignorad! Reflejad á vuestro padre, sombreados por su indistinta sombra y dorados por su luz vaga.

¡Ah! ¿qué se sabría si se ignoraba que la muerte vi-

ve? En medio de ese espanto sonríe un paraíso, en el que el ángel júntase á la estrella.

Ese paraíso terrestre es el niño. ¡Huérfanos, os queda Dios! Dios que defiende vuestro celestial resplandor contra la nube do sufro.

Apareced contentos mientras yo estoy abrumado. A cada uno su parte. Niños, he vivido casi un siglo, y á esta edad el hombre vese turbado por las sombras.

¿Se está seguro de haber obrado, siquiera á medias, el bien que podíamos hacer? ¿Hemos puesto un valladar a nuestro odio y sido hermanos de nuestros enemigos?

Aun aquel que obrara mejor se ha equivocado. El remordimiento sigue á nuestros festines. Por mi parte puedo decir que si á veces triunfó mi corazón, fué en medio de mis derrotas.

Al verme vencido sentíame engrandecer. El dolor nos tranquiliza; no muestro atrevimiento para hacer derramar sangre á los otros, prefiero verme herido yo mismo.

¡Triste ley! engrandecerse equivale al aumento de nuestros males. Mi cumbre es un blanco. Cuantas más ramas tengo, más terrible es la sombra que me envuelve.

De ahí mi desconsuelo, mientras que vosotros os mostráis grandemente satisfechos. Sois el descogimiento de la florida alma confundida con los deslumbramientos de la inmensa Naturaleza.

Jorge es el arbusto descogido en mi lúgubre campo; Juanita oculta en su corola un espíritu que se extremece al ruido que nosotros producimos, y quiere tomar la palabra.

Dejad ¡oh niños que aguardáis la hora del infortunio, humildes plantas encarnadas! tartamudear vuestros instintos, murmurio en las flores, zumbido de abejas.

Un día sabréis que todo se eclipsa ¡ah! y que brama el rayo desde el instante que se quiere aliviar al pueblo, inmenso Atlas, sombrío, cargador del mundo.

Sabréis que, estando oculta la suerte bajo el acaso, el hombre, augusto ignorante, debe vivir de modo que más tarde se ajuste la verdad á su ensueño.

Algún día yo mismo, después de muerto, conoceré mi destino que ahora ignoro, y me inclinaré hacia vosotros, completamente penetrado del misterio de la aurora.

Sabré el secreto del destierro, del sudario arrojado sobre vuestra infancia, y por qué la justicia y la dulzura de uno solo parece á todos una ofensa.

Comprenderé por qué, mientras vosotros cantabais, mis fúnebres ramas veíanse envueltas en tan sombrías tinieblas, yo que me compadezco de todos males.

Sabré por qué me envuelve la implacable sombra, por qué hay tantas hecatombes, por qué me veo rodeado del invierno infinito, por qué crezco sobre los sepulcros.

Por qué tantos combates, lágrimas y pesares, y tantas cosas tristes; por qué quiso Dios que yo fuera ciprés cuando vosotros sois rosas.

XI

I

De todo esto, de ese oscuro antro, de la suerte fatal, de los odios, de los furores, de los sepuleros, brota la luz ¡oh pueblo! y la certidumbre. ¡Progreso! ¡fraternidad! ¡fe! que lo afirme la soledad y consienta en ello la multitud á grandes gritos; que la alegre aldea lo diga al gran París y el emocionado Louvre á la cabaña. La última hora es clara tanto como fué som-

bría la primera, y óyese distintamente en el fondo del negro cielo el rumor producido por los que nacen. En medio de las sombras percíbese zumbido de alas.

Y yo, en esas indómitas y fieles hojas, en esas enlutadas páginas, llenas de combates y de espanto, caso de estallar á pesar mío angustioso clamor y de haber dejado escapar la palabra sufrimiento, una negación cualquiera de esperanza, borro en seguida el oscuro y perdido lamento; tacho la frase, y como si nada hubiera dicho.

¡Se apoderaría de mí la duda, de mí, sereno navegante que no teme los embates de las olas! ¡Admitiría que repugnante mano pueda mantener corrido el cerrojo del pasado sobre el porvenir! ¡Cómo! ¿el crimen echaría su zarpa á la justicia, la sombra ahogaría al astro que se encamina hacia el solsticio, los reyes arrojarían lejos de sí á latigazos la ciega conciencia y el cojeante progreso; el espíritu humano, el derecho, el honor, Jesús, Voltaire, la virtud, la razón, no tendrían más remedio que callarse; la verdad impondría silencio, este siglo desaparecería sin pagar sus deudas, el universo se inclinaría cual náufrago bajel, y veríase consumir lentamente entre sombras el siniestro desvanecimiento de los pensadores? ¡No; y tú te mantendrás, oh Francia, la primera! ¿Puede degollarse la luz? Si el sol, hostigado por un buitre, derramaba su sangre, dicha sangre trocaríase en luz. ¡Herir al sol! Aunque el infierno entero se mancomune para llevarlo á cabo, sólo logrará hacer brotar rayos de aurora de su herida. Así pues, ¡oh Francia! de la lanzada de tu costado los temblorosos reyes verán manar la libertad.

II

¿Es por ventura un estrellamiento? No, sino un génesis. ¿Qué te importa ¡oh París! ciudad de la hor-

naza, flamígero pozo, la pasajera niebla, y el sombrío viento que azota tu flanco? ¿qué te importa un combate más ó menos en tu áspera justa? ¿qué te importa una bocanada de viento de la fragua añadida á todos los aquilones que atormentan tu pira? ¡Oh fiero volcán! ¿quien podrá saciarte de explosiones, de ruídos, de borrascas, de truenos, de sacudidas que conmueve toda la tierra, de metales que se alean, de almas que sirven de pasto al fuego? ¿Acaso te apagas al impulso del divino hálido? No. Tu fuego vuelve á encenderse y hierve tu profunda ola, ¡oh fusión formidable de un mundo! Lo mismo que al mar, ¡oh París! sólo Dios te dice: basta. Tu ruda función entrambos la conocéis. A menudo el hombre, inclinado hacia tu sonoro foco, toma por reflejo del infierno el tinte rojizo de la aurora. Tú no ignoras lo que debes construir ó trasformar, y cuantos te irritan sólo pueden hacerte espumar. Si se lanza una piedra en la sima do yaces, despides enorme cantidad de chispas. Los reyes te azotan, y así como el forjado hierro de los martillos lanza el relámpago á los cíclopes, tú contestas á sus golpes cubriéndoles de estrellas.

¡Oh destino! ¡admirable desgarradura de las telas que teje la araña y de los lazos que la sombra sepulcral tiende á la brillante mañana! ¡Ah! abyecto es el lazo, mísera la tela; nada bastará á detener el venerable porvenir.

III

Ciudad, ¡bella es tu suerte! Tu pasión te coloca en medio del género humano, en la cúspide. Nadie podrá acercársete sin oir salir de tu augusto suplicio tierno acento, pues sufres y te desangras en obsequio del universo entero. Ante tí los pueblos se prosternarán formando círculo. La aureola del Etna no teme á Eolo, y ningún viento apagará la tuya, pues tu ilus-

tre y terrible luz, abrasando cuanto no constituye la vida, honra, trabajo, talento, deber, derecho, curación, bálsamo perfume, díctamo, es púrpura para el porvenir y llama para el pasado, y en tu claridad, triste y pura, brasa y flor, el amor inmenso va mezclado con el inmenso dolor. Gracias á tí el hombre crece, el progreso nace viable. ¡Oh ciudad!, cuan envidiable es tu trágica suerte! ¡Ah! tu muerte dejaría en la orfandad al universo. En tu llaga brilla un astro, y Cartago ó Berlín comprarían al precio de todas sus rapiñas y de todas sus satisfacciones tu corona de espinas. Jamás yunque alguno lanzó tantas chispas como tú. ¡Oh ciudad! estás destinada á fundar la Europa. ¡Ah! hasta ese momento ¡cuántos tormentos te esperan! Lo que constituye tu gloria, la deuda que todos te pagan, es el martirio. Acepta, sé grande. Muéstrate el pueblo héroe. Deja que después de los tiranos se presenten los verdugos; después del mal sufre algo peor, y mantente tranquila. En tu mano la espada se convierte lentamente en palma. Haz como los griegos, los romanos y los hebreos; llena con tu resplandor el tenebroso molde. Los pueblos te habrán visto ¡oh ciudad magnánima! después de ser el faro del abismo, después de luchar como es debido, después de ser cráter, después de hacer hervir forum, circo, crisol, volcán, toda la libertad del mundo en tu retorta, después de expulsar el horroroso gigante llamado Prusia, erguirte repentinamente fuera del abierto antro, masa de bronce, deidad de eterna virtud, brillar como lava, y luego, enfriada, quedar trocada en estátua.

IV

Los hombres del pasado figúranse que todavía viven, mientras que su trabajo, todos sus esfuerzos y contorsiones no son otra cosa que un afortunado hor-

migueo de gusanos terrestres: la muda losa del sepulcro está suspendida sobre sus cabezas. Pero de París, la ciudad sagrada, nada está muerto: su agonía produce y su derrota crea. Nada se le niega; lo que ella quiere será. El día en que nació, acabó lo imposible. Lo afirmo y vuelvo a afirmarlo, y no me canso de repetirlo al perjuro, al trapacero, al traidor, al cobarde, ¡oh reina, oh diosa! tú vives. Aquellos que debieran estar hartos de tus dolores, te insultan; pero tú vives ¡oh París! en tu arteria, de la que mana la sangre de todos los hombres y de toda la tierra sin parar, sintiéndose latir en tí el pulso del porvenir. Siéntese en tu seno, madre atareada, ciudad conmovida, ese feto (el desconocido universo) que se mueve. ¡Qué importan los zumbones siniestros! Todo va bien. No hay duda que es cosa lúgubre; indágase, no se ve nada; es de noche, el horizonte parece ser cercado. Se teme por tí, ciudad de la futura Europa. ¡Qué ruina! ¡ah! ¡qué aspecto funerario! ¡y qué semejanza con el luto eterno! El más fuerte se estremece; llórase, tiémblase, dúdase; mas si, inclinados hacia tí, escuchamos desde fuera en esa amurallada sombra do no luce ninguna antorcha, en esa obscuridad de antro y de sepulcro, óyese vagamente el canto de inmensa alma. Es algo áspero y grandioso que empieza, el nuevo siglo que sale de la bruma.

Convengo en que aquí abajo todos nuestros pasos son nocturnos. Es verdad, hombres del pasado, que la vida, á pesar de nuestra labor y de nuestra envidia, es terrenal, y que no puede divinizarse antes de que el hombre se encamine al gran cielo en busca del gran viviente. La muerte será siempre la alta liberación. El cielo posee la felicidad, la tierra la esperanza, y nada más; pero la esperanza creciente, los pesares que se borran, y nuestros ojos abiertos, esto es el progreso. Tal ó cual átomo es un astro, y reluce. Ve-

mos al bienestar que va desterrando la miseria, mientras que vosotros saboreáis la taciturna oscuridad. Os agrada todo lo negro hasta la ceguedad, y vuestro espantoso ensueño estribaría en cegar el alma. Para nosotros el sudario está cubierto de agujeros que despiden llamas. ¡Qué importa el sombrío zenit si vemos levantarse las constelaciones, resplandecer los rayos, metamorfosearse con majestad los soles; acá lo verdadero, más allá lo bello, lo grande, lo justo, por do quiera la vida con mil doradas aureolas! Y vosotros contemplando sombras, sombras y siempre sombras. Sea; perfectamente. Vosotros veis bajo triple velo las tinieblas, y nosotros miramos las estrellas. Buscamos lo útil, y vosotros lo perjudicial. Cada cual contempla la noche según le place.

XII

¡Tierra y cielo! si reinaba el mal, si todo no fuera más que ruda labor, seguida de infame protesto, si tuviese que volver el pasado, si la negra agua, vomitada, fuese devuelta al hombre para beberla, si la noche pudiese afrentar al azur del firmamento, si nada fuese fiel ni seguro, Dios debería ocultarse avergonzado, la Naturaleza sólo sería una cobarde y lúgubre impostura, inútilmente resplandecerían las constelaciones. No puedo llegar á creer que el empíreo albergue á un pícaro divino, ni que detrás del estrellado velo del abismo se oculte alguien que premedite un crimen, ni que el hombre, prodigándolo todo, sus días, su llanto, su sangre, sea el augusto juguete de un cobarde Todopoderoso. No, no valdría la pena de que el viento removiese la tempestuosa ola de los vivos, ni que la aurora brotase de los mares, sem-

brando de una lluvia de diamantes á las flores vagamente deslumbradas, ni que cantara el pajarillo, ni que el universo existiese, si el destino no era más que un cazador en acecho, si todos los esfuerzos del hombre sólo producían la quimera, si la sombra fuese su hija y la ceniza su madre, si remaba día y noche, queriendo, desangrándose, creando, para obtener en último término la horrorosa nada. No, no consiento en semejante bancarrota. ¡Cero factor de todo¡ ¡Nada al término de la carrera! No, el infinito no puede querer esto. ¡Sería posible! ¡por cuna Caribdis y por tumba Scila! No, París, gran atleta, y tú, Francia, centinela avanzado, al cumplir con vuestro deber cumplís con lo que á Dios se debe. ¡Levantaos, y á luchar.

No ignoro que el Altísimo parece perplejo visto á través del tragaluz del destino. Dios, lo repito, á menudo ha hecho brotar la duda en el corazón de los viejos sabios: sé que lo Desconocido no responde al llamamiento ni del tardo y pesado cálculo ni del escalpelo. Pero no me ha abandonado la fe. La fe es la luz de lo alto. Mi conciencia es Dios, á quien tengo por huésped. Mediante un círculo falso ó con un mal compás puedo colocarle fuera del cielo, más no así lejos de mí. Es mi gobernalle en medio de la espuma do bogo. Si doy oidos á mi corazòn, escucho un diálogo. En el fondo de mi espíritu somos dos, él y yo; él es mi única esperanza y mi único temor. Si por casualidad sueño en una falta que me agrada, levántase en mí mismo profundo murmullo, y pregunto: ¿Quién está ahí? ¿acaso se me dirige la palabra? ¿Por qué? Y mi estremecida alma contéstame: Es el Altísimo; cállate.

¡Cómo! ¿negar el progreso á que va adherido el vasto movimiento del mundo solidario? ¡No, no! Si

aconteciese que este Dios me engañara. y que me hiciese abrigar la esperanza como un cebo para atraerme hacia el lazo y apresarme, humilde átomo, entre el presente, sueño, y el porvenir, fantasma; si no tuviese más objeto que el escarnio; si yo, ojo sincero, y él, falsa visión, me embaucaba con algún execrable espejismo; si ofrecía la brújula y producía el naufragio; si por mi conciencia torcía mi razón, yo que no soy más que un poco de sombra en el horizonte, yo, la nada, trocaríame en su sombrío acusador; tomaría por castigo los innumerables firmamentos, teniendo lo infinito contra este Dios, y creo que todos los antros se pondrían de mi parte: invocaría el testimonio de los astros contra ese malhechor, echando sobre sí nuestros males y desastres; dispondría de las aguas todas del Océano para lavarme las manos, y serviría á mis errores después de servirme de guía mi carrera. Yo sería el inocente, él el culpable. Encaminaríame al firmamento y vería, aprehendería á ese ser inaccesible, invisible, impalpable, así como se apresa un lobo en la selva, y terrible, indignado, reposado, extraordinario, lo denunciaría á su propia tempestad.

¡Oh! si sólo el mal se mantuviese en pie, si el fondo de todo fuese la gran mentira, habría una revolución completa. El hombre no vería un templo en el cielo que tiene ante los ojos, en la incomprensible creación; ni tampoco un pedestal de gloria, sino un poste de presidiario y de miseria. A ese poste sería atado el falsario, lleno de oprobio, el cual desde abajo insultaría nuestro luto, nuestros harapos, nuestros míseros lechos, nuestra hambre, nuestra sed, nuestros vicios y nuestros crímenes; hacia él se dirigirían nuestros verdugos, víctimas suyas, y la guerra y el odio, y los desgarradores ojos del saber, y el ensangrentado muñón del arrebato. De los campos, de las arboledas, de

los montes, de las envenenadas flores, del furioso y loco caos de los destinos, de cuanto aparece, desaparece y vuelve á aparecer, partiría lúgubre acusación: la realidad rezumaría por horrorosas hendiduras; los cometas torcerían sus cabelleras; la brisa diría: ¡me entrega á los lluviosos soplos! Y el gusano diría al astro: ¡es tu émulo, y, para humillarte, hácenos brillar á los dos! Y diría el escollo: ¡él me manda que sea perjudicial! Y el mar: confieso que él es mi hiel. Y el universo sería la picota del Altísimo.

*

¡Ah! ¡la realidad, sublime salario! Yo soy el tranquilo acreedor del abismo; mi ojo avizor espera anticipadamente los grandes despertamientos. ¡No, no pongo en duda el abismo de los soles! ¡Yo creer vacía la sombra do veo nacer el astro! ¿Sería posible que el grande y negro azur, que el pozo de la aurora careciese de lealtad, que prometiera sin cumplir sus promesas? No; de donde brota la mañana brotará el porvenir. La Naturaleza se compromete para con el destino; el alba es una palabra eterna empeñada. Allá arriba las tinieblas eclipsan los rayos, y nosotros creemos en medio de la noche, errantes y pensativos; el cielo está turbio, obscuro, misterioso, ¡qué importa! todo lo justo no llama en vano a esa puerta. La queja es inútil exclamación, el mal fina palabra hueca; he llenado mi deber y sufro dichoso, pues la justicia está de mi parte, á pesar de no ser más que un grano de arena. Cuando se hace lo que se puede, se echa toda la responsabilidad sobre el Altísimo; yo sigo mi camino seguro de que nadie miente y de la honradez del firmamento. Y digo á todo el que ama y piensa: ¡aguarda! Y afirmo que el Sér desconocido que sin parar mientes prodiga los esplendores, las flores, los universos, los astros, las estaciones, los vien-

tos, cual si vaciara sacos siempre abiertos, y que hace que las nubes vayan á estrellarse contra los montes, y que los mares roan el dique, y que brillen el azur, el relámpago, la luz del día y la del firmamento; que Aquel que esparce un raudal de luz, de vida y de amor en el espacio, Aquel que no muere ni pasa, que hizo el mundo, libro donde el sacerdote ha leído mal, que dió la belleza para la forma absoluta, real á pesar de la duda y verdadera á pesar de la fábula, el eterno, el infinito, Dios, en fin, no es insolvente.

EPÍLOGO

ENTRE SOMBRAS

El viejo mundo

¡Oh marea! bien está. Puedes bajar ahora; es preciso. Jamás tu flujo había subido tanto. Mas ¿por qué te veo tan sombría é indómita? ¿por qué tu antro despide gritos cual humana boca? ¿por qué esa áspera lluvia, y esa sombra, y esos rumores, y ese negro viento que sopla en el nocturno clarín? ¡Tu onda sube con prodigioso ruido! He aquí tu límite. Detente, digo. Las viejas leyes, los viejos obstáculos, los viejos frenos, ignorancia, miseria y nada, subterráneos do fenece la loca esperanza, profundos presidios del alma; la antigua autoridad del hombre sobre la mujer, el gran banquete, cuya barrera fórmanla los desheredados, las supersticiones y las fatalidades, á nada de esto toques, véte: son cosas santas. Vuelve á bajar y guarda silencio. He edificado estos recintos alrededor del género humano y he levantado estas torres. Mas ¡no paras de rugir, y vas subiendo, subiendo! A tu

frenético choque todo desaparece en confusión. He aquí el viejo misal y el antiguo código; ha pasado el cadalso envuelto en un pliegue de tu onda. No toques al rey: ¡justos cielos! yace en tierra. Y asimismo veo desaparecer esos hombres sagrados. ¡Detente! es el juez y el sacerdote. Dios te ha dicho: ¡no pases adelante, oh amarga onda! Pero ¿qué veo? ¿me engulles? ¡Socorro, Dios mío! ¡el mar desobedece! ¡el mar invade mi mansión!

La marea

Me crees la marea y soy el diluvio.

FIN DEL AÑO TERRIBLE

LIBERACIÓN DEL TERRITORIO

*

No me siento en libertad, no. Por más que levante la cabeza, ésta choca en el techo del sepulcro; me ahogo, pues sobre mí pesa la terrible enormidad Si algún respiradero blanquea la visible noche, díviso á lo lejos Metz, Strasburgo, y nuestra honra, y la obscura proximidad de los combates, y los lindos y blondos niños mecidos en las quimeras, sonrientes, y me acuerdo de vosotras ¡oh pobres madres! Consiento, si os empeñáis, en mirar lo que pasa: veo á éste que ríe, á aquél que canta con toda la fuerza de sus pulmones; veo las doradas mieses, el estío, las flores y la Patria siniestra, cuyo ensueño es un combate. Dentro de poco el negro Arquero empuñará el cuerno; estoy calculando cuánto tiempo se necesita todavía y pensando en el horroroso chocar de los aceros. Cuando son usurpadas por la fuerza las fronteras, cuando un pueblo abatido ve abiertos sus flancos, puede brillar abril y verdear el bosque, y los árboles estar cubiertos de nidos y de alados rumores; las pilas de balas

de las negras ciudadelas á veces parecen soñar y estremecerse, y los mudos cañones escuchan tenue acento que les dirige la palabra entre sombras, y el obscuro porvenir apunta su lógica á todo ese indómito bronce.

¡Cómo! ¿acaso no oís, hermanos míos, en medio de vuestros cantos, el profundo llanto de las dos ciudades? ¿No ves, ¡oh serena muchedumbre! la temblorosa Alsacia que contempla á la Lorena? ¡Oh hermana, se nos olvida! ¡nuestros hermanos viven contentos sin nosotras! Yo no olvido; estoy de hinojos ante vuestro suplicio ¡oh ciudades! ¿Hemos de creernos libres cuando se encadena nuestra gloria, cuando se arranca un girón del manto de Francia, cuando, sujeta la Alsacia á la argolla y la Lorena al poste, lloran, retorciendo sus sagrados brazos, y nos llaman; cuando nuestros tiernos estudiantes, ebrios de rabia, deletrean «noventa y dos,» para aprender qué clase de rayo brotó del corazón de Hoche y de la frente de Kleber, y de qué modo, en el siglo en que vivimos, se hace la guerra á los reyes, con la que se alcanza la paz de los hombres? No, murallas, no, espléndidos campanarios, no; jamás olvidaré á Strasburgo ni á Metz. La horrible águila de la noche nos estrecha fuertemente en sus brazos ¡oh ciudades! Nosotros, franceses, nosotros, hermanos vuestros, que vivimos por vosotras y por quienes vosotras viviréis, sólo un deseo podemos alentar: ¡ver libres á Strasburgo y á Metz! Cualquiera otra liberación es una añagaza; y la vergüenza, mancha que crece incesantemente, sombra que va subiendo siempre, queda impresa en la roja frente de nuestra enlutada historia ¡oh pueblo! Todos tenemos un pie en la sepultura, y ninguna ciudad es completa; conjeturo que Verdún vese aherrojada, y que Belfort es una víctima, y que París arrástrase humilde, empequeñecida, quejumbrosa, mientras esté esclavizada Stras-

burgo y cautiva Metz. Nada empedernece tanto nuestro corazón como ver esa bóveda infame, la esclavitud, extenderse y reemplazar sobre nuestras cabezas el sól, las trinadoras aves, el dilatado firmamento. No, no me siento libre. ¡Oh terremoto! Entreveo encima de mí una nube, un crater y la áspera erupción de los pueblos, ardiente río; agonizo bajo el peso del mugiente porvenir, y oigo hervir la lava submarina, sintiendo constantemente el Etna sobre mi pecho.

*

Y ya que queréis que hable claro, digoos que nadie es grande mientras no se está de pie, y que no se está de pie cuando se arrastra una cadena. Envidio á los viejos romanos sus coronas de roble; quiero que seamos modestos y altivos, y por lo que á mí toca declaro que después de tanto oprobio y espanto, cuando apenas se sostienen nuestros titubeantes muros, sin preocuparme de si algunos reyes se van y vuelven, si proceden del Cairo ó de Teherán, si el uno es verdugo y el otro tirano, si esos curiosos son monstruos, si viven envueltos en repugnante sombra do mueren las naciones, si adoran á Dios ó al diablo, si las crines de sus caballos están cuajadas de diamantes, declaro, digo, que dejándolos corromper ó instruirse, mientras no pueda hacer relucir á la luz del sol más que guiones movidos por lúgubre estremecimiento y clarines apenas salidos de la cárcel, mientras que, rojo de cólera, no pueda lavar en un inmenso Austerlitz popular á Sedán, á Forbach, nuestros lutos, nuestros temblorosos estandartes, no señalaré con el dedo nuestro ejército á los transeuntes.

¡Oh pueblo! tú que te mostraste tan bello; tú que, anteriormente, desplegabas del todo las alas en la guerra; tú que por medio de tu formidable cruzamen cobijabas á Berlín, á Roma, á Menfis, á Viena, á Mos-

cou, á Madrid; tú que soplaste el viento de las tempestades sobre la onda, y que del caos hiciste nacer la rubia aurora; tú que fuiste el único que tuvo el honor de aprisionar y poder lanzar al espacio la grande ave apellidada Mañana: tú que todo lo barriste, azur, extensión, espacio; tú que fuiste el mejor, el primero, sentado ahora en tu estercolero rae con un casco el pus de tus úlceras, y sueña.

La derrota cuenta con sinceros consejeros; la belleza de la indómita desdicha consiste en la sombría fraternidad que tiene con el deber; hoy el deber está en dejar acrecentar sin ruído, y encerrar, como la virgen en el claustro, el odio, alimentando los negros resentimientos. ¿De qué sirve poner ya en orden de batalla nuestros regimientos? ¿de qué cabalgar ante la hostil Europa? Es un acto de discreción no levantar polvo inútilmente; ya llegará el día del estampido. Opino, pues, que nada vale apresurarse.

Se requiere que al ver los soldados de Francia, las gentes exclamen:—¡Son la gloria y la liberación! ¡son Jemmapes, el Argonne, Ulm, Jena, Fleurus! ¡son un montón de laureles que los rayos del sol han puesto de manifiesto! Mirad. Han obrado lo imposible; son los bienhechores, los invencibles. Tienen los montes por muralla y el Rhin por foso. Al verlos, preciso es que se diga:—Han expulsado los reyes del Norte, los reyes del Sur, los de las tinieblas; este ejército es la peña vencedora de las innumerables ondas, y su nombre resplandece del zenit al nadir.—Fuerza es que tiemblen los tiranos en vez de aplaudir. Fuerza es que se diga:—Son los amigos venerables de los pobres, de los condenados, de los siervos, de los miserables, los grandes espoliadores de los tronos, que arrebatan el cetro, la espada y el poder á todo el que es malo; son los bien venidos, do quiera se sufre. Tienen flamígeras alas acostumbradas al abismo; son el en-

jambre de relámpagos que surcan la noche, y avanzan, aun cuando los guíe la muerte. Son bellos. sonrientes, alegres, deslumbradores; Atenas se sentiría loca de contarlos en el número de sus hijos y Esparta orgullosa.—Fuerza es que se diga:—¡Estan de acuerdo con el firmamento! y que el hombre, adorando sus audaces pasos, crea oir, por encima de esos legionarios que arrastran los cañones, al Altísimo llevando de acá para allá sus truenos.—He aquí por qué esperaré.

*

¿Qué aguardas?—Y yo contesto: Aguardo el alba; aguardo que todos digan:—¡A herir! ¡levantémonos, dando por réplica á Sedán la Europa libre!—¡Aguardo la República, y el arrebato de todo el género humano! Mientras se obstruya el paso á este siglo augusto, mientras Prusia conserve prisionera á Francia, es una afrenta pensar, vivir un sufrimiento. Siento, al igual que Isaías rebelado por Sión, bramar el profundo versículo de la indignación, y no se agota mi cólera, así como tampoco se agota el oleaje del inmenso mar ni la arena que arremolina el viento en el tempestuoso desierto.

¿Qué es lo que aguardo? ¡Aguardo que adquieran vida las osamentas! Soy espectro, y sueño, y cúbreme la ceniza, y escucho, esperando que se abra el sepulcro. Aguardo que hablen los corazones, que bajo el peso de los conquistadores se hunda el pavimento, y que al final de la desdicha, del desastre, de la sombra y de la vergüenza, se vea surgir un astro.

Hasta ese momento, conservemos dignamente ¡oh pueblo! el furor de nuestra bajeza, y que todo la alimente y la exaspere. Pequeño aún, ví alguien que se mostraba grande, mi padre. Lo recuerdo muy bien: era un soldado, nada más; pero había mezclado su

alma á los fieros reflujos, á los desquites, á los bélicos gritos, á las nobles fiestas. y el relampago de su sable brillaba en medio de nuestras tempestades. A vosotros, ayer famosos, no quiero disimularos el fastidio de vuestra actual oscuridad, ¡oh soldados, infortunados luchadores, falange que en otro tiempo iluminó la limpia gloria! A la hora presente el extranjero, gracias á la traición de que habéis sido víctimas, pisotea vuestra historia y vuestro país; sí, dejásteis que las viles manos de esos bandidos saquearan nuestras campiñas, nuestras plazas fuertes y nuestras ciudades, y que completaran su gloria con nuestro dinero; sí, fuísteis cautivos y quedásteis vencidos; habéis ido á parar en el pozo de las insondables caídas, pero vuestro destino es salir de él formidables. Y os levantaréis y obraréis como la hoz en las praderas, reviviendo en vosotros el hércules celta, con el hacha al hombro, y devolveréis su frontera á la Galia, pisoteando a Fritz, á Guillermo, á Atila, á Schinderhanne y á Bismarck. ¡Aguardando estoy que llegue ese día!

Sí, los hombres de Eylau os dirán: ¡Camaradas! Hasta dicho momento manteneos pensativos sin vana ostención, apartados de los fútiles rumores, de los falsos paloteos, contemplando como crecen nuestros hijuelos.

*

En lo sucesivo no apartaré los ojos de nuestras dos ciudades. No pienso que los reyes vivan tranquilos; en este mundo sólo una cosa me alegra: sus cuidados. Monarcas, habéis vencido, habéis salido bien de vuestro empeño; con toda suerte de crímenes labráis un edificio infame en lo alto de los montes sublimes. Entre el hombre y vosotros levantasteis una muralla; sea. Un palacio enorme, deslumbrante, obscuro, de donde sale el relámpago, sin que en él

penetre luz alguna, es un templo, caso de no ser un antro.

Sin embargo. aunque tengamos en nuestro favor el ejército y el Senado, es prudente no dejar vestigio una vez cometido el asesinato, remendar nuestras hazañas, lavar convenientemente la victoria, limpiar el lado sucio de la gloria. La suerte ofrece rodeos tortuosos, no lo olvidéis. Convengo en que sois monstruosos; lo mismo vosotros que vuestros cancilleres y vuestros condestables, estáis sastisfechos y sois temibles; alegres, fuertes, servidos por lo perjudicial habéis emprendido la obra del retroceso del mundo hacia las tinieblas; todos los días procuráis un progreso á la sombra; bajo el cielo, cada vez más sombrío, podéis ¡oh príncipes! presentarnos tales éxitos dignos de envidia, que os es dado chancearos del veintiuno de enero, del catorce de julio, del diez de agosto, trágicas jornadas de las que brotaron los grandes destinos, y podéis figuraros que el arroyo llamado Rhin basta para detener á Jourdán, á Brune y á Marceau, y en vuestros ruidosos banquetes podéis reiros de nuestros huracanes, de nuestras auroras, y de los vastos esfuerzos que hacen los dormidos titanes. Todo va á pedir de boca; vivís, sois buenos amigos ¡oh reyes! sin pensar en economizar nuestro oro; habéis llegado al extremo de pasaros los hombres, regalandoos mutuamente un pueblo después de cenar. El águila ha nacido para hender el espacio y el hombre para arrastrarse por el suelo; Europa es el reptil y vosotros sois las aguilas; vuestros craprichos, he aquí nuestras leyes, nuestros derechos, nuestras reglas: todavía no ha contemp'ado la tierra bajo el azulado cielo nada comparable á vuestra hartura. El Destino prodiga á manos llenas las civilidades en provecho vuestro; los sacerdotes hacen caer de hinojos al Altísimo, estupefacto, ante

vuestras majestades y altezas; nunca cosa alguna ha parecido tan eterna como vosotros, y al presente no existe más omnipotencia que la vuestra. Pero todo esto se bambolea, y vuestra triste gloria adivina la honda negativa del porvenir, pues sobre vuestras pretendidas felicidades, sobre vuestros arcos triunfales, sobre vuestros altivos esplendores, sobre cuanto compone ¡oh reyes, oh capitanes! la prodigiosa balumba de vuestras prosperidades, sobre vuestros ensueños, sobre vuestros intentos, vuestra ambición y vuestra esperanza, descuella la grande y ensangrentada mano de la Francia.

16 septiembre de 1873.

ÍNDICE

Págs.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR. VII
PRÓLOGO.—Los 7.500,000 sí. XIII

Agosto de 1870

Sedán. 21

Septiembre

I. *Elección entre las dos naciones.* 29
II. *A príncipe príncipe y medio.* 31
III. *Tal para cual.* 34
IV. *París bloqueado.* 35
V. *A Juanita.* 35

Octubre

I. Yo era el viejo y salvaje vagabundo de los mares. . . . 38
II. ¡He aquí que han vuelto los días trágicos! 39
III. Siete: la cifra del mal. El número de que el Altísimo. . 42

Noviembre

I. *Desde los muros de París al anochecer.* 44
II. *París difamado en Berlín.* 44
III. *A todos esos príncipes.* 45
IV. *Bancroft.* 47
V. *Al ver flotar en el Sena algunos cadáveres de Prusianos.* 48
VI. ¡Predicar la guerra después de haber litigado la paz! . 49
VII. Ignoro si soy á parecer extraño á aquellos. 49
VIII. No conviene engañarse: nunca he ocultado. 52
IX. *Al obispo que me llama ateo.* 52
X. *A la niña enferma durante el sitio.* 55

Diciembre

I. ¡Ah! ¿es un sueño? ¡no! no lo consentiremos. 57
II. ¡Visión sombría! Un pueblo escsinando á otro pueblo! . 57
III. *El mensaje de Grant.* 58
IV. *Al cañón V. H.* 61
V. *Proezas borusas.* 63
VI. *Los fuertes.* 64
VII. *A Francia.* 66
VIII. *Nuestros muertos.* 67
IX. *¿Para quién la victoria definitiva?* 68

Enero de 1871

Págs.

I. *Día 1.º* 73
II. *Carta á una señora* 73
III. *Necedad de la guerra* 76
IV. ¡No, no, no! ¡Cómo! ¿Bastaría ese rey de Prusia? . . . 77
V. *Intimación* 78
VI. *Una bomba en las Fuldensinas* 80
VII. *La paloma mensajera* 82
VIII. *La salida* 83
IX. *En el circo* 85
X. *Después de las victorias de Bapaume, de Dijón y de Villersexel* 86
XI. *Entre dos bombardeos* 87
XII. Pregunto nuevamente: ¿quién ha entregado París á ese pobre hombre? 88
XIII. *Capitulación* 89

Febrero

I. *Antes de la conclusión del tratado* 91
II. *A los que sueñan en la monarquía* 92
III. *Filosofía de las consagraciones y coronaciones* . . 94
IV. *A los que invocan nuevamente la fraternidad* . . 95
V. *Ley de formación del progreso* 96

Marzo

I. ¡No importa! tengamos fe. Todo se agita 106
II. *La lucha* 107
III. *Luto* 108
IV. *El entierro* 109
V. Golpe tras golpe, duelo tras duelo. ¡Ah! ¡horrosa prueba! 111

Abril

I. *Los precursores* 112
II. *La madre defendiendo á su pequeñuelo* 113
III. ¡Horribles tiempos! En ese siniestro espacio 114
IV. *Un grito de angustia* 115
V. *Nada de represalias* 117
VI. El pensador aparece lúgubre en medio de la soledad . . 119
VII. ¡Oh vosotros, quienquiera que seáis! 121
VIII. Mientras muge el mar y corren las olas 121

Mayo

I. *Los dos trofeos* 123
II. Los siglos son patrimonio de los pueblos 128
III. *París en llamas* 129
IV. ¿Es de día ó de noche? ¡Horror crepuscular! 139
V. *Una noche en Bruselas* 141
VI. *Expulsado de Bélgica* 142

Junio

Págs.

I. Un día vi correr la sangre por todos lados. 147
II. ¡Cómo! Mantenerse fraternal es ser quimérico. . . . 148
III. Festéjase mi clemencia con una serenata. 149
IV. No poseo en la ciudad un palacio episcopal. . . . 149
V. *Al abandonar Bruselas.* 150
VI. *A la señora de Pablo Meurice.* 152
VII No me siento encolerizado y esto os sorprende. . . 153
VIII. *¿Quién tiene la culpa?* 153
IX. Pasa la herida prisionera. En su frente. 155
X. Una mujer dijome lo siguiente: Hui. 156
XI. Sobre una barricada, en medio de los adoquines. . . 157
XII. *Fusilamientos.*. 158
XIII. *A los que se ven pisoteados.* 161
XIV. *A Vianden.* 166
XV. Constantemente se repite el mismo hecho. Es preciso. . 168
XVI ¡Oh sombría historia! no quiero condenar á nadie. . . 168
XVII. Participio pasado del verbo Tropchoir. 172
XVIII. *Los inocentes.* 173

Julio

I. *Las dos voces.* 175
II. *Flujo y reflujo.* 181
III. *El porvenir.* 183
IV. *Los crucificados.* 185
V. *Falkenfels.* 185
VI. *Los que insultan.* 188
VII. *Proceso contra la Revolución.* 188
VIII. *A Enrique V* 189
IX. *Los libelistas de iglesia.* 190
X. ¡Oh Carlos! te siento á mi lado. 194
XI. De todo esto, de ese obscuro antro. 195
XII. ¡Tierra y cielo! si reinaba el mal. 201

Epilogo

ENTRE SOMBRAS. 207

Liberación del Territorio. 209

SAURÍ Y SABATER, Editores.

5, Plaza Nueva, 5.—BARCELONA

MANUAL DEL FABRICANTE DE ALCOHOLES.—Guía práctica para la obtención de alcoholes de todas materias y principalmente de los llamados *Aguardientes de Industria*, (alcohol de patatas, cereales, remolachas, melazas, etc.) con los principios aplicables á la simultánea. Fabricación de levadura prensada de Viena ó extracto de levadura.

Escrito en vista de las obras alemanas y francesas mas recientes, por el Dr Alfredo Nadal de Mariezcurrena, Director que fué de la «Industria harinera moderna» y de «La Molnería española», Ex-profesor de la Imp. Real «*Handels Akademie* de Viena». Miembro de la Imp. R. Academia médica vienesa, Comendador de la R. O. A de Isabel la Católica, etc, etc.

La obra consta de 9 seciones y fué revisada por D. Dionisio Roca, Ingeniero Industrial, Catedrático de química aplicada á las Artes, etc., forma un tomo en 4.° de cerca 600 páginas, texto ilustrado con 163 grabados.—Precio 13 pesetas.

BEBIDAS ALCOHÓLICAS Y FERMENTADAS.—*Vinos, licores, horchatas y cervezas*.—Secretos prácticos con fórmulas precisas para elaborar toda clase de bebidas frias y calientes, por Gabriel de Solomayor

Para formar juicio del mérito de la obra extractamos el índice de la misma —Bebidas emulsivas.—Bebidas acídulas —Helados caseros.— Granizada —Otras preparaciones de helado.— Sorbetes —Hielos — Bebidas calientes.—Ponches.—Zabayones.— Chocolate.— Bávaras.—Bebidas alcohólicas y fermentadas.—Licores.—Fabricación de espíritus.—Aguas destiladas.—Vinos.— Procedimientos modernos.— Vinos de frutas — Tecnicismo.— Cervezas.— APÉNDICE.— Agua y bebidas gaseosas.— Un tomo en 4.° de cerca 300 páginas.—Precio 3'50 pesetas.

EL MODERNO DESTILADOR LICORISTA. — *Aguardientes, Jarabes, Cerveza, Vinos y Vinagres*.—Contiene más de 2.500 fórmulas para toda clase de Licores, Ratafías, Jarabes, Aguardientes, Alcoholes, Cremas, Ácidos, Éteres, Esencias, Tinturas aromáticas, Aromas de todas clases, Vinos naturales y artificiales, Vinagres, Gaseosas, Coloraciones, Bebidas higiénicas, Horchatas, Néctares y Mistelas.

Notables secretos inéditos de utilidad para los Cafeteros, Perfumistas, Fabricantes de cerveza, Expendedores, Cosecheros de Vino, aumentada con importantes fórmulas para confeccionar el Ajenjo, Kirsch, Chartreuse, Curazao, Vermut, Coñac y otras especialidades, por D P. Valsecchi — Cuatro láminas litografiadas, un tomo en 4.° mayor, de más de 500 páginas, impreso á dos columnas.—Sexta edición.—Precio 6 pesetas.

FABRICACIÓN DE TODA CLASE DE BARNICES — Manera de aplicarlos y conocimiento práctico de las resinas, de sus disolventes y otras substancias empleadas en dicha fabricación, por Aurelio Ruiz Miyares, ingeniero químico.—Obra ilustrada con grabados y dedicada no sólo á los ebanistas, carpinteros, restauradores de muebles, sino á toda las personas que deseen charolar ó barnizar económicamente las piezas de su mobiliario.—Segunda edición.—Precio 1'50 pesetas.

FABRICACIÓN DE LAS CERVEZAS Y GASEOSAS —Considerada como industria lucrativa.—Su historia y porvenir según datos estadísticos recientes —Elaboración en gran y pequeña escala de *Cervezas españolas, Alemanas, Inglesas y Francesas*, por D. Javier Balius, Ingeniero.—Edición adornada con grabados.—Precio 3 pesetas.

PERFUMES, COSMÉTICOS Y AGUAS DE OLOR.—Procedimientos ajustados al buen sentido para no perjudicar ni mancillar el cutis del bello sexo, conservar la hermosura y atender á la higiene, por Javier Balius. —Segunda edicion.—Precio 2 ptas.

ELABORACIÓN DE VINAGRES SUPERIORES DE TODAS CLASES de vinos alcohólicos, frutas, maderas, industria doméstica. variedad en fórmulas, por Gabriel Solomayor. Perito químico industrial en Oporto.—Precio 2 pesetas.

EL TINTORERO MODERNO.—Últimos procedimientos para teñir la seda, lana, algodón, hilo en piezas y madejas por los colores antiguos y los derivados de la Hulla, con un apéndice que comprende un tratado sobre tinturas de las lanas y fórmulas para teñir toda clase de ropas usadas y sombreros, por Wurtz y Jamain.—Un tomo en 4.° de 528 páginas con grabados.—Precio 10 ptas.

LA TINTORERÍA *al alcance de todo el mundo*.—Anilinas, conocimientos prácticos de los mordientes empleados en dicho arte según el matiz que se desea obtener estampación. Procedimiento para teñir las plumas de ave, la paja de los sombreros y las ropas usadas mediante un simple ladrillo, por Aurelio Ruiz Miyares.—Precio 3 ptas.

TINTURA EN ROPAS USADAS—*Manual teórico y práctico*.—Comprende los últimos adelantos dignos de ser introducidos en el taller de tintorero.—Variedad en fórmulas de tintura y lavados con recetas desconocidas para que los forros de las prendas de uso no varíen de color al sujetarlos á distintos matices. Fórmulas varias de Tintura, Lavados, Quitamanchas, por E. Hugas Noguera.—Precio 2 ptas.

TRATADO PRÁCTICO DE LAVADO Y BLANQUEO DE TODA CLASE DE TEJIDOS.—Materias textiles, lana, seda, algodón, lino, yute, etc., por D. Ginés Franco.—Un tomo en 8.° mayor.—Precio 2 ptas.

TRATADO PRÁCTICO DEL QUITAMANCHAS.—En seco y húmedo. de toda clase de materias textiles, lino, lana, algodón, seda, terciopelo, guantes, paja, papeles, según los últimos adelantos, por D. Ginés Franco. —Precio 1 pta.

LAS PLANTAS INDUSTRIALES.—Obra de sumo interés para los tejedores. estampadores, tintoreros, y pintores; para los fabricantes de aceites, vinos, aguardientes, licores, sidras, y en fin. para los cosecheros y cultivadores de dichas plantas. Un tomo en 8.° mayor. Precio 3 ptas.

ARTE DE HACER VINOS.—Manual teórico y práctico del arte de cultivar las viñas: contiene el cultivo y el abono de la tierra, elección y plantación de las cepas, sus enfermedades, modo de curarlas, poda y cava de la viña —Procedimientos para atajar el *Mildeo*.—Vinos de agua y azúcar, de frutas, con lo más reciente sobre la coloración de los vinos, por Bustamante.—Un tomo en 4.° con láminas, precio 3 pesetas.

MANUAL PRÁCTICO para reconocer los vinos falsificados, por D. Aurelio Ruiz Miyares, (ingeniero químico) contiene el conocimiento de todas las substancias empleadas en la falsificación de los vinos y los efectos reactivos que se deseen obtener, aparatos y procedimientos al alcance de todos para reconocer si un vino está ó no falsificado, con un análisis químico.—Útil á los comerciantes en vinos, cosecheros, farmacéuticos, un tomo en 4.° Precio 2 ptas.

MANUAL DE FALSIFICACIÓN de substancias alimenticias, bebidas, licores, productos químicos y formularios con indicación de los medios para reconocerlos.—Obra útil á los municipios, inspectores de mercados y revendedores de comestibles. Interesante á las familias, por Ginés Franco un 16.°—Precio 1'50 ptas.

LA GALLINA.—Tratado práctico de incubación natural y artificial, contiene un estudio sobre las principales razas de las gallinas. construcción y modelos para toda clase de gallineros.—Monografía completa del huevo. a alimentación y productos razonables é infalibles, por D. José Montellano del Corral, un tomo en 4.° con grabados.—Tercera edición.—Precio 3 ptas.

TRATADO PRÁCTICO DE LA CRÍA DEL CONEJO DOMÉSTICO.—Contiene el sistema celular con ahorro de tiempo y dinero, por D. Manuel Marto-

rell y Peña, un cuaderno en 4.° con cuatro láminas descriptivas de instalación.—Cuarta edición.—Precio 1 pta.

ANIMALES ÚTILES Y DAÑINOS Á LA AGRICULTURA, mamíferos, cuadrúpedos, aves rapaces, pájaros, reptiles, peces, animales invertebrados, por P. Joigneaux, obra ilustrada con grabados y con datos de los naturalistas más eminentes, un tomo en 4.°—Precio 2 ptas.

LAS VACAS DE LECHE, señales características de las mejores razas; medios para reconocer su edad, sistema de aumentar su producto y consejos contra los ardides de los tratantes: seguido de una monografía extensa acerca de la leche, de los diferentes mamíferos, sus cualidades, descripción de aparatos para saber el estado de la leche y peso que debe tener la manteca, por Figuier. Ilustrada con grabados. Precio 2 ptas.

LO JARDINER, HORTALÁ Y FLORISTA.—(Este libro para que no pierda el carácter típico, está escrito en catalán) y contiene «Método ordenat de cultivar la terra, segons us y práctica de bon pagés, y preparar y cuidar la hortalissa, llegums, cols, anstams, etc., arreglat segons Ligers y altres autors, segons manuscrits inédits dels pares Capuxins que foren de Poblet y altres comarcas». Un tomo en 16.° Precio 1 pta.

NUEVO ARTE DE COCINA.—Contiene: deberes del cocinero; orden y método de la cocina, manjares sabrosos y modernos á la Española, Francesa é Italiana, guisados á la Catalana, con un tratado de conservas y licores de D. Diego Granado, repostero que fué del rey D. Felipe III, por Altimiras, forma un tomo en 16.°—Octava edición.—Precio 1'50 ptas.

EL PASTELERO MODERNO.—La pastelería al alcance de las familias.—Novísimo manual de pastelería.—El más completo de los publicados hasta el día.—Comprende las fórmulas más usuales para la confección de toda clase de pastelería, tanto francesa como italiana, española, inglesa, alemana y el modo de cocer los pasteles sin horno.—Libro de suma utilidad para pasteleros y familias.—1.000 fórmulas para pasteles y 100 grabados.—Segunda adición.—Precio 3 ptas.

MANUAL COMPLETO DEL ENCUADERNADOR, (tercera edición) teórico y práctico, contiene descripciones de las máquinas modernas, prácticos procedimientos, modo de alzar, satinar, glasear, plegar, coser, cortar, variación de encuadernaciones, jaspear, dorar los cortes y las pieles, preparación de los colores y adornos. Relieves con planchas en los lomos y cubiertas (tapas), aumentado con el arte de rayador de papel para libros de comercio, cuatro láminas litografiadas, con dibujos, máquinas y utensilios que debe tener un buen taller, por M. Sabrel, un tomo 8.° mayor. Precio 4 ptas.

MANUAL COMPLETO DEL DIAMANTISTA Y DEL PLATERO.—Tratado de las piedras preciosas, finas, é imitadas, de los metales, su aleación, esmalte, soldadura y demás procedimientos relativos á estas artes, bisutería, etc. Obra adornada con profusión de grabados. Nueva edición muy completa, por K. Schwalk y L. Dieulafait, un tomo en 4.° Precio 4 pesetas.

MANUAL PARA CONSTRUIR TODA CLASE DE RELOJES DE SOL, por J. de Arte.—Tratado de relojes de Sol, horizontales, verticales, laterales, etcétera, relojes cilíndro, relojes anulares, reloj meridional y oriental en la especialidad de poner los signos en todos los relojes de Sol.—Astronomía, 1 tomo en 4.° con 28 grabados intercalados en el texto. Precio 1 pta.

MANUAL DEL CAFETERO, tercera edición arreglada.—Helados, sorbetes, granizados, ponches, bávaras, zaboyones y otros refrescos y bebidas.—Noticia y propiedad del café, te y chocolates; adicionado con la fabricación del hielo artificial, por Figuier y Quentin, un tomo en 8.° mayor.—Precio 2 ptas.

JABONES, tercera edición. El exterminador de los farsantes, en jabones, cosméticos y específicos, ó sea un libro verdaderamente útil y al alcance de todas las inteligencias é indispensable á los que se dediquen á la fabricación de jabones, velas esteáricas, fósforos y extracción de

grasas, con una infinidad de formas que harán de él el manual de economía doméstica más necesario; obra útil que proporcionará seguridad en las operaciones y adelantos de cada industria respectiva, economía, aseo, salud y provecho, escrito por D. J. Navarro y Guerra, un tomo en 4.º de 132 páginas.—Precio 6 ptas.

EL CONSULTOR DE ARTES Y OFICIOS, segunda edición. —*Metales*: Hierro, Acero, Cobre, Lata, Zinc, Mercurio, Niquel, Aluminio. Su tratamiento, secretos del taller, procedimientos industriales, fórmulas nuevas é inéditas, por Montellano del Coral, un cuaderno en 4.º Precio 1'25 ptas.

ARTE DE LOS FUEGOS ARTIFICIALES, cohetes y ruedas, soles, flamas, lluvias y ramilletes, fuegos de Bengala y luz eléctrica, por Audot, con láminas, un tomo en 8.º mayor. Precio 2 ptas.

LOS MODERNOS DERROTEROS DE LA HIGIENE. — Un problema de higiene resuelto —La habitación del obrero.— Epístolas á Plácido.—Obra de sumo interés, escrita por el Dr D. Bertrán Rubio — Forma un tomo en 8.º mayor de 184 páginas.—Precio 2 pesetas.

MIL DOSCIENTOS SECRETOS, novena edición.— Contiene procedimientos, recetas y remedios útiles, nuevos y privados, economía doméstica, rural é industrial, fórmulas para quitar manchas, lavar ropa, sedas, tules, encajes, plumas y cintas, etc., aplicar con éxito infinidad de remedios caseros, socorros á los envenenados y quemaduras. Modo de hacer tintas, secretos raros é inverosímiles. Obra escrita por D. José O. Ronquillo. Un tomo en 8.º Precio 2'50 ptas.

SECRETOS DE LA NATURALEZA, por Cortés.— Cuarta edición, refundida y aumentada con un tratado de fisiognomonía ó sea el arte de descubrir el corazón humano, por Lavater, Gay y Spurzheim, contiene además los secretos más notables para conservar la salud y alargar la vida, tener buena vista, en buen estado los cabellos y los dientes, las plantas medicinales y muchos secretos para la agricultura, desinfectante de las habitaciones, sacados de las mejores obras de Alfonso Herrera, Alberto el Magno, Aristóteles y Arnaldo de Villanueva. Adicionado con la esfera y pronóstico del tiempo, por el sabio Belli. Forma un tomo en 8.º mayor. Precio 2'50 pesetas.

LOS SECRETOS DE LA EDUCACIÓN Y DE LA SALUD — Segunda edición.—Obra sumamente interesante á todo padre de familia. Las principales materias que trata son: El conocimiento de sí mismo.—La crianza y educación de las criaturas basadas en la salud.—El desarrollo del cuerpo humano y facultades intelectuales, por D. Antonio Diaz Peña.— Un tomo en 4.º menor.—Precio 2 pesetas.

EL TRESILLO.—Sistema simplificado con sus reglas fijas y leyes penales, por D. Pedro Veciana.— Forma un cuaderno en 4.º, cuarta edición.— Precio 1 peseta.

TESORO DE JUEGOS DE SOCIEDAD.—Contiene las reglas y leyes de más de treinta juegos permitidos en toda clase de sociedades.—Quinta edición corregida y aumentada.—Precio 1'50 ptas.

LIBRO DE CHISTES.—Colección de epigramas, cuentos, anécdotas, etc. Ilustrado con grabados, cuarta edición.—Precio 1 pta.

EL LENGUAJE DE LAS FLORES y de las frutas con los emblemas de las piedras y de los colores. Un tomo en 8.º mayor.—Precio 3 ptas.

EL LUNARIO PERPÈTUO.— Pronósticos del tiempo, por Jerónimo Cortés, ilustrada con grabados Un tomo en 8.º.—Precio 1'50 ptas.

EL ORÁCULO DE NAPOLEÓN ó sea el libro de los destinos.—Un tomo en 4.º séptima edición con grabados y una gran lámina —Precio 2'50 pta.

EL ORÁCULO DE LAS SEÑORAS Y SEÑORITAS.— Consejero del bello sexo, rica impresión en 8.º mayor.—2 ptas.

LIBRO DEL DESTINO, del amor y de la fortuna.— Un tomo con amenas preguntas de adivinación, todas morales, en 16.º—Precio 1 pta.

EL TALISMÁN DE LOS SUEÑOS y visiones nocturnas, por Miguel Nostradamus, 5.ª edición. Un tomo en 8.º—Precio 1'50 ptas.

EL LIBRO NEGRO Ó LA MAGIA, las ciencias ocultas, etc, por Alberto. el Grande. Un tomo en 8.º con grabados, 10.ª edición.—Precio 2'50 ptas.

JUEGOS DE MANOS, ó arte de hacer diabluras y otros entretenimientos para tertulias. Décima edición. Un tomo en 8.º con grabados.—1 pta.

FÁBULAS DE ESOPO.—Obra ilustrada con 110 grabados. Un tomo en 8.º Precio 1'25 pesetas

HISTORIA DE BERTOLDO, Bertoldino, y su hijo Cacaseno. Un tomo en 8.º—Precio 1'20 ptas.

RAMILLETE DE FELICITACIONES. en verso y prosa, por D. José Codina Duodécima edición. Un tomo en 16.º—Precio 1 peseta.

GUÍA CATALANA, ó Cataluña en la mano. Vocabulario por orden alfabético de las ciudades, villas. etc. Un tomo en 8.º—Precio 0'50 ptas.

EL ESTADO INTERESANTE.—Manual de la mujer embarazada. por don Juan Pons y Codinach†. Tercera edición. Un tomo en 10.º—Precio 1 pta.

MANUAL DE LA MADRE DE FAMILIA.—Contiene afecciones propias de la mujer, por D. Pedro M Brun†. Un tomo en 10.º—Precio 1 pta.

VENETTE.—Pintura del amor conyugal. Un tomo en 8.º mayor, 3 ptas.

FISIOLOGÍA DESCRIPTIVA de las treinta bellezas de la mujer. Análisis histórico de sus cualidades físicas. Un tomo en 4.º—Precio 3'50 ptas.

LA CABAÑA DEL TÍO TOMÁS, ó los negros en América, por Harriet Beecher Stowe. Edición ilustrada. Un tomo en 4.º—Precio 4 ptas.

OBRAS DRAMÁTICAS.—*Calderón de la Barca*: El Mágico prodigioso, La vida es sueño, El Alcalde de Zalamea—*Lope de Vega*: El castigo sin venganza—*Shakespeare*: Romeo y Julieta.—*Victor Hugo*: Hernani, —Precio de cada ejemplar 1 pta.

OBRAS CINEGÉTICAS.—SPORT-CAZA.—GRANDES CACERÍAS, Caza menor, por M. Sauri. Un tomo 4.º mayor.—Precio 3'50 ptas.

LOS PERROS DE MUESTRA FRANCESES É INGLESES.—por A de la Rue. —Ilustraciones de E. Bellecroix.—Un tomo en folio.—Precio 9 ptas.

MANUAL DEL CAZADOR, por L. Renard y R. Villalta.—Contiene: una explicación sencillísima para cazar bien.—Precio 2'50 ptas.

CONSIDERACIONES SOBRE LA CAZA DE LA PERDIZ CON RECLAMO, por Andrés Guerra.—Precio 1 pta.

MANUAL DEL PESCADOR, por Valverdo.—Obra adornada con grabados. —Precio 2 ptas.

LA CAZA DE LA PERDIZ CON ESCOPETA, AL VUELO y con perro de muestra, por Manuel Sauri.—Precio 1 pta.

EL MEJOR PERRO DE MUESTRA, por J. T. de Cabarrus.—Precio 1 pta.

LA CAZA DEL LEÓN, la Pantera, la Hiena, el Chacal, y el Jabalí. Ilustrada con grabados.—Precio 1 pta.

EL DEVORA HOMBRES.—Cacerías extraordinarias, por Julio Gerard. Adornada con grabados —Precio 1 pta.

NOTA.—Cualquiera de las obras anunciadas se pueden adquirir remitiendo el importe en libranzas del Giro Mútuo, ó bien en sellos de franqueo, á los editores **Sauri y Saboter**, plaza Nueva, 5, Barcelona.—El pedido se sirve á correo seguido.—Los sellos de Ultramar no se admiten.

OBRAS DE VÍCTOR HUGO

PUBLICADAS POR LA MISMA CASA EDITORIAL

SAURÍ Y SABATER, PLAZA NUEVA, 5.·BARCELONA

EL ÚLTIMO DÍA
DE UN
SENTENCIADO Á MUERTE

EL REO DE MUERTE Y EL VERDUGO
POR
JOSÉ DE ESPRONCEDA

Forman un tomo en 8.º—Precio.. . . . . **1** peseta.

HOMBRES CÉLEBRES

MIRABEAU — VOLTAIRE — LAMENNAIS
IMBERT GALLOIX — LORD BYRON — WALTER SCOTT

Un tomo en 8.º—Precio. . . . . **1** peseta.

BUG·JARGAL

—o ó o—

EL NEGRO REY

Forma un tomo en 8.º—Precio. . . . . **2** pesetas.

HAN DE ISLANDIA

—o ó o—

EL HOMBRE FIERA
BOSQUEJO HISTÓRICO

Un tomo en 8.º mayor.. . . . . **3** pesetas.

HERNANI

Drama en 5 actos. . . . . **1** peseta.

Dirijanse los pedidos de estas obras á los Sres. **Sauri y Sabater**, editores.—Plaza Nueva, número 5.